

MERLINE LOVELACE

*Despertar a
la vida*

A45

eLit

e^{lit}

DESPERTAR A LA VIDA

MERLINE LOVELACE

A45

 HARLEQUIN™

Índice

[Despertar a la vida](#)

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

Sinopsis

Él era el espía que llegó del frío.

Hacía cuarenta y cinco años que el piloto de guerra Charlie Stone había viajado al Océano Ártico en una misión; desde entonces, increíblemente, no había envejecido. La bióloga Diana Remington era la encargada de investigar tan extraña circunstancia, pero primero tenía que averiguar qué le había ocurrido en aquel vuelo al misterioso piloto. Diana sabía que no debía dejarse afectar por los encantos de Charlie, pero deseaba sentir el roce de su piel aunque era consciente de que estaba rompiendo las normas y era peligroso. Alguien estaba empeñado en acabar con el espía... y, además, el amor era un asunto muy arriesgado.

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2002 Merline Lovelace
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Despertar a la vida, n.º 52 - julio 2018
Título original: Hot As Ice
Publicada originalmente por Silhouette® Books.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-9188-739-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Prólogo

—¡Lo oigo! —gritó alborozada la figura enfundada de pies a cabeza en un traje térmico de intenso color naranja—. ¡Está perforando!

Su compañero giró en redondo y escrutó la superficie lisa e ilimitada del casquete polar. Una docena de diferentes tonos de blanco le hería los ojos, pese a llevarlos cubiertos con gafas protectoras. El blanco azulado del hielo. Los plumosos ventisqueros de reluciente nieve, suaves como nubes. El blanco caliginoso y gris del cielo, que se fundía con el horizonte.

—¡Yo no oigo nada!

—¡Escucha!

Exasperado, se quitó la capucha. Se arriesgaba a perder una oreja al exponerse al viento mordiente que había hecho caer la temperatura a treinta grados bajo cero, pero estaba demasiado ansioso para notarlo. Dio un grito de alegría al oír una serie de golpes secos que hendían el aire.

De pronto, a poco más de treinta y cinco metros, la capa de hielo se resquebrajó. Comenzaron a emerger enormes planchas blancas que, bramando, se alzaban rectas en el aire antes de derrumbarse con estrépito. Un momento después, la negra cabeza del cuarto de derrota de un submarino asomó por la grieta.

—¿Qué te parece? ¡Justo en la diana!

Los dos hombres sonrieron. Un sofisticado sistema de navegación había guiado al USS Hawkbill desde Hawai, pero sólo la fuerza bruta había señalado al submarino su lugar de emersión: una enorme «X» excavada en el hielo.

Los dos oceanógrafos alzaron las manos enfundadas en guantes forrados de piel y se las estrecharon con júbilo. Tras meses aislados en su remoto laboratorio, a doscientos sesenta y cinco kilómetros al norte de Point Barrow, Alaska, ansiaban una nueva infusión de suministros y de conversación procedente del exterior. Sonriendo todavía, observaron cómo se iba elevando el cuarto de derrota del submarino. El pesado cuerpo de la nave apareció arrojando a ambos lados grandes trozos de hielo. La escotilla superior se abrió y por ella asomó un marinero encapuchado. Los dos hombres echaron a correr hacia él.

—¡Chico, cómo nos alegramos de verte! —gritó el más mayor de los dos científicos—. Hemos gastado hasta la última batería de la boya de observación subacuática.

—Les traemos los repuestos que pidieron —envuelto en el grueso traje protector, el marinero bajó torpemente por la escalerilla de hierro del cuarto de derrota—. Empezaremos a descargarlos inmediatamente.

—Los ayudaremos. Jack, trae el vehículo oruga.

Ansioso por descargar el valioso material y transportarlo al conjunto de barracones conectados por túneles que formaba la Estación Estadounidense de Investigación Oceanográfica del Ártico, el oceanógrafo jefe lanzó una mirada impaciente por encima de su hombro.

—¡Jack! ¡La oruga! —su compañero no se movió. Paralizado, miraba boquiabierto una de las grandes planchas de hielo arrojadas por el submarino—. Pero ¿qué te pasa, hombre? —el más mayor de los científicos corrió torpemente por el hielo. Su aliento formaba una nube en el aire gélido. Bajo el pasamontañas, el enojo fruncía su frente—. ¿Qué haces ahí parado? Tenemos mil cosas que hacer antes de... ¡Oh, Dios mío!

Los ojos se le saltaron. El estupor brotó en una oleada y le cerró la garganta, cortándole la respiración. Deteniéndose en seco,

tambaleándose, miró estupefacto la figura tocada con un casco que tenía frente a sí, a unos metros de distancia, sobre el hielo.

Capítulo 1

Una brisa de principios de junio retozaba por las calles de Washington. Los árboles engalanados de verde claro se inclinaban y mecían como bailarines sincronizados al sol del atardecer. Los castaños centenarios que bordeaban la apacible bocacalle en los alrededores de la avenida Massachusetts, en el corazón del distrito diplomático de la capital, susurraban la misma gozosa canción. Sus ramas murmurantes ocultaban casi por completo las fachadas de las casas de estilo federal que flanqueaban por ambos lados la travesía pavimentada de adoquines. La casa que se alzaba a mitad de la calle poseía un frontispicio señorial muy semejante al de sus vecinas. Con sus tres pisos y sus altas ventanas, que centelleaban al sol de verano, la antigua y elegante mansión ostentaba junto a la puerta una discreta placa que informaba de que el edificio servía ahora como oficina del enviado especial del presidente, un nebuloso puesto creado años atrás para recompensar a un donante de campaña con ganas de un título pomposo y un ardiente deseo de codearse con la clase política de la capital. Sólo unos pocos concedores de los entresijos de Washington sabían que el enviado especial era también el jefe de OMEGA, una organización tan secreta que, entre los círculos más elevados del gobierno, sus agentes eran conocidos únicamente por su apodo. Al igual que la letra omega era la última del alfabeto griego, aquella organización representaba el último recurso del presidente de Estados Unidos en caso de crisis. Sus efectivos se movilizaban únicamente cuando otros organismos de carácter más convencional, tales como el Departamento de Estado, la CIA o el Ejército, no podían hacerse cargo de una crisis por motivos

legales o políticos.

El director de OMEGA era designado personalmente por el presidente, quien, con gran pesar, acababa de nombrar a uno nuevo, pues la antigua directora había solicitado una larga excedencia. Tras dirigir la agencia durante tres legislaturas, Maggie Sinclair había decidido tomarse algún tiempo de descanso a fin de terminar el libro que estaba escribiendo sobre fonética infantil. Pensaba además añadir un tercer hijo al enorme y caótico hogar que compartía con su esposo, sus dos hijas, un desgreadado perro pastor y una iguana de ojos saltones y rayas azules y naranjas amante del papel y las plantas. El marido de Maggie, que respaldaba plenamente la decisión de ésta, había renunciado recientemente a su puesto de delegado de Estados Unidos en el Banco Mundial. Mientras Maggie trabajaba en su libro, el rico y sofisticado Adam Ridgeway había decidido probar suerte como padre a tiempo completo.

Todos los agentes que no estaban movilizados se habían reunido en el tercer piso del centro de control OMEGA para desearles buena suerte. Haciendo caso omiso del suave coro de silbidos y pitidos que emitían las consolas electrónicas, brindaban por Maggie y Adam, quienes estaban a punto de emprender la fase final de su azaroso y agitado matrimonio.

—Me apuesto algo a que dentro de un mes estáis de vuelta —predijo un alto y desgarbado agente al que apodaban Cowboy—. El uno o el otro. Perseguir terroristas y traficantes de armas crispa menos los nervios que criar niños.

—Tú debes de saberlo —replicó Maggie—. La mayoría de las parejas habría tenido el buen sentido de parar después de tener dos pares de gemelos.

—¿Qué puedo decir? —sonrió Nate Sloan—. Este viejo vaquero siempre dispara con bala.

Entre los gritos y abucheos que siguieron, Elizabeth Wells fue rellenando pausadamente las copas de champaña de los invitados.

Aquella mujer de pelo gris y aspecto maternal había trabajado como ayudante personal de la directora desde la fundación del grupo OMEGA. Todos la querían y respetaban por sus muchos talentos, entre los que se incluía su endiablada puntería con la pistola SIG Sauer de nueve milímetros que guardaba al alcance de la mano en su escritorio del piso bajo.

Maggie aguardó a que Elizabeth acabara de llenar las copas para dar un paso adelante. La sonrisa irreverente que al mismo tiempo irritaba y enardecía a su antiguo jefe curvó sus labios al lanzarle una rápida mirada a Adam.

—Reconozco que estoy deseando pasar más de dos noches seguidas en la misma ciudad, por no decir en el mismo país, con mi marido —el destello con que respondieron los ojos azules de Adam iba sólo dirigido a Maggie. Ella se derritió por dentro, y los músculos de su vientre se encogieron de deliciosa expectación—. Como afirmó el presidente al designar a mi sucesor —dijo un tanto jadeante—, dejó OMEGA en buenas manos —su mirada se posó en el agente que permanecía de pie, callado, a un lado—. Nick es uno de los nuestros. Adam y yo le confiaríamos nuestras vidas. En realidad, ya lo hemos hecho.

Nick Jensen, apodado Rayo, se adelantó y se llevó la mano de Maggie a los labios con un encanto que hizo estremecerse los corazones de las mujeres presentes en la sala.

—Fue un placer, Camaleón —irguiéndose, Nick incluyó al marido de Maggie en su mirada. A pesar de su diferencia de edad y procedencia, la sonrisa que intercambiaron evidenciaba la camaradería que compartían los dos hombres—. Nunca olvidaré ese desayuno en la terraza del hotel Carlton.

—Ni yo —sonriendo, Adam posó una mano en el hombro del más joven de los dos—. Creo que la cuenta de aquella jornada gastronómica tenía tres cifras.

Maggie advirtió las miradas curiosas que se intercambiaban los

otros agentes. Sólo Adam, ella y la pareja que había adoptado a Nick sabían que aquel agente frío e imperturbable había vagabundeado en otro tiempo por las callejuelas de Cannes. Al mirarlo, a Maggie le costaba creer que aquel escuálido carterista medio muerto de hambre que llevaba el insólito nombre de Henri Nicolas Everard se hubiera ofrecido alguna vez a servirle de informador. Ni que el chico duro y flaco de antaño se hubiera convertido en aquel tiarrón.

La infantil mata de pelo rojo de Nick se había aclarado con los años hasta volverse de un amarillo tostado. Sus anchos y musculosos hombros, cubiertos de finísima cachemira gris, podían haber pertenecido a un defensa de fútbol americano. De hecho, había cambiado sus pantalones cortos y sus viejas botas de fútbol por un uniforme de fútbol americano cuando Page y Doc Jensen lo llevaron consigo a América.

Ferozmente leal a su país adoptivo, Nick Jensen había estudiado en las universidades de Los Ángeles y Stanford. Tras graduarse, había invertido su hambre antigua e insaciable en una cadena de restaurantes de lujo que lo había hecho multimillonario. Sus locales, rabiosamente caros, atraían a príncipes y estrellas de cine, y le permitían moverse a sus anchas entre el fulgurante mundo de los superricos y el oscuro submundo del terror y la intriga. Lo cual, en opinión de Maggie, convertía a aquel agente alto y perversamente guapo en el candidato ideal para actuar como director de OMEGA. Feliz por dejar a su equipo en manos tan capaces, Maggie alzó su copa.

—*Bonne chance*, Nick.

—Gracias, Camaleón —dijo él con su profunda voz de barítono, que no conservaba atisbo alguno de sus raíces francesas—. Necesitaré algo más que suerte para manejar a esta tropa.

—En eso tienes razón.

La mirada de Nick recorrió el pequeño grupo. Había participado en misiones con la mayoría de aquellos agentes una u otra vez; había

confiado en sus talentos únicos para salir de ciertas situaciones realmente incómodas. En adelante sería él quien los enviara al peligro.

Movió los hombros en círculo bajo la chaqueta hecha a mano. Él no había solicitado el puesto de director. Ni siquiera sabía si lo quería. Llevaba tanto tiempo dependiendo sólo de sí mismo que lo asustaba la idea de ser el responsable de cerca de una docena de agentes OMEGA, independientes y altamente cualificados. Pero, como Maggie señalaba con franqueza, la orden de arriesgar la vida era mucho más fácil de digerir si procedía de alguien que lo había hecho en innumerables ocasiones.

—Pero no tardes mucho en escribir tu libro —le dijo a Maggie—. Dentro de unos meses abro un restaurante en Lima, y otro en Acapulco a final de año.

—Estratégicamente situados para cubrir las rutas de la droga del Pacífico —murmuró Adam, complacido.

—Entre otras actividades.

Los ojos marrones de Maggie se aguzaron. Tal vez tuviera un pie en la puerta, pero el otro estaba aún firmemente plantado en el centro de control de OMEGA.

—¿Qué clase de actividades, Rayo?

Nick se disponía a contarle que corría el rumor de que había una organización de piratería internacional con base en la capital de Chile cuando un pitido agudo atravesó el aire. Todos se giraron. La habitación estaba llena de aparatos de alta tecnología, pero sólo uno de ellos emitía aquella señal.

—Ya voy yo.

Mackenzie Blair, jefa de comunicaciones de OMEGA, se lanzó hacia la consola central. Apoyando abierta la mano izquierda sobre una superficie plana, levantó un receptor con la derecha. Un instante después, en la pantalla que había sobre la consola apareció una doble hélice compleja. Como serpientes multicolores ejecutando un

extraño ritual de apareamiento, las dos cintas se enroscaron y danzaron antes de verificar la firma de ADN de Mackenzie. Sólo entonces se activó el decodificador insertado en el receptor.

—Control OMEGA —colocándose un mechón de pelo rubio y fosco tras la oreja, Mackenzie esperó un momento—. Sí, señor, está aquí —girándose, le ofreció el receptor a Maggie—. Es el presidente. Quiere hablar con el director.

Maggie se contuvo justo a tiempo. Con una sonrisa irónica, señaló a Nick.

—Es para ti, Nick.

—Eso parece.

Nick cruzó la habitación. La jefa de comunicaciones de OMEGA dudó una fracción de segundo antes de entregarle el receptor. Ocultando su ceño, se hizo a un lado.

Maggie Sinclair, apodada Camaleón, había reclutado a Mackenzie nada más abandonar ésta la Marina , y pese a las objeciones de algunos de los agentes más veteranos del grupo. A decir verdad, Camaleón había entregado a su nueva jefa de comunicaciones un cheque en blanco para comprar lo último en aparatos de alta tecnología. Incluso había mandado a Mackenzie a alguna misión para que comprobara de primera mano lo difícil que resultaba comunicarse con el cuartel general mientras se esquivaban las balas o se excavaba un túnel en la ardiente arena del desierto para evitar ser detectado. Mackenzie consideraba a Maggie su mentora, su modelo a seguir, su amiga. Aún no se había recobrado de la impresión que le había producido la noticia de que su ídolo iba a ceder las riendas del grupo OMEGA por tiempo indefinido.

Y nada menos que a Nick Jensen. Un redomado vividor que no pedía disculpas por su estilo de vida. Un epicúreo cuyo sofisticado paladar exigía los mejores vinos, los manjares más exquisitos, la compañía más *glamurosa* en su mesa. En su opinión, aquellas cualidades tendían a emborronar el hecho de que Nick, apodado

Rayo, era también uno de los agentes más bregados de la agencia. Ella había perdido dos años de su vida con un hombre con apetitos igualmente variados, si bien, desde luego, mucho menos exquisitos. Su ex la había hecho desconfiar de por vida de los sinvergüenzas demasiado guapos y encantadores.

Aun así, cuando el nuevo director de OMEGA le clavó su intensa mirada, a Mackenzie le costó un momento recobrar el aliento. Entonces comprendió que no la miraba a ella, sino a través de ella.

—¿Dónde está Artemisa?

Ella posó la mirada en el tablero de mandos computerizado incrustado en la pared de enfrente. Una de las principales tareas de su puesto consistía en seguirles la pista a los agentes OMEGA las veinticuatro horas del día. De un sólo vistazo comprobó el paradero de la doctora Diana Remington, alias Artemisa.

—Está en el John Hopkins, dando una clase sobre anticuerpos antipéptidos... sea eso lo que sea.

—Ponte en contacto con ella. Dile que la quiero en mi despacho dentro de media hora.

Mackenzie alzó las cejas al oír la orden expeditiva de Nick. No le había costado mucho a Rayo pasar de agente a director.

—¡Señor, sí, señor!

Un destello apareció en los ojos negros de Nick, que embotó deliberadamente el agudo filo de su voz.

—Mientras esperamos a que llegue Artemisa, dile a los de vestuario que le busquen equipamiento para frío extremo. Y busca información sobre el U-2.

—¿El avión espía?

—El avión espía.

Adam Ridgeway sonrió mientras otro «¡señor, sí, señor!» resonaba en la sala del centro de control. Deslizando una mano bajo el brazo de su mujer, se lo apretó suavemente.

—Es extraño lo mucho que me recuerda esa chica a una de mis

mejores agentes —murmuró.

—No me sorprende —contestó Maggie con satisfacción—. Fue una de tus mejores agentes quien la entrenó —echó una última ojeada a su alrededor y luego dejó a un lado su copa de champaña. El regocijo bailaba en sus ojos cuando se posaron en los de su marido—. Se acabó la fiesta. El nuevo equipo tiene trabajo, y nosotros tenemos que hacer un libro y un bebé.

Media hora después, Diana Remington se hallaba sentada frente a Nick, al otro lado de una lustrosa extensión de caoba. Con su blusa de seda de color marfil y su traje azul marino, de falda ceñida hasta las pantorrillas, Diana desafiaba la imagen estereotípica de una bióloga molecular. Pero, en opinión de Nick, parecía aún menos un agente secreto. Sin embargo, tal y como sugería su apodo, la cabellera sedosa y rubia y el elegante traje de Remington ocultaban un talento único. Artemisa era el nombre griego de Diana, la diosa romana de la caza. La encarnación moderna que Nick tenía sentada frente a sí era en todo punto tan hábil como su mítica tocaya a la hora de rastrear y abatir una presa. En esta ocasión, no obstante, su presa ya parecía haber sido encontrada.

Diana miraba con ojos asombrados a Nick desde el otro lado de la mesa.

—¿Han descubierto qué hay en el hielo?

—El cuerpo de un piloto de la Fuerza Aérea.

—¿Uno de los nuestros?

—Eso creemos. No llevaba identificación alguna en el traje de combate, ni en el casco. Eso ya es de por sí bastante significativo. Además, la antigüedad de su equipo contribuyó a desvelar su identidad. Todo indica que se trata del mayor Charles Stone, cuyo avión desapareció de las pantallas de los radares a las 22:35 del 2 de noviembre de 1956.

Diana dejó escapar un suave silbido.

—¿Ha estado desaparecido más de cuarenta y cinco años?

—Eso parece. Nunca se encontró rastro alguno de su avión, ni de él.

—¿ La Fuerza Aérea no organizó una operación de búsqueda y rescate cuando desapareció?

—No podían hacerlo —Nick le sostuvo la mirada—. Su avión acababa de entrar en el espacio aéreo soviético cuando desapareció del radar.

—Uf.

—Exacto.

La punta de la pluma Mont Blanc de oro de veinticuatro quilates de Nick golpeó suavemente una carpetilla marrón. La pluma era un regalo de Maggie y Adam. La carpetilla contenía los datos que Mackenzie Blair había extraído a toda prisa de las supercomputadoras de OMEGA.

—Si ese piloto es de verdad el mayor Stone —prosiguió Nick—, pilotaba un avión U-2, conocido en la Fuerza Aérea con el nombre de *Dragon Lady*. Se trata de un avión de vigilancia de elevada altitud, diseñado para volar en todo tipo de condiciones climáticas, que fue desarrollado a principios de los cincuenta para recabar datos sobre el programa soviético de misiles balísticos intercontinentales.

—Vi algo sobre eso en un documental, hace un par de semanas —dijo Diana—. ¿No era el mismo avión que pilotaba Francis Gary Powers cuando lo derribaron sobre Rusia a principios de los sesenta?

—Sí —dijo Nick—. A pesar de que el gobierno de Estados Unidos insistió en que los U-2 sólo recogían datos meteorológicos, los soviéticos procesaron a Powers por espionaje. Fue encarcelado y condenado a diez años de prisión, pero posteriormente fue canjeado tras cumplir sólo dos. El incidente supuso un revés político para Eisenhower y puso a Kennedy en verdaderos apuros ante la opinión pública internacional cuando estalló la crisis de los misiles de Cuba.

Diana se recostó en la silla y comenzó a jugar con un mechón de su pelo rubio, largo hasta los hombros. Demasiado ocupada para

perder el tiempo arreglándose por las mañanas, se sentía eternamente agradecida con la sagaz estilista que la había convencido para que se hiciera una permanente de lavar y listo y unas cuantas mechas definidoras.

Envejecer le causaba ciertos desvelos. A los veintinueve años, era una de las biólogas más jóvenes del prestigioso Instituto Harrell, un consorcio privado sin ánimo de lucro que agrupaba a científicos selectos para colaborar en la definición de los parámetros clínicos y éticos que debían aplicarse a la investigación genética.

Era su otro trabajo el que había labrado las leves arrugas de las comisuras de sus ojos, pensaba con fastidio. OMEGA solía sumergir a sus agentes en situaciones propicias para que les salieran arrugas. Y, a juzgar por la expresión de Nick, Diana tenía la impresión de que su primer acto oficial como nuevo director de OMEGA tendría sin duda aquel efecto sobre ella.

Rayo dio uno, dos golpecitos con su reluciente pluma de oro, sin dejar de mirar fijamente a Diana. Cuando volvió a meterse la pluma en el traje, Diana se preparó para lo peor.

—El presidente tiene prevista una cumbre con el nuevo primer ministro ruso el mes que viene. No está particularmente interesado en reabrir un viejo y embarazoso capítulo de las relaciones ruso-americanas antes de la reunión.

—No, es lógico.

—Tampoco quiere enardecer innecesariamente a ciertos grupos derechistas que todavía consideran a Rusia el imperio del mal y sólo buscan una excusa para reabrir la Guerra Fría. Si la Unión Soviética derribó a Stone, como hizo con Powers, las relaciones entre Rusia y Estados Unidos podrían resentirse rápidamente.

—Desde luego —murmuró Diana.

—Por eso voy a mandarte al norte. Tus credenciales de civil te ofrecen la cobertura perfecta para encargarte de esta operación. Si el equipo de científicos que ya está de camino al Círculo Polar Ártico

consiguiera insuflarle vida a ese hombre de los hielos, queremos que estés allí para...

—¡Qué! —Diana se irguió de repente—. ¿Van a descongelar a ese tipo?

—Van a intentarlo. Por lo visto, el cuerpo está perfectamente conservado.

—¡Pero es imposible que lo esté hasta ese punto! La criogenia no es mi especialidad, pero sé que la tecnología de conservación celular no está lo suficientemente avanzada como para reparar el daño causado por cuarenta y tantos años de enterramiento en el hielo.

—Los *Dragon Lady* volaban a altitudes tan elevadas que sus pilotos llevaban trajes muy parecidos a los espaciales. El doctor Irwin Goode, que trabajó en el programa U-2 desde sus inicios, cree que el traje presurizado puede ser el responsable del magnífico estado de conservación del cuerpo del mayor Stone.

El doctor Goode había sido galardonado con el premio Nobel unas décadas antes por su trabajo pionero en la superoxigenación de organismos microbianos vivos. Diana refrenó sus objeciones.

—¿Goode forma parte del equipo que se dirige al Ártico?

—Sí. Y también el doctor Gregory Wozniak, quien, según me han informado, clonó recientemente a un ratón de la Era Glacial hallado en una caverna del norte de Siberia a partir de un mechón de su pelaje. Si Goode y compañía no pueden resucitar al mayor Stone, Wozniak quiere intentar clonarlo.

Diana sacudió la cabeza, al mismo tiempo espantada y emocionada por las posibilidades que se le ofrecían. Diariamente se producían grandes avances en el campo de la genética. El año anterior, sin ir más lejos, un grupo de paleontólogos había desenterrado un mamut helado de la Edad de Piedra, y tenía esperanzas de cruzar su ADN con el de un elefante moderno. Aun así, por cada paso adelante se daban varios pasos atrás.

—Que yo recuerde, el clon del doctor Wozniak vivió sólo dos días

—dijo Diana lentamente.

—Pues si éste vive aunque sólo sean dos horas, tú estarás a su lado para sostenerle la mano —Nick la miró fijamente a los ojos—. El presidente quiere que todo lo relacionado con ese hombre se mantenga en absoluto secreto hasta que descubramos las circunstancias que rodearon la desaparición del aparato. En el caso improbable de que consigan resucitar al mayor Stone, o a una versión del mayor Stone, quiero que tú actúes como su orientadora.

—Pero...

—Estará confuso, asustado. Tu trabajo consiste en llegar hasta él, Artemisa. Gánate su confianza y averigua qué ocurrió hace todo esos años.

—Está bien. ¿Cuándo me voy?

—Un C-21 de la Fuerza Aérea te está esperando en Andrews, listo para despegar. He informado al piloto de que estarías allí dentro de una hora.

—¡Una hora!

Diana reprimió una protesta instintiva. Esa noche tenía previsto cenar con Allen. Ya había cancelado la cena dos veces esa semana. Se consoló diciéndose que Allen McDermott era también un científico brillante y concienzudo. A pesar de que ignoraba que Diana trabajaba para OMEGA, comprendía que las exigencias de su trabajo en el Instituto a menudo la obligaban a cancelar sus citas en el último momento. Allen lo comprendería.

O eso esperaba ella.

Nick cerró la carpetilla y la deslizó sobre la mesa.

—Este archivo incluye un *dossier* completo sobre el mayor Stone: expediente académico y militar y perfil psicológico. Para cuando llegues al Ártico, lo sabrás todo sobre ese hombre.

Diana tuvo tiempo de sobra para aprenderse de memoria el archivo mientras el aerodinámico C-21 bimotor la trasladaba a la base de la Fuerza Aérea de Eilson, a las afueras de Fairbanks, Alaska.

Allí embarcó en un Hércules C-130 cuatrimotor de turbo propulsión equipado con esquís.

Cuando finalmente salió del 130, la temperatura ambiental había descendido a veinte grados bajo cero y un viento ululante acuchillaba las ranuras de los ojos y la boca de su pasamontañas. Una luz blanca y azulada relucía, deslumbrante, sobre las vastas extensiones de hielo, casi cegándola. Protegida por sus cinco capas de ropa interior térmica y por el traje de frío extremo, se acercó bamboleante al conductor que, igualmente arrebuñado, se había acercado a toda velocidad con un vehículo oruga mientras el C-130 tocaba tierra.

—Bienvenida al Ártico, doctora Remington. Suba a bordo y protéjase del viento.

Acurrucada tras el conductor, Diana se deslizó sobre la nieve compacta hasta llegar al conjunto de edificios modulares, en forma de caja, que constituía la Estación Estadounidense de Investigación Oceanográfica del Ártico. Una vez dentro, se quitó el mono térmico de intenso color naranja y casi todas las capas de ropa.

—¡Diana!

Greg Wells corrió a saludarla. Aquel hombre bajo y calvo, que irradiaba un entusiasmo irrefrenable, era el mayor experto mundial en regeneración criogénica. Diana había coincidido con él en diversos congresos, y no estaba particularmente impresionada.

—El doctor Goode y yo nos llevamos una alegría cuando supimos que ibas a venir —dijo él, estrechándole vigorosamente la mano. Sin darle tiempo para recuperar el aliento, la arrastró por un estrecho corredor abarrotado de cajas y materiales—. Sé que estás ansiosa por ver el hallazgo. Está justo aquí.

Unos instantes después, Diana entró en un almacén de paredes cubiertas de hielo y estuvo a punto de caerse de espaldas. Se detuvo en seco, cautivada por el cuerpo extendido sobre una mesa metálica.

Estaba desnudo, bañado de la cabeza a los pies por una desabrida luz blanca, y era sin duda alguna el espécimen masculino más

impresionante que ella había visto nunca.

Capítulo 2

—Han pasado diez días.

La exasperación confería un tono chillón y quejumbroso a la voz de Greg Wozniak, que miraba al pequeño grupo de científicos, investigadores y analistas reunido a su alrededor en el comedor de la estación oceanográfica.

La barba de varios días desflecaba las mejillas de los hombres. El color rojo ribeteaba sus párpados y trazaba finas líneas por el blanco de sus ojos. Bajo capas de camisas de lana y mudas térmicas, sus hombros estaban caídos. Todos estaban cansados, todos mostraban signos de falta de sueño y de desaliento. El arrebató de ilusión que se había producido al principio y que los había sostenido durante días y noches de constante experimentación y vigilancia se había disipado por completo.

—Hace casi una semana que restablecimos la temperatura normal del cuerpo de Stone —le recordó Wozniak al grupo innecesariamente. Apartando su taza de café, explicó lo que ya había repetido tres veces en otras tantas horas—. Hemos inyectado todas las combinaciones posibles de medicamentos en las venas del hombre de los hielos.

—Tiene nombre —dijo Diana con frialdad.

Diez días en contacto con el criogenetista, hombre bajo y rotundo, no habían mejorado su opinión sobre él. Wozniak se encogió de hombros y retomó el hilo de su argumentación.

—No podemos aplicarle los electrodos muchas más veces, o destruiremos por completo el tejido muscular del corazón. Creo que es hora de declararlo oficialmente muerto y de permitirme iniciar el

proceso de clonación.

Frente a Diana, al otro lado de la mesa, el doctor Irwin Goode cerró las finas manos alrededor de su taza. Manchas rojizas oscurecían su delicada piel. Sus dedos temblaban. Diana había asistido a una conferencia del premio Nobel unos años antes, y lamentaba comprobar lo mucho que había envejecido el brillante científico. Pero, aunque su cuerpo hubiera sucumbido al paso del tiempo, su mente seguía funcionando con la agudeza del filo de una navaja.

—El cerebro del mayor Stone dio muestras de baja actividad cerebral tras la primera descarga —le recordó Goode con calma a su colega más joven.

—No lo suficiente como para reiniciar sus biorritmos.

—Pero sí para permitirnos concluir que no está del todo muerto a nivel cerebral. Como usted sabe, la legislación actual no permite la clonación de individuos humanos sin consentimiento expreso de los interesados.

—Lo sé —gruñó Wozniak—. Es una lástima que Stone no tenga parientes vivos que puedan autorizar el procedimiento.

Diana se mordió la lengua con esfuerzo para no hacer un comentario sarcástico acerca de la delicada sensibilidad del doctor Wozniak.

—Acordamos intentarlo una vez más —le recordó Goode—. Si la combinación de proteínas y ácidos que le estamos suministrando no genera actividad celular, reconsideraremos el protocolo.

—Quiere decir que lo desconectaremos —masculló Diana.

Los ojos del doctor Goode la contemplaron con una expresión de suave reproche tras las lentes de las gafas montadas al aire.

—Quiero decir que reconsideraremos el protocolo.

Ella se mordió el labio, avergonzada. Tras diez días de intensa experimentación contrarreloj, todos tenían los nervios a flor de piel. Y se habían quedado sin alternativas.

En el fondo, Diana tenía tan pocas esperanzas de revivir a Stone como los demás. Sin embargo, cada vez que tocaba su piel, ahora cálida, u observaba por el microscopio una muestra de tejido, buscando signos de regeneración proteínica, parecía perder un poco más su desapego científico.

En el espacio de diez días, el mayor Charles Stone se había convertido en un reto personal para ella. Sus años de estudio, sus incontables horas de laboratorio, todo parecía haberla conducido a aquella remota y aislada estación en el Ártico. A él.

Las patas metálicas de la silla chirriaron cuando se apartó de la mesa endeble. Aún no estaba preparada para dar por perdido al piloto. No podía. Inclino la cabeza mirando a sus colegas y salió de la pequeña habitación en forma de caja que hacía las veces de comedor, sala de juegos y centro de reuniones.

La llegada del equipo de reanimación había atestado hasta la bandera la ya de por sí estrecha estación. Para hacer sitio al equipamiento y los materiales nuevos, los oceanógrafos habían pegado sus ordenadores a las paredes y trasladado sus dispositivos de análisis acústico al largo y serpenteante túnel que conectaba los módulos.

Los generadores zumbaban mientras Diana pasaba junto a las cajas apiladas y las distintas piezas del equipamiento. El aire caliente bombeado a través de las paredes dobles mantenía la temperatura en el interior de la estación a treinta grados centígrados, de modo que sus ocupantes no tenían que forrarse de ropa. Las botas, las mallas ceñidas y una camisa de lana de cuadros desabrochada sobre una camiseta térmica proporcionaban a Diana abrigo y holgura suficiente para moverse.

Antes de entrar en el almacén donde el mayor Stone permanecía suspendido entre la vida y la muerte, Diana entró en el cuarto atestado que el equipo de reanimación había convertido en laboratorio. Había comprobado las últimas muestras celulares esa

misma mañana, pero quería echarles otra ojeada.

Enganchó un taburete con el pie y lo acercó al mostrador más cercano, cubierto con hileras de tubos de ensayo y bandejas de cultivo. Tal y como había dicho el doctor Goode, habían agotado sus esperanzas. Habían probado todas las combinaciones posibles de proteínas y ácidos nucleicos dentro del rango de la secuencia molecular del mayor Stone. Si aquella no funcionaba, si la proteína y el ácido nucleico no reaccionaban...

Diana apretó el interruptor del microscopio láser y deslizó bajo la lente el portaobjetos de cristal con la última muestra. La Fuerza Aérea no había reparado en gastos a la hora de adquirir y transportar el potente microscopio solicitado por el doctor Goode. Sólo había tres como aquél en todo el mundo. Mientras Diana observaba las células enormemente aumentadas, los procesadores del microscopio repasaron las más de doscientas mil secuencias proteínicas conocidas para cotejarlas con la de la muestra.

Unos segundos después, la pantalla mostró un código complejo. Con un clic del ratón, Diana mandó el código a la tabla incorporada al computador.

—¡Maldita sea!

La línea en la que aparecía aquella combinación permanecía igual. El perfil proteínico del mayor Stone no había cambiado ni un ápice.

Intentando refrenar su desilusión, Diana sacó la muestra y se dispuso a apartarse del mostrador. Sólo entonces notó un leve, casi indiscernible tono azulado al borde de la muestra. Se le cortó la respiración. Volvió a colocar el portaobjetos bajo la lente y reenfocó los visores del microscopio para observar el borde de la lámina.

¡Allí estaba! ¡Un filamento de complejo proteínico que se había fundido con trazas de ácido nucleico! A menos que la muestra estuviera contaminada, aquella mezcla era nueva. Pero ¿por qué daba el ordenador constantemente la misma lectura?

Diana frunció el ceño, reinició el ordenador y repitió de nuevo el

proceso. Al obtener idéntico código, masculló una maldición.

—No puede ser.

Pensó en consultárselo al doctor Goode. Luego apretó uno de los botones del práctico cronómetro negro que llevaba en la muñeca derecha. Antes de abandonar Washington, la jefa de comunicaciones del servicio OMEGA le había proporcionado un radiotransmisor especialmente diseñado para soportar el frío extremo del Ártico. El dispositivo parecía un reloj de veinte dólares normal y corriente, de los que podían comprarse en cualquier hipermercado. Sin embargo, tal y como le había mostrado Mackenzie Blair, el reloj contenía un transmisor herméticamente cerrado que podía enviar y recibir señales a través de un satélite militar secreto. Un ligero toque del botón activaba el sistema y establecía una comunicación instantánea.

—Control, aquí Artemisa. ¿Me recibís?

La alegre respuesta de Mackenzie le llegó un segundo después.

—Te recibo, Artemisa. Adelante.

—Necesito que accedáis al PIR-PSD a través de vuestras computadoras.

—Repíte, por favor.

—El Banco de Datos de Secuencias y Estudios Proteínicos.

—De acuerdo.

—Es el mayor banco de datos sobre proteínas del mundo. Teclea PIR-PSD y entrarás enseguida. Avísame cuando aparezca la página de acceso.

Mordiéndose el labio inferior, Diana aguardó a que la jefa de comunicaciones de OMEGA entrara en la fuente de información internacional.

—Ya lo tengo —anunció Mackenzie unos segundos después.

—Voy a dictarte una larga serie de números. Introdúcelos tal y como te los doy; luego aprieta el botón que dice «solicitar perfil».

—Cuando quieras, Artemisa.

Diana fue leyendo meticulosamente la larga serie de cifras de la

muestra. Mackenzie repetía cada dígito al introducirlo en el ordenador. Mientras el PIR-PSD procesaba la información, el corazón de Diana palpitaba aceleradamente. ¿Serían erróneas las lecturas de aquel carísimo microscopio de electrones? ¿Tendrían que empezar desde cero, repetir los miles de secuencias del rango del perfil proteínico del mayor Stone? ¿Podrían mantener sus órganos en funcionamiento el tiempo suficiente para que...?

—Me está dando una especie de código.

—Lémelo. ¡Espacio!

Diana introdujo el código que Mackenzie le iba dando en el ordenador del microscopio y activó la tabla de cotejo. Al instante apareció resaltada una línea.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Algo va mal, Artemisa?

—No, al contrario. ¡Va muy bien!

Habían estado a punto de desconectar al mayor Charles Stone, ¡y sus proteínas habían empezado a regenerarse! Si aquella tabla era correcta, el cuerpo del mayor casi había alcanzado niveles suficientes para volver a la vida.

Temblando de excitación, Diana avisó a Mackenzie de que volvería a informar más tarde y se bajó del taburete. Debía informar a Goode, a Wozniak y a los otros, obligarlos a verificar la anomalía. Y lo haría, en cuanto le echara un vistazo al mayor.

Éste yacía en la mesa metálica, sobre un colchón de gel acuoso controlado por computador que sostenía su cuerpo, cuya posición variaba cada cierto tiempo. Seguía estando desnudo, pero el equipo de reanimación había tapado la parte inferior de su cuerpo con una sábana doblada. Cámaras de vídeo montadas sobre trípodes lo observaban desde cuatro ángulos distintos. De su brazo salían serpeando vías intravenosas y, de su pecho, sondas que registraban los movimientos de su corazón. Los electrodos medían la casi imperceptible actividad de su cerebro, que tantas esperanzas había

hecho concebir al equipo en un principio. Una pared entera de monitores grababa los datos visuales y las señales digitales.

Con el corazón bombeando pura adrenalina, Diana se acercó a la mesa. El mayor Stone estaba inmóvil. Tenía la espalda ancha y el cuerpo musculoso. Un fino vello castaño le bajaba por el pecho, rodeaba su ombligo y desaparecía bajo la sábana doblada. El mismo vello castaño oscuro cubría suavemente sus brazos y piernas. Su pelo, de un marrón más oscuro, estaba cortado a cepillo, al estilo de los años cincuenta.

Como bióloga, Diana apreciaba la belleza de todas las formas de vida. Stone no era guapo en un sentido clásico, decidió. Sus rasgos eran demasiado toscos, su mandíbula demasiado cuadrada y prominente. Tenía que admitir, sin embargo, que la ruda virilidad de aquel hombre había dado al traste con su desapego científico. Eso, y el hecho de haber memorizado tantos detalles de su vida que ya no era capaz de contemplar objetivamente al mayor Stone.

Según el minucioso *dossier* compilado por Mackenzie, Charlie Stone había perdido a sus padres durante la Gran Depresión y había crecido con una tía. Mientras iba al instituto trabajó en una serie de pintorescos empleos, y aun así consiguió destacar en la práctica del béisbol y el fútbol. Por lo que decían los muchos comentarios del anuario de su instituto, había conquistado tantos corazones de animadoras como partidos.

Al estallar la Segunda Guerra Mundial, mintió sobre su edad para alistarse en el cuerpo de cadetes de la aviación. Pilotó Mustangs P-51 en Europa y jets F-86 Sabre seis años después, en Corea. Estuvo prometido una temporada con una enfermera de la Armada, pero su romance se truncó cuando ella abandonó el Ejército y regresó a casa. Stone fue elegido entonces para trabajar como piloto de pruebas y se trasladó a la base de la Fuerza Aérea en Edwards, California, donde voló con famosos pilotos como Chuck Yeager y el futuro astronauta Deke Slayton.

Era un hombre de la vieja escuela. Duro. Bregado. La clase de piloto resistente y temerario que sacaba el máximo partido al aparato que pilotaba y a sí mismo. Había pasado ya cientos de horas en diversos aviones experimentales cuando la CIA le «pidió prestado» a la Fuerza Aérea para que les ayudara a probar el U-2, un avión de alto secreto. Poco más de un año después, desapareció del cielo.

—Me pregunto qué pensarás de tu mundo si... cuando despiertes —Diana apoyó la mano en el brazo de Stone, comparando el tacto de su piel con la temperatura que arrojaban los monitores. A pesar del frío que hacía en el laboratorio improvisado, estaba caliente al tacto—. El mundo ha cambiado mucho desde 1956 —dijo, deseando que pudiera oírla y respondiera al estímulo del contacto humano—. Por lo que he leído sobre la época de la Guerra Fría, creo que esto te gustará mucho más. Claro que tal vez no hayamos progresado tanto como nos gusta creer.

Acarició suavemente su brazo, recordando imágenes de la época del mayor Stone. Eisenhower enfrentándose a Kruschev. Satélites Sputnik. Víctimas de la polio apesadas en enormes pulmones de hierro. Cadillacs cromados con aletas de tiburón. ¿O eso del cromo había sido después?

Tendría que probar el archivo histórico interactivo que Mackenzie había recopilado. Aquel programa procuraba documentos sonoros y visuales sobre toda clase de cosas, desde comidas populares en los cincuenta a canciones del *hit parade* cantadas por gente como Patti Page o Frankie Laine.

—Hemos vencido a la polio —le dijo—, pero... ¡Ay!

Retrocedió de un salto, sobresaltada al ver que el brazo que había estado acariciando se alzaba de repente. Se quedó mirando, atónita, el miembro alzado. ¿Era un simple reflejo? ¿Una respuesta al estímulo de sus caricias? Con el corazón palpitante, apartó la mirada perpleja del brazo del mayor Stone y, al fijarla en su cara, estuvo a punto de dar otro respingo. Sus párpados se movían. ¡Estaba segura

de que se habían movido!

—¡Mayor Stone! —gritó—. ¿Puede oírme? —la frente del mayor Stone se frunció—. ¡Mayor Stone! —su corazón palpitaba tan fuerte y tan rápido que apenas podía respirar—. Abra los ojos.

Profundas arrugas circundaron la boca del mayor. Los músculos de su cuello se tensaron, haciendo que la garganta de Diana se encogiera dolorosamente. Por el rabillo del ojo, Diana vio que los monitores se encendían como un árbol de Navidad. De pronto empezó a sonar un agudo pitito que pronto se convirtió en un rítmico zumbido de advertencia. Otra alarma se disparó. Unos segundos después, empezaron a sonar todas a la vez.

El ruido alertó a uno de los técnicos del equipo, que acudió corriendo.

—¿Qué pasa?

—¡Se está despertando! —dijo Diana mirando hacia atrás—. Traiga al doctor Goode. ¡Deprisa! —se giró y sintió que el oxígeno abandonaba sus pulmones.

¡El mayor Stone tenía los ojos abiertos! Una profunda confusión enturbiaba sus iris azules.

—No pasa nada —intentando refrenar su excitación, Diana infundió calma a su voz—. Está a salvo. Se encuentra en la Estación Oceanográfica de Estados Unidos en el Ártico.

Los ojos del mayor se achicaron, escrutaron la cara de Diana, su camisa de cuadros rojos y marrones, sus vaqueros... Al volver a mirarla a los ojos, su garganta se movió. Un sonido a medio camino entre un gruñido y un graznido escapó de ella.

—No intente hablar todavía.

Él alzó de nuevo el brazo y agarró la camisa de Diana. Asombrada por su fuerza, Diana dejó que la atrajera hacia sí hasta que sus caras quedaron a unos pocos centímetros la una de la otra. Con un esfuerzo que resultaba penoso de contemplar, el mayor tragó saliva y lo intentó de nuevo. Por fin consiguió emitir una sola sílaba.

—¿Quién...?

—¿Quién soy yo? Soy Diana Remington. La doctora Diana Remington.

Diana oyó ruido de pasos tras ella. Grez Wozniak cruzó corriendo la puerta. La emoción había teñido de rojo intenso su cara carnosa.

—¿Es cierto? ¿Se ha despertado?

—Véalo usted mismo.

Diana intentó apartarse, pero el mayor Stone, que seguía agarrando su camisa, la retuvo junto a la mesa y fijó su mirada en el doctor.

—¡No... no puedo creerlo! —exclamó Wozniak, casi balbuciendo—. ¿Cómo...? ¿Cuándo...?

Diana esperó a que llegara, jadeante, el doctor Goode, para relatar la asombrosa secuencia de los acontecimientos.

—Pasó tan deprisa... Sin previo aviso. Estaba aquí, comprobando sus constantes vitales, cuando de pronto alzó el brazo. Unos segundos después, abrió los ojos.

Goode tenía la mirada clavada en Stone. Su rostro arrugado no mostraba la excitación que se había apoderado de Diana y Greg Wozniak.

—No lo comprendo. Los perfiles de la secuencia no mostraban señal alguna de que sus proteínas hubieran empezado a regenerarse.

A pesar de que deseaba compartir los resultados de la prueba que Mackenzie había hecho utilizando los ordenadores de OMEGA, Diana no podía descubrir su tapadera.

—Las lecturas del microscopio deben de ser erróneas.

—Imposible —afirmó Goode enfáticamente—. Lo calibré yo mismo.

—Pero está claro que una de las soluciones que le administramos ha funcionado —pegada todavía a la mesa, Diana hizo las presentaciones—. Mayor Stone, éste es el doctor Irwin Goode, ganador del premio Nobel por sus estudios en biónica. Hace años

trabajó en el programa de los aviones espía U-2. Y éste es el doctor Greg Wozniak, que...

Se interrumpió, sobresaltada, al ver que Stone doblaba de nuevo el brazo. De un tirón, el mayor la hizo agacharse. Ella acabó tumbada sobre su cuerpo, con una mano sobre su pecho desnudo y la otra intentando sujetarse a la mesa metálica. Unos ojos azules como el hielo se clavaron en los suyos.

—Espía... no —graznó él con feroz intensidad—. Vuelos... meteoro... lógicos.

¡Oh, Dios! En su excitación, Diana había olvidado que, durante la época del mayor Stone, el programa U-2 era a tal punto secreto que ni siquiera el Congreso estaba al corriente de que se realizaban vuelos de espionaje sobre la Unión Soviética. Aquello había sido asunto de la CIA de principio a fin, en los tiempos en que la agencia actuaba a su antojo, sin que las puntillosas leyes ni la supervisión del Congreso estorbaran sus operaciones.

Según la información reunida por Mackenzie respecto al programa U-2, aquella había sido una clásica operación de la CIA. Los pilotos se desnudaban por completo antes de ponerse sus monos de vuelo. No llevaban objetos personales, ni insignias identificativas, ni galones. Hasta las aeronaves carecían de marcas reconocibles. Si se veían obligados a aterrizar en territorio enemigo, debían negar cualquier intento de espionaje y admitir únicamente la recogida de datos meteorológicos.

Lo cual era justamente lo que estaba haciendo el mayor Stone en ese momento.

—No se preocupe —dijo Diana, intentando incorporarse un poco—. El programa U-2 fue desclasificado —él no la soltó. En todo caso, frunció más aún el ceño—. No se preocupe —repitió, ignorando el hecho de que tenía los pechos apretados contra el torso del mayor—. Estamos de su parte.

La mandíbula del mayor se movió.

—Vuelo meteorológico.

¡Oh, vaya! Era evidente que pretendía ceñirse a su juramento de no desvelar ningún aspecto de su misión secreta.

Diana sintió de pronto admiración por su coraje. Tenía que estar confuso, desorientado. Debía de estar preguntándose cómo demonios había llegado a una remota estación oceanográfica. Y, sin embargo, no estaba dispuesto a revelar nada, salvo la historia que le servía de tapadera.

—Puede confiar en nosotros —dijo ella con suavidad—. Sabemos que es usted el mayor Charles Stone, de la Fuerza Aérea de Estados Unidos. Sabemos que fue destinado a la CIA a principios de 1955 para probar un nuevo avión monoplaza de reconocimiento de elevada altitud. También sabemos que pilotaba ese avión cuando desapareció del radar a las 22:35 del 2 de noviembre de 1956. Lo que no sabemos es por qué desapareció, pero esperamos que usted pueda aclarárnoslo.

Él la miró fijamente, con expresión hosca. Tras lo que pareció una eternidad, le soltó la camisa. Diana se incorporó. No dijo nada durante varios segundos. Quería darle tiempo para asimilar lo que acababa de oír antes de dejar caer la bomba de que había pasado cuarenta y cinco años en el hielo. Miró a sus colegas y luego a Stone, sólo para descubrir que él tenía la mirada fija en algo que había tras ella.

—¿Qué... diablos...? —graznó él.

Diana echó un rápido vistazo tras ella y vio el reloj digital que colgaba de la pared. La hora, el día, el mes y el año resplandecían en verde iridiscente.

Diana respiró hondo y miró de nuevo al hombre de los hielos.

—Sí —dijo despacio y claramente—. Ésa es la fecha correcta.

Capítulo 3

Era un complot. Una retorcida estratagema de los comunistas para confundirlo. Para desorientarlo. Para hacerlo confesar. ¡No podía ser otra cosa!

Charlie intentaba desesperadamente romper el hielo que parecía haber cristalizado en el interior de su cerebro. Entre la neblina de su mente se agitaban diversas imágenes. Sonidos que iban y venían. Agudos crujidos. Largos gemidos. Como cuando los icebergs lloraban al desgajarse de un glaciar. Con cada imagen, con cada sonido, se alzaban en su interior negras oleadas de miedo.

Apartando aquella sensación con un gruñido silencioso, Charlie extendió los brazos hacia el vacío y agarró con ambas manos los fragmentos que recordaba. Había despegado de su base en Turquía en misión rutinaria. Acababa de entrar en el espacio aéreo soviético cuando... cuando se desató el infierno. Tiró con fuerza del mando del aparato, intentó desesperadamente virar y abandonar el espacio aéreo ruso antes de salir despedido...

Los fragmentos se agitaban, iban aclarándose. Recordaba la sofocante falta de oxígeno, cómo había luchado con el mando de eyección. Y el frío. ¡Dios, qué frío tan espantoso! Le hería los ojos, le acuchillaba la carne. Luego, el tirón desgarrador del paracaídas. Después de eso, nada.

Debía de haber caído sobre Siberia. O tal vez había caído en el mar de Bering y lo habían rescatado los cazadores de focas o los pescadores. Sin duda lo habían entregado a las autoridades soviéticas. Era lo único que podía explicar el absurdo relato que aquella mujer le había contado.

—Todo indica que cayó usted en el océano Ártico, mayor Stone — él quedó tan asombrado ante la habilidad de Diana para leerle el pensamiento que apenas comprendió la increíble historia que le contó a continuación—. La inmersión en las aguas gélidas del Ártico redujo la necesidad de oxígeno de su cerebro al tiempo que su circulación se hacía más lenta. En efecto, entró usted en un profundo estado de hibernación permanente. El traje presurizado impidió que su cuerpo se descompusiera —la compasión brillaba en los ojos verdes que lo miraban de cerca, pero Charlie se negaba a reconocer aquella impresión, al igual que su mente aturdida rehusaba comprender la serena afirmación que siguió—. Ha estado perdido en el hielo cuarenta y cinco años.

Aquella mujer era buena. Condenadamente buena. Parecía tan sincera, ¡tan americana! La boca de Charlie se curvó.

—Una... historia... genial..., rubia —gruñó con la garganta en carne viva—. Lástima... que no... me la trague.

—Es cierta.

—Sí, ya... y yo soy... Joe... DiMaggio.

Los comunistas sabían cómo volverlo loco a uno. Él había volado durante la guerra de Corea. Había perdido compañeros, había oído historias sobre los prisioneros de guerra desaparecidos en China. Sólo ahora, tres años después del fin de la guerra, empezaba a salir a la luz la verdad. Los dirigentes soviéticos de Corea del Norte y China habían perfeccionado una técnica a la que la CIA llamaba lavado de cerebro. Según los informes secretos, programaban a los prisioneros de guerra americanos para traicionar a su país, enterrando su impulso traicionero tan profundamente en su psique que nadie, ni siquiera los propios prisioneros, sabían que existía.

La CIA tenía pruebas. Les había enseñado a Charlie y a sus compañeros de los U-2 el sumario de un teniente que, al regresar a casa, había retomado su apacible vida de vendedor hasta que algo o alguien había disparado sus impulsos ocultos. Sin previo aviso, aquel

tipo abandonó su trabajo, desenterró su rifle de caza y con toda calma le pegó un tiro a un poderoso senador que esa tarde estaba haciendo una visita a la ciudad, en plena campaña electoral. El teniente no supo nunca por qué había matado a aquel carismático candidato presidencial.

Charlie no permitiría que aquella rubia de ojos verdes jugara con su cabeza.

—Sé que es difícil de creer, mayor Stone —estaba diciendo ella con calma—, pero le estoy diciendo la verdad. Está usted en una estación oceanográfica estadounidense, a doscientos noventa kilómetros de Point Barrow, Alaska. Y estamos en junio de 2002.

La mujer... ¿cómo había dicho que se llamaba? Remington. Doctora Remington... empujó su pecho con la palma de la mano.

—Si permite que me levante, tal vez mis colegas y yo podamos convencerlo.

Charlie no estaba dispuesto a admitir que no tenía fuerzas para retenerla. Temblaba como un gatito, estaba tan débil que el mero hecho de abrir la mano le costaba todas sus fuerzas. El sudor afloraba a su piel, helándose de inmediato. Sólo entonces se dio cuenta de que estaba tendido en una mesa, completamente desnudo. De los brazos, las piernas y el pecho le salían tubos y cables.

Achicando los ojos, siguió los cables enredados hasta las máquinas a las que estaban conectados. Otro escalofrío recorrió su piel. Él era uno de los primeros pilotos de pruebas seleccionados para el programa U-2. Había sido sometido a toda clase de experimentos. Pero nunca había visto un equipo como aquél.

Apretó la mandíbula y se palpó el pecho. De un tirón se arrancó del brazo la vía intravenosa. Gotas de sangre y suero se esparcieron por la habitación.

—¡Eh! —el hombre bajo y calvo que permanecía junto a la rubia se retiró de un salto—. ¡Cuidado con esos fluidos corporales! Son tan peligrosos como ametralladoras.

A Charlie se le cerró la garganta. ¿Qué demonios le habían inyectado?

La mujer, Remington, le lanzó a su compañero una mirada exasperada.

—Si lo que le preocupa es el sida, Greg, le recuerdo que el primer caso se documentó en 1981, veinticinco años después de que el mayor Stone desapareciera.

El hombre se puso colorado, pero mantuvo la distancia.

—¿Quién sabe qué habrá pillado en el hielo? Tiene que haber alguna razón que explique la anomalía de su regeneración proteínica.

Nada de lo que decían tenía sentido para Charlie, en cuya mente confusa comenzaba a cristalizar con toda claridad un sólo un pensamiento. Nadie iba a inyectarle nada más, hasta que averiguara qué demonios estaba pasando. Apretando la mandíbula, giró las piernas hacia un lado de la mesa y se incorporó. Le zumbaba la cabeza. El círculo de caras que lo rodeaba se emborronó. Apretó los dientes, parpadeó para aclarar la neblina de sus ojos y procedió a quitarse las vías y los cables.

—¡Mayor Stone!

—¡Se va hacer daño!

—¡Tenga cuidado con el equipo!

Su mirada feroz silenció el coro de voces. Se agarró la mesa metálica con ambas manos. Su respiración rasposa era el único sonido que se oía en la habitación hasta que la rubia rompió la tensión.

—¿Por qué no se pone cómodo? Creo que lo mejor será que se vista y se traslade a los dormitorios. ¿Le parece bien, mayor?

La mirada de Stone recorrió el laboratorio improvisado, fijándose en los monitores y las cámaras, antes de volver a clavarse en los ojos de Diana. Un breve asentimiento de cabeza indicó que estaba de acuerdo.

Para desilusión de todos los miembros del equipo de

reanimación, Diana incluida, el mayor Stone se mantuvo firme como una roca. Una vez instalado en un cuarto despejado a toda prisa y vestido con ropa prestada, cruzó los brazos y se negó a contestar preguntas y a responder a las revelaciones del equipo. No estaba dispuesto a aceptar que había despertado en el segundo milenio después de Cristo.

El equipo intentó convencerlo lo mejor que pudo, enseñándole material impreso, imágenes digitalizadas y programas de televisión recibidos vía satélite por el sistema de telecomunicaciones de la estación. Los ojos del mayor se achicaban hasta convertirse en ranuras cuando miraba las imágenes cambiantes, pero sus pensamientos se los guardaba para sí.

En cierto momento, Diana pensó que al fin lo habían convencido, pero la alborotada explicación del doctor Wozniak acerca del proceso de clonación y su subsiguiente solicitud de una muestra de ADN hicieron que Stone cerrara de nuevo la mandíbula. Nadie, declaró sombríamente, le haría un duplicado en una probeta mientras él pudiera impedirlo.

—Ya lo pasamos bastante mal cuando pensaba que estábamos intentando sacarle información sobre el programa U-2 —le dijo Diana al nuevo jefe del grupo OMEGA unas horas después—. Pero, cuando le dijimos que había estado congelado más de cuatro décadas, se cerró en banda. Creo que piensa que queremos lavarle el cerebro para hacerlo hablar.

—Entonces, ¿no ha dicho nada sobre el avión, ni sobre lo que ocurrió?

—Negativo, Rayo.

—Su estado mental parece bastante estable. ¿Y su estado físico?

—Increíble, absolutamente increíble.

Si notó el tono áspero de la voz de Diana, Nick prefirió no mencionarlo.

—¿Seguís vigilándolo de cerca?

—En cierto modo, sí. Lo hemos trasladado a la zona de dormitorios y hemos puesto a un técnico de laboratorio a vigilar su puerta, por si acaso decide irse de la estación.

—Bueno, mantenme informado de sus progresos.

—Lo haré, Rayo —Diana vaciló un instante—. ¿Habéis averiguado algo sobre Greg Wozniak?

—Aún no. Todavía estamos revisando sus operaciones financieras. Que, por cierto, son increíblemente diversas. Además de sus lucrativas becas de investigación, es el propietario de una cadena de bancos de esperma y de un buen pellizco de varias compañías que fabrican equipamiento criogénico. Pero sus principales ingresos parecen proceder de clientes ricos que le pagan auténticas fortunas para que congele una parte de sus cuerpos para su futura clonación.

—¿Alguno de esos clientes se ha beneficiado de sus servicios?

—No, que nosotros sepamos.

—Así que, Stone habría sido una auténtica medalla que colgarse, además de un anuncio andante para su negocio. No me extraña que tuviera tantas ganas de que el equipo lo declarara oficialmente muerto.

—¿Las suficientes como para manipular los perfiles proteínicos?

La sospecha era un feo gusanito con el que todo agente secreto aprendía a convivir. Aquel gusano en particular llevaba retorciéndose y dando vueltas en la mente de Diana desde su descubrimiento de las lecturas defectuosas del microscopio.

—No lo sé.

—No lo pierdas de vista —le dijo Nick—. Mientras tanto, seguiremos investigando.

—Afirmativo.

Diana cortó la comunicación, arqueó la espalda y entrelazó las manos detrás de la nuca para desperezarse. ¡Dios, qué cansada estaba! Aun sin la tensión que le producía la operación, le habría costado dormir en la neblina perpetua y luminosa del verano ártico.

Su reloj biológico todavía intentaba ajustarse después de diez días. Sabía que esa noche tampoco podría dormir a gusto. Charlie Stone asaltaría sus sueños del mismo modo que dominaba sus horas de vigilia.

Mientras se quitaba las botas, se preguntó qué estaría haciendo el mayor en ese momento. ¿Estaría leyendo las revistas que le había dejado en la habitación? ¿Cambiando de canal en la televisión vía satélite? ¿Paseándose por el diminuto cuarto?

Menos de dos minutos después, obtuvo su respuesta. Acababa de inclinarse sobre el lavabo de acero inoxidable para mojarse la cara con agua embotellada cuando el chirrido de una puerta que se abría la hizo girarse bruscamente. A pesar de que tenía los párpados mojados, reconoció enseguida la figura de anchos hombros y estrechas caderas del mayor.

—¡Mayor Stone!

Se incorporó, parpadeando para quitarse el agua de los ojos. Él parecía otro con sus pantalones caquis prestados y su camisa azul, que le quedaba pequeña y cuyas costuras se tensaban en los hombros. Las botas eran las mismas, notó Diana echándole una rápida ojeada: las botas marrones de caña alta y cordones que el equipo había estudiado y analizado durante el proceso de reanimación.

—¿Cómo ha...?

—¿Cómo he escapado del guardia?

Su voz seguía siendo áspera y rasposa, pero tenía un filo letal.

—No era un guardia.

—No me diga.

Él cruzó el cuarto en dos pasos, obligando a Diana a retroceder hacia la pared, junto al lavabo.

—Sólo es un técnico de laboratorio —dijo ella con tanta calma como le permitían los ojos azules del mayor clavados en ella—. Está ahí para ayudarlo por si necesita algo. No le habrá hecho daño,

¿verdad?

—No le quedarán marcas, si es eso lo que la preocupa.

Los puños cerrados y la actitud amenazadora de Stone no intimidaban a Diana. Podía derribar al mayor si tenía que hacerlo. Lo que la molestaba era que la cercanía de Stone hiciera vibrar sus nervios con una intensidad casi eléctrica.

—¿Qué quiere? —preguntó fríamente.

—La verdad. ¿Quién es usted?

—Ya se lo dije. Me llamo Diana Remington. Vine junto con los doctores Goode y Wozniak y los demás cuando su cuerpo fue rescatado del...

—¡No me venga otra vez con ese rollo de que he estado enterrado en el hielo cuarenta y cinco años!

—Es la verdad —la respuesta de Stone fue corta y escatológica—. ¿Qué quiere que haga para que se convenza? —preguntó Diana—. ¿Cuántos vídeos y documentos necesita?

—Los documentos pueden falsificarse. Y también esas películas increíbles que me han enseñado.

—¿Para qué íbamos a tomarnos tantas molestias?

—Dímelo tú, rubia.

Ella alzó la barbilla y lo miró a los ojos.

—No soy una propagandista soviética que intenta lavarle el cerebro. La Guerra Fría acabó. Ganamos nosotros. El Muro se derrumbó.

—¿Qué muro?

Diana recordó a destiempo que el símbolo más palmario de la Guerra Fría, el Muro de Berlín, había sido erigido años después de la desaparición de Stone.

—No importa. Lo único que importa ahora es que el gobierno de Estados Unidos prohibió los vuelos secretos de los U-2 sobre Rusia en 1960, después de que Francis Gary Powers tuviera que saltar en paracaídas. No hace falta que proteja usted su identidad o la de su

unidad. Eso es historia. Usted es historia —añadió más suavemente.

Un músculo vibraba en la mandíbula de Stone.

—¿Qué derribó el avión de Gary?

—Un misil tierra-aire.

—¡Mentira! Los *Dragon Lady* vuelan demasiado alto y demasiado rápido para que los misiles tierra-aire soviéticos les den alcance.

—Puede que en su tiempo fuera así, pero en 1960 los soviéticos habían mejorado notablemente su capacidad balística. Y Estados Unidos también.

—¿Cómo sé que me está diciendo la verdad?

—Puede obtener información sobre el juicio de Powers en cualquier ordenador. O buscar su nombre en una enciclopedia —añadió, recordando a tiempo la desconfianza que mostraba Stone hacia los ordenadores de la estación.

En su época, las computadoras eran monstruos pantagruélicos que ocupaban una habitación entera. Stone miraba las versiones más pequeñas y exponencialmente más rápidas de los modelos portátiles con recelo y, al tiempo, con una admiración que se esforzaba por ocultar.

—Powers pasó dos años en una prisión soviética antes de ser canjeado —dijo Diana con aspereza—. Creo que escribió un libro sobre sus experiencias antes de morir en un accidente de helicóptero en los años setenta.

Por un instante, Diana creyó vislumbrar en su rostro una desolación tan vasta como el desierto del Ártico. Stone había perdido a sus padres siendo todavía un niño. Sin hermanos ni hermanas, había hecho del Ejército su familia y de sus compañeros pilotos sus parientes. Ahora, la mayoría estaban muertos.

Diana no podía imaginar lo que sería despertar de pronto y hallarse en un mundo ajeno, sin amigos ni espacios conocidos. Refrenó el deseo de alzar la mano y acariciar la mejilla de Stone. Él no había pedido consuelo, ni compasión, y seguramente no los

quería.

— ¿Por qué no nos sentamos, mayor Stone?

Diana dio un sólo paso, pero se detuvo en seco al ver que él apoyaba las palmas en la pared, a ambos lados de su cabeza. Sus brazos la aprisionaban. Su cuerpo formaba un muro sólido e inamovible.

— Primero quiero unas cuantas respuestas.

— Está bien. Pero, para su información, este tipo de comportamiento primitivo y cavernícola corrió la misma suerte que la falda de campana y los Studebaker.

A Stone le costó un momento asimilar su ácido comentario. Al entender su significado, una expresión de desaliento casi cómica cruzó su cara.

— ¿Me está diciendo que mi Golden Hawk está anticuado?

— Sí, si era un Studebaker.

— ¡Demonios! ¡Sólo había pagado dos plazos!

Con cada instante que pasaba, Diana se sentía menos como la mítica encarnación de la cazadora y más como la legendaria Casandra, la portadora de malos presagios. No sólo acababa de anunciarle a aquel hombre que su compañero había muerto, sino que también había tocado uno de los puntos más vulnerables del hombre estadounidense: su coche.

Diana dejó pasar un momento para que se acostumbrara a la noticia y luego preguntó suavemente:

— ¿Qué más quería preguntarme?

Él se sacudió la tristeza y le clavó una mirada dura.

— ¿Cuál es su relación con Irwin Goode?

Sorprendida, Diana contestó:

— Supongo que podría decirse que somos colegas, aunque eso sería mucho decir, desde luego. En realidad, el doctor Goode ocupa una posición muy superior a la mía. Ganó el premio Nobel por sus trabajos pioneros en biónica. Todavía hoy, sus estudios sobre los

efectos de ciertos agentes tóxicos sobre los glóbulos rojos de la sangre se estudian como libro de texto en las universidades.

Stone permaneció callado tanto tiempo que Diana tuvo que reprimir el deseo de escabullirse. Él estaba tan cerca, era tan... tan masculino. Nada parecido a Allen.

Aquella idea cruzó la cabeza de Diana sin que pudiera impedirlo. Se sonrojó, sintiéndose desleal con el hombre con el que salía regularmente desde hacía meses, y al mismo tiempo irritada por el impacto que Stone causaba sobre sus sentidos.

—¿Conoció usted al doctor Goode cuando pilotaba los U-2? — preguntó.

Él abrió la boca y volvió a cerrarla. Estaba claro que aún no estaba preparado para admitir que pilotaba el avión espía secreto. Dando un suspiro, Diana intentó apartarse de nuevo.

—Todavía no he acabado usted, rubia.

—¿Sabe qué le digo? —dijo ella con una sonrisa decidida—. Si se abstiene usted de llamarme «rubia», yo me abstendré que dejarlo fuera de combate.

Una mirada especulativa apareció en los ojos de Charlie.

—¿Cree que podría?

—Estoy segura, amigo.

Por un instante, él pareció dispuesto a comprobarlo. Su mirada se deslizó lentamente de la cara a la garganta de Diana y luego permaneció fija en la vecindad de sus pechos. Para sorpresa y azoramiento de Diana, sus pezones se afilaron bajo la camiseta y un extraño cosquilleo se apoderó de su vientre. ¡Oh, por favor!

En jerga moderna, a Stone podía considerársele un tío macizo. Pero, por más que admirara su magnetismo puramente animal, los músculos a secas nunca habían atraído particularmente la atención de Diana. A diferencia de los tipos fornidos y ligones como Stone, ella en el instituto había sido una chica estudiosa y formal. En la universidad había empezado a salir del cascarón, del que se había

deshecho por completo al reclutarla Maggie Sinclair para trabajar en OMEGA. Aun así, siempre le había parecido que, en situaciones desesperadas, la inteligencia daba mejor resultado que la fuerza bruta.

Y, se recordó con severidad, era la inteligencia y no la fuerza bruta lo que la atraía de Allen McDermott. Entre ellos había una relación cómoda y mutuamente satisfactoria, una relación que surgía tanto de sus aficiones e intereses profesionales comunes como del deseo físico.

Sin embargo, Diana no había sentido nunca un deseo como aquél. Ni con Allen, ni con nadie.

Diana reprimió vigorosamente el insidioso deseo de ponerse de puntillas y darle a Charlie Stone su primer beso en más de cuarenta y cinco años. Pero se recordó que estaba allí para cumplir una misión que exigía toda su concentración.

—Si no tiene más dudas —dijo con frialdad—, hay algunas cosas que me gustaría preguntarle.

Él dejó caer los brazos y una máscara de acero descendió sobre su cara.

—No me fío de usted lo suficiente como para contestar a sus preguntas.

—Eso es muy franco por su parte. Avísame cuando cambie de idea, ¿quiere?

—Sí —contestó él, dirigiéndose hacia la puerta—. Lo haré.

Charlie cruzó la puerta con los hombros erguidos y la espalda derecha, pero por dentro se sentía como si acabara de pelear diez asaltos con el campeón de los pesos pesados Rocky Marciano.

Lo que había visto desde que abriera los ojos lo golpeaba como un gancho directo al estómago. Lo que había oído lo hacía tambalearse. Sólo su fuerza de voluntad le impedía agarrar a sus supuestos salvadores por el cuello y sacarles la verdad a puñetazos.

Se negaba a creerlos. Dios santo, la sola idea de haber pasado

cuarenta y cinco años en el hielo hacía que se le revolvieran las tripas. Se apoyó contra una caja, incapaz de detener sus temblores y de ahuyentar el recuerdo aterrador de su avión cayendo en picado. Intentó desesperadamente aclarar la oscuridad que se había apoderado de él segundos después. ¿Había caído en el interior de Rusia? ¿Era todo aquello un intrincado plan del KGB para hacerlo hablar?

No. Ni siquiera el KGB podía inventar algo tan retorcido.

Su visión se fue aclarando lentamente. La incredulidad a la que con tanta tenacidad se había aferrado durante las horas anteriores comenzaba a dar paso a una aceptación reticente. Pero no estaba dispuesto a admitirlo. Aún no, al menos. No pensaba decirle nada a nadie hasta que averiguara qué demonios le había pasado a su avión y por qué su sistema de supervivencia había fallado. Y menos a la rubia.

¡Madre mía! En el lugar de donde él venía, no había biólogas así. Si es que era bióloga, claro. Ninguna de las científicas con las que él había trabajado iban equipadas con luminosos ojos gatunos y cabellera rubia, por no mencionar aquellas piernas larguísimas que tan tentadoramente insinuaban los pantalones ceñidos de la doctora Remington. Aquellos pantalones dejaban poco espacio a la imaginación, y la de Charlie trabajó a marchas forzadas hasta que un golpe amortiguado procedente de su dormitorio lo sacó de sus pensamientos. Gruñendo, entró en la habitación y abrió el armario metálico.

El joven técnico de laboratorio salió de un salto y miró fijamente a Charlie por encima de la cinta adhesiva que le tapaba la boca.

Sus muñecas y tobillos estaban atados con cinta.

—Lo siento, chico.

Libre de sus ataduras, el técnico se marchó a toda prisa. Un instante después, Charlie lo oyó aporrear una puerta al fondo del pasillo y relatar con voz airada los detalles de su encarcelamiento.

Charlie cruzó pensativo la pequeña habitación y echó el cerrojo de la puerta. Cualquiera chaval de seis años con un poco de decisión podía echar abajo la puerta, pero por lo menos el ruido le serviría de advertencia. Hecho esto, empezó a hurgar en el montón de ropa de vuelo que había recuperado del laboratorio antes de hacerle aquella inesperada visita a la rubia.

Sus dedos se deslizaron por el casco blanco unido al cuello del mono de vuelo y se detuvieron en la abertura metálica a la que iba conectado el tubo del oxígeno. Los anillos forrados de goma que sellaban el hueco se habían soltado, pero el casco había caído intacto al mar. Y también el cinturón de cuero con la funda de la pistola automática del calibre 45 y el cuchillo envainado.

Sacando el Colt de su funda, lo dejó a un lado y revisó cada componente del traje. Todo estaba en perfecto estado, teniendo en cuenta lo sucedido. Charlie montó el arma, pensativo, y se giró sobre sí mismo.

Tal y como le había dicho a la rubia, no se fiaba de ella... ni de nadie.

Capítulo 4

Diana pronto descubrió que ganarse la confianza del mayor Stone se había convertido en un juego en el que participaban dos hábiles oponentes que inventaban las reglas sobre la marcha. La contienda comenzó a la mañana siguiente, cuando el mayor apareció en el comedor. El técnico de laboratorio encargado de vigilarlo iba tras él, receloso y enfadado aún por que Charlie lo hubiera encerrado en el armario.

Diana, que estaba ya en el comedor, tomándose el primer café del día y contándoles a los otros miembros del equipo de reanimación su conversación de la noche anterior con el mayor, se interrumpió al ver aparecer a Stone en la puerta.

Todos los ojos se giraron hacia él. Stone comía el menú ordinario de la estación desde que se había arrancado la vía de suero el día anterior, pero aquélla era la primera vez que se aventuraba a entrar en el comedor.

Diana se aclaró la garganta y rompió el tenso silencio.

—Buenos días, mayor Stone.

Él permaneció en el umbral, observando al pintoresco grupo reunido allí. Los oceanógrafos llevaban meses en la estación, en la que las instalaciones higiénicas eran limitadas y los relojes biológicos se trastocaban, de ahí que casi todo ellos llevaran barbas descuidadas, tuvieran bolsas bajo los ojos y fueran cubiertos por diversas capas de ropa desconjuntada. El equipo de reanimación llevaba sólo once días en la estación, pero tenía casi tan mal aspecto como los otros.

Deseando haber hecho algo más que lavarse la cara, pasarse el

cepillo por el pelo y ponerse un suéter marrón muy ancho sobre la camiseta interior y las mallas, Diana corrió un poco su silla.

— ¿Por qué no entra y se une a nosotros?

Stone ocupó la silla contigua a la de ella y escuchó atentamente mientras Diana le presentaba a los hombres que aún no conocía, incluyendo al oceanógrafo que lo había encontrado.

—Por su culpa casi me da un infarto —dijo jovialmente el científico—. Creo que no olvidaré nunca el momento en que lo vi mirándome fijamente a través del hielo.

—Gracias por sacarme.

Stone dijo las palabras lentamente, como si aún no estuviera del todo seguro de si agradecía que lo hubieran rescatado.

—Sí, bueno, todo esto tiene que ser muy duro para usted. Me alegro mucho de que el equipo de reanimación lograra, eh... descongelarlo.

—Yo también —su mirada circundó la mesa y se detuvo un instante en Greg Wozniak e Irwin Goode antes de fijarse en Diana—. Creo.

Con una suave sonrisa, ella se giró y le sirvió una taza del brebaje negro y denso que el personal de la estación llamaba con escaso rigor «café».

—Tenga —dijo, pasándole la taza—. Seguro que esto le calienta todas las partes que tenga todavía congeladas.

El mayor aceptó la taza y bebió un trago. La caja amarilla que había sobre la mesa llamó su atención.

— ¿Qué es eso?

—El desayuno.

Mientras varios miembros del personal lo observaban, Stone sacó de la caja un gofre congelado y envuelto en celofán. Le dio la vuelta y examinó su consistencia pétrea.

—No están mal —le aseguró Diana—. ¿Quiere probar uno?

Él miró los platos de los demás comensales, donde los restos del

desayuno flotaban en charcos de sirope oscuro.

—Está bien, lo probaré.

Le tendió a Diana el paquete de celofán, obviamente esperando que ella cocinara su contenido. Diana alzó su taza y tomó despacio un trago.

—Hay un tostador justo detrás de usted. Saque el gofre del envoltorio y méntalo dentro.

Él captó la indirecta. El celofán crujió bajo sus dedos mientras Stone miraba a Diana con curiosidad.

—¿Intenta decirme que en el lugar del que usted procede las mujeres no cocinan?

Diana comprendió, al igual que el resto de los comensales, que el mayor se refería a la época de la que ella procedía. Stone no parecía preparado aún para asimilar la verdad.

—Meter un gofre en un tostador no es precisamente cocinar — replicó ella con sorna—, pero pronto descubrirá usted que hoy en día hombres y mujeres comparten casi todas las tareas domésticas.

Por las miradas furtivas que intercambiaron algunos de los hombres sentados a la mesa, estaba claro que no les habría importado volver a los cincuenta, o al menos a su versión televisiva. Seguramente les habría encantado tener a una June Cleaver engalanada con perlas, tacones altos e impecable maquillaje pasando la aspiradora por toda la casa y preparando la cena para Beaver, Wally y Papi. ¡Que siguieran soñando!

Al menos ella había puesto a Charlie Stone en el buen camino para ir aclimatándose a su nuevo mundo feliz. Estaba saboreando su pequeña victoria sobre las fuerzas del mal cuando la asaltó una súbita duda. Mordiéndose el labio inferior, miró a Charlie examinar el tostador cromado. ¿Cuándo se habían inventado los tostadores?

—¿Sabe cómo funciona? Hay que meter el gofre y...

—Y bajar la palanca —acabó él con aspereza.

—Bien. En ese caso, podemos pasar al microondas. Vamos,

mientras su gofre se calienta, le enseñaré a bombardear el beicon con neutrones.

—¿Neutrones? —él se quedó paralizado en la silla—. ¿Hay bombas de neutrones en este sitio?

—No —se apresuró a decir Diana—. Es sólo una expresión, una frase que utilizamos en la actualidad para referirnos a cocinar algo en el microondas.

Diana no tardó en comprender que acostumbrar a Charlie Stone a la vida del siglo XXI iba a costar mucho más esfuerzo del que había imaginado. Stone no sólo se había perdido cuatro décadas de avances tecnológicos, sino que su actitud hacia las mujeres y hacia Diana en particular debía cambiar drásticamente.

El mayor pasó la mañana con el equipo de reanimación, escuchando sus teorías acerca de las razones por las que había sobrevivido al hielo, pero no ofreció información alguna acerca de su misión, ni aventuró ninguna teoría propia. Tampoco quiso proporcionarles muestras de orina y sangre para que las analizaran. La insistencia de Greg Wozniak en hablarle del proceso de clonación redoblabla sus recelos. Finalmente, al equipo no le quedó más remedio que dar por concluido el proceso de reanimación.

—Por mí, estupendo —convino el mayor—. ¿Cuándo me marchó?

—En cuanto podamos conseguir un avión que nos saque a todos de aquí —dijo con calma el doctor Goode—. El equipo al completo regresará a los laboratorios de medicina aeronaval de la base de la Fuerza Aérea de Brooks, en San Antonio, donde continuaremos los análisis.

—De eso nada. Yo me vuelvo a Edwards.

—Pero...

—Es mi base de destino. Tengo... —su rostro se ensombreció—. Antes tenía amigos allí. Puede que algunos sigan por allí.

El doctor Goode se quitó las gafas y las limpió cuidadosamente con el faldón de la camisa. Cuando volvió a colocárselas sobre el

punto de la nariz, su mirada era tan dura y decidida como la de su paciente.

—Me temo que no puedo permitirle imponer las normas aquí, mayor Stone. Es usted un milagro biológico y médico. Ha de permitir que lo estudiemos. Se lo debe a la ciencia.

—Yo no lo veo de ese modo, doctor. Al menos, por ahora. Si lo que me han contado es cierto, y aún no estoy seguro de ello, he perdido cuarenta y cinco años de mi vida. No pienso pasarme los próximos años bajo un microscopio.

—¿Y qué piensa hacer?

—Ya lo pensaré cuando llegue a California.

* * *

Esa tarde, cuando Diana le repitió la conversación, Nick, el director de OMEGA, no dejó ninguna duda respecto al papel que debía desempeñar ella en el futuro inmediato de Charlie Stone.

—Tendrás que quedarte con él, Artemisa.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta después del viaje del presidente a Rusia, el mes que viene, o hasta que Stone nos diga qué le pasó a su avión. Lo que suceda antes.

—¿De veras crees que podremos mantenerlo bajo control dos semanas más? —preguntó ella, incrédula.

—El equipo de reanimación y los oceanógrafos de la estación comprenden la necesidad de mantener este asunto en secreto. Nos aseguraremos de que el personal de la Fuerza Aérea de su base también lo comprenda. Pero, para estar seguros, haré que Comunicaciones prepare un dispositivo de transmisiones para controlar cualquier posible filtración. Tú encárgate de mantener al mayor Stone alejado de los medios o de cualquier listo que pretenda venderle su historia a los tabloides.

—Que podría ser cualquier persona con quien hable —masculló

ella.

—Y nos decían que este asunto del espionaje era pan comido — contestó Rayo con una sonrisa en su voz.

—Sí, ya. Está bien, tú haz que Comunicaciones prepare el dispositivo y yo intentaré convencer al mayor Stone de que no puede vivir sin mí durante las próximas semanas.

La sonrisa de Nick permanecía en sus ojos cuando cortó la comunicación. Diana era una de sus mejores agentes. Como la diosa cuyo nombre llevaba, mantendría a Charlie Stone en el punto de mira de su arco hasta que lo pusiera de rodillas. El pobre hombre no tenía nada que hacer.

Sonriendo todavía, Nick apretó el timbre de su intercomunicador. La voz alegre de Elizabeth Wells contestó un segundo después.

—¿Sí, señor?

A Nick seguía extrañándole que lo llamaran señor, pero se estaba acostumbrando rápidamente a ello.

—Dile a la jefa de comunicaciones que baje, ¿quieres?

—Enseguida.

Nick se recostó en la suave silla de cuero, estiró las piernas y se metió las manos en los bolsillos de los pantalones de vestir. Los pantalones eran hechos a mano, igual que el jersey negro de cuello vuelto y la americana de cachemira. Nick prefería un estilo más informal en la ropa, en la decoración de su casa y en los menús que elegía personalmente para sus restaurantes. Un estilo informal, elegante y muy, muy caro.

Su sonrisa se convirtió en una mueca irónica. De no ser por las cicatrices que había acumulado de joven, hasta él tendría que buscar mucho bajo la seda y la cachemira para encontrar los vestigios del carterista famélico que antaño vagabundeaba por las callejuelas de Cannes.

Así fue como lo encontró Mackenzie cuando entró un instante después: recostado como un hermoso león con el estómago lleno. Su

pelo rubio oscuro y su chaqueta color ocre reforzaban aquella imagen, pensó ella sintiendo una punzada de admiración reticente. En fin, ¿qué había de malo en mirar? Eso lo había aprendido de su ex, quien también le había enseñado a no ponerse al alcance de alguien como Nick Jensen.

—¿Me has llamado?

Nick hizo tintinear perezosamente las monedas de sus bolsillos. Estaba al corriente del turbulento divorcio de la jefa de Comunicaciones. Sabía también que aquella antigua funcionaria de la Marina, de pelo negro como ala de cuervo, había ingresado en el grupo OMEGA acarreando a la espalda un resentimiento del tamaño de New Hampshire. Un resentimiento cuya intensidad parecía redoblarse cada vez que se hallaba en presencia de Nick. Uno de esos días, pensó él, tendría que hacer algo al respecto.

—Necesito que prepares una pantalla de seguimiento de todas las transmisiones de cable, ópticas o radiofónicas hechas por los miembros del equipo de reanimación, el equipo oceanográfico o cualquier otra persona con la que se relacione el mayor Stone cuando regrese a la base de la Fuerza Aérea en Edwards. Artemisa te proporcionará un listado diario.

—Tendrá que ser una pantalla muy grande.

—¿Podrás hacerlo?

Ella le lanzó una mirada que habría hecho apocarse a un hombre más débil.

—Sí.

—Eso es todo, jefa.

—Sí, capitán.

Ejecutando una elegante reverencia, Mackenzie dejó al león repantigado en su guarida.

Diana decidió poner en práctica de inmediato sus nuevas órdenes y se fue en busca del mayor. Lo encontró en el cuchitril desordenado que pasaba por ser el gimnasio de la estación. Stone la informó de

que había resuelto invertir el tiempo que faltaba hasta que llegara el C-130 recuperando sus fuerzas. Diana cruzó los brazos, se apoyó en la pared y lo observó mientras su guardián, todavía receloso, le explicaba al mayor el funcionamiento de una bicicleta estática.

—Introduzca aquí su edad y sexo y elija el nivel aeróbico que desea alcanzar. Luego meta el brazo en la muñequera y espere a que el ordenador registre sus pulsaciones en estado de reposo antes de empezar a pedalear.

—¿Es que ahora todo viene equipado con un ordenador?

El técnico de laboratorio se lo pensó un momento.

—Casi todo.

Sacudiendo la cabeza, Charlie miró un aparato de musculación.

—¿Y eso? ¿Se necesita algo más que fuerza bruta para moverlo?

El técnico, un joven delgado y pálido, observó con perplejidad el intrincado entrecruzamiento de barras, poleas y pesas.

—Creo que no, pero tendré que pedirle a alguno de los oceanógrafos que le explique cómo funciona.

Diana se apartó de la pared.

—Yo puedo enseñárselo.

El técnico, aliviado, dejó al mayor en manos de Diana.

—Ahora mismo, la máquina está configurada para ejercitar los músculos de las piernas. En esta posición, trabaja los cuádriceps, los glúteos, las pantorrillas y los tendones de las corvas.

De todos modos, el mayor Stone no necesitaba ejercitar ninguno de aquellos músculos. Diana apartó aquel pensamiento, aseguró las pesas, se deslizó en el asiento y agarró las asas cubiertas de espuma montadas a cada lado.

—Se trata de ir variando la resistencia aplicada a cada grupo de músculos a través del ejercicio —Diana alzó resoplando un grupo de pesas y lo bajó—. Hay que mantener un ritmo regular para obtener el máximo rendimiento muscular, óseo y cardiovascular —hizo una pequeña demostración mientras Charlie observaba el proceso con

expresión escéptica—. ¿Qué pasa? —preguntó ella.

—¿Ahora el levantamiento de pesas forma parte de la formación de una bióloga molecular?

—No. Sólo de las adictas a los helados con chocolate fundido —«y de los agentes secretos», añadió Diana para sus adentros—. También puede ejercitar la parte superior del cuerpo —le dijo.

Quitándose el amplio suéter, lo tiró sobre un soporte y se subió hasta los codos las mangas de la camiseta térmica. Sentándose en el banco, agarró las asas de las barras.

—En esta posición, se ejercitan los deltoides y los tríceps —resoplando un poco, contó hasta diez—. Ocho, nueve... diez —se giró, haciendo chirriar el banco, y agarró las asas desde atrás—. En esta posición, se... trabajan... los... hombros. Seis, siete, ocho, nueeee... ve... uf... ¡diez! —las pesas de hierro cayeron con estrépito. Con los brazos apoyados en las barras, Diana se apartó un mechón de pelo de la cara. Le costaba un poco respirar, lo cual no le hacía mucha gracia—. Creo que no estoy muy en forma.

—A mí no me lo parece.

Ella alzó la cabeza bruscamente y sintió un vuelco en el corazón al ver hacia donde se dirigía la mirada de Stone, fija en sus pechos.

—¿Cuándo dejaron de llevar sostén las mujeres? —preguntó él con voz áspera—. No es que me queje, entiéndame. Sólo pregunto.

—Algunas nunca lo hemos llevado.

Él la miró a los ojos.

—¿Sabe qué?, puede que después de todo haberse saltado unas cuantas décadas tenga sus ventajas.

—Tenga cuidado —le advirtió ella—. Se está metiendo en aguas políticas turbulentas.

—¿Qué tiene que ver la política con lo que estamos hablando?

—Actualmente, existe todo un movimiento llamado «liberación femenina» que se inició en la década de los setenta y que abarca conceptos tales como igual salario a igual trabajo, ruptura de

barreras invisibles y derribo de todas aquellas cadenas que han mantenido a las mujeres descalzas, embarazadas y en la cocina durante siglos.

— ¿Cocinar es una de esas cadenas?

— Aprende usted rápidamente.

— Puede ser. Cuénteme más sobre ese movimiento, como lo llama usted.

Una sonrisa suave curvó la boca de Diana.

— Mi madre se ha apaciguado mucho con los años, pero en aquella época era lo que suele llamarse una feminista militante. Todavía está orgullosa de haber sido una de las primeras que quemó su sujetador en apoyo a la Enmienda por la Igualdad de Derechos.

— ¿Quemó su sujetador?

— En la mismísima escalinata del Capitolio. Como podrá suponer, también nos animó a mis hermanas y a mí a poner la comodidad muy por delante de la moda.

En realidad, el hecho de que Diana evitara ponerse cualquier cosa que constriñera su cuerpo, salvo un sujetador deportivo de vez en cuando, se debía más a la escasez de sus curvas que a la militancia de su madre, pero Stone no tenía por qué saberlo. Imaginaba que el mayor descubriría pronto que en el mundo moderno había dos clases de mujeres: aquéllas que realzaban sus atributos naturales con lencería y maquillaje permanente, y aquéllas a las que todo eso les importaba un pimiento.

Además, Stone ya tenía bastante con intentar digerir el concepto básico de «liberación femenina». «Pobrecillo», pensó Diana con sorna. Había sido derribado en la Era del Padre-Sabelotodo, y se había pasado durmiendo toda la revolución sexual. «Espera a que descubra las píldoras anticonceptivas y los implantes de silicona, por no mencionar el último remedio milagroso para la impotencia».

Aunque, naturalmente, Charlie Stone no parecía necesitar aquel remedio. A juzgar por el bulto sospechoso que se veía en sus

pantalones prestados, estaba muy bien dotado.

Diana descubrió con sorpresa y enojo que su propio cuerpo respondía en consonancia a aquel estímulo. Su pulso se aceleró. Bajo la fina camiseta, sus pezones se endurecieron hasta formar puntas afiladas. Aquello era absurdo.

Diana intentó sacudirse aquella sensación escalofriante. Estaba allí para hacer su trabajo y tenía que concentrarse. No le sería de ninguna utilidad al grupo OMEGA, ni al mayor, si no podía mantener cierto grado de objetividad. Recordando su misión, agarró el suéter y se lo puso.

—¿Sabe qué le digo? —dijo mientras se pasaba los dedos por el pelo—. Ahora tengo unos días de vacaciones. Quizá vuelva con usted a California.

—¿Para qué?

—Estoy de acuerdo con el doctor Goode. Es usted un prodigio científico. Si no permite que lo estudiemos en un ambiente controlado, tal vez me permita acompañarlo como amiga y como una especie de guía del siglo XXI.

—Conque como amiga, ¿eh? —su mirada se deslizó de nuevo suavemente por el pecho cubierto de Diana. Cuando volvió a mirarla a los ojos, su expresión era ilegible—. ¿Eso es una insinuación, doctora Remington?

—¿Disculpe?

—No sé cómo lo llamarán ustedes ahora —dijo él con brusquedad—, pero en el lugar de donde yo vengo el numerito que acaba de montar, seguido de una invitación a enseñarle a un tipo las reglas del juego, sólo puede significar una cosa.

—¿Y qué cree que estoy insinuando?

—Esto, para empezar.

Colocándose entre las rodillas de Diana, Charlie le puso el nudillo de un dedo bajo la barbilla. Mientras agachaba la cabeza y acercaba su boca a la de ella, Diana sopesó sus alternativas. Podía apartarle el

brazo de un empujón y darle un codazo en la garganta, arruinando así sus intentos de ganarse la confianza del mayor.

O podía permitir que Charlie Stone disfrutara de su primer beso en cuarenta y cinco años.

Cosa que decidió hacer. A fin de cuentas, la misión era lo primero.

Con la cabeza alzada y los párpados entornados, Diana esperó pacientemente a que los labios de Charlie rozaran los suyos. Pronto descubrió que el mayor Stone no era ningún aficionado en el fino arte del beso. Su habilidad en el juego del boca a boca la hizo estremecerse. Intentando controlar las pequeñas explosiones de placer que Stone detonaba bajo su piel, aguardó a que el beso acabara.

Cuando él alzó al fin la cabeza, a Diana le costó gran esfuerzo dominarse.

—¿Ha terminado?

—Sí.

—Entonces creo que será mejor que dejemos las cosas claras. Yo no estaba montando ningún numerito, ni insinuándome, ni pretendo que vea en mi ofrecimiento de acompañarlo a California ninguna connotación de carácter sexual. Y, para que lo sepa, estoy involucrada en una relación.

—¿Qué demonios significa eso?

—Significa que veo a un hombre. Que estamos, eh... saliendo.

El término «salir» no describía adecuadamente los complejos rituales de apareamiento del mundo moderno, pero fue lo único que se le ocurrió a Diana mientras seguía sintiendo en sus labios el roce de los de Charlie Stone.

—¿Y a ese tipo no le importará que se vaya usted a California conmigo?

Sí, le importaría, si se enteraba. A pesar de que Diana y Allen no habían acordado ninguna cláusula de exclusividad, hasta un hombre tan apacible y comprensivo como Allen demostraba a veces ciertos

instintos territoriales.

Diana zanjó el asunto encogiéndose de hombros.

—Las cosas son distintas hoy en día.

—No pueden serlo hasta ese punto.

Ella no pensaba ponerse a discutir aquella cuestión.

—Mi oferta de servirle como guía sigue en pie, mayor Stone. O la toma o la deja.

A pesar de sus largos años de servicio, Charlie no había estudiado la guerra desde un punto de vista formal. Había estado demasiado ocupado combatiendo y pilotando para leer libros de historia militar. Pero uno de los fundamentos de la guerra que todo soldado o marino aprendía de forma instintiva era a mantener al oponente en el punto de mira siempre que fuera posible.

Su instinto le decía que Diana no era el enemigo. Demonios, ni siquiera sabía si había un enemigo. Pero, hasta que obtuviera unas cuantas explicaciones, no pensaba perder de vista a Diana.

—La tomo.

Capítulo 5

El calor. Charlie recordaba el calor. Se levantaba en ondas iridiscentes desde la tierra cuarteada del Mojave. Todo a su alrededor, hasta donde alcanzaba la vista, parecía flotar sobre la temblorosa y ardiente calima.

El calor absorbía el aire de los pulmones. Charlie se detuvo en los escalones del pequeño avión de la Fuerza Aérea que lo había trasladado junto a Diana Remington a la base de Edwards, en California, aspiró una rápida bocanada de aire y achicó los ojos por detrás de los cristales tintados de sus gafas de sol de aviador.

Las gafas se las habían dado, al igual que un traje de vuelo de la Fuerza Aérea, durante su breve escala en Alaska. El ligero uniforme verde y la chaqueta de cuero marrón le producían una sensación extraña tras largos años llevando ropa más pesada y agobiante. Aun así, se había empeñado en llevarse su traje de altitud elevada, su casco y su Colt 45. Los llevaba en una bolsa que sujetaba con fuerza con una mano.

Mientras observaba la escena que tenía ante sus ojos, la alegría se apoderó de él en rápidas y vertiginosas oleadas. Allí estaban los dos enormes hangares que dominaban la pista de Edwards desde mucho antes de su época.

—¿Te resulta familiar?

Charlie se giró y le lanzó a Diana una rápida sonrisa.

—Como si nunca me hubiera ido.

Lo cual no era cierto, desde luego. Había reconocido al instante las inmensas estructuras de los hangares, pero el tamaño y la variedad de las aeronaves estacionadas en la explanada aneja lo

llenaban de perplejidad. Descendió el último peldaño y giró en ángulo de ciento ochenta grados mientras el calor del asfalto traspasaba la suela de sus botas. Ya no podía seguir negando que había entrado en un mundo completamente distinto al suyo. Los aviones que lo rodeaban por todas partes parecían mofarse de su tenaz empeño en negar la evidencia.

—Ésos son F-117 —le dijo Diana, descendiendo la escalerilla tras él—. Destrucción invisibles.

¿Aquellas bellezas negras de alas aerodinámicas eran destructores? Charlie empezó a salivar. Se hizo sombra sobre los ojos con una mano, y Diana, su guía en aquella vuelta por el siglo XXI, le señaló un gigante estacionado al fondo de la pista.

—Y eso es un C-5 Galaxy. Bueno, al menos creo que se llama así.

¡Cielo santo! Aquella cosa tenía por lo menos cuatro pisos de alto. Lleno de asombro, Charlie recorrió de nuevo con la mirada la hilera de aviones mientras un sedán azul cruzaba la explanada y se detenía al pie del avión. De él salió un coronel alto y fornido, al que el sol inclemente del desierto había desteñido el pelo rubio hasta dejarlo casi blanco.

—¿Mayor Stone?

Charlie se cambió la bolsa de mano, se puso firme y alzó el brazo. El coronel le devolvió el saludo militar antes de extender el brazo para estrecharle la mano.

—Soy el coronel Pollock, comandante de la Escuela de Pilotos de Pruebas. Bienvenido a casa.

Aquel sencillo recibimiento disparó en Charlie una avalancha de emociones. Sólo entonces, rodeado por doquier de imágenes, sonidos y olores conocidos, logró al fin acallar el pánico que se había apoderado de sus entrañas desde su despertar. Aquello le resultaba familiar. Aquél era su mundo.

Tragándose el nudo que se había formado en su garganta, estrechó la mano del coronel.

—Gracias.

—Hemos reunido un equipo para gestionar su cambio de situación.

¿Cambio de situación? Charlie se sentía cada vez más a gusto. Típico del Ejército, rodear su asombroso regreso de entre los muertos con términos prosaicos y burocráticos.

—El equipo ha sido convenientemente informado —añadió el coronel—. Todos sus miembros son de plena confianza y están familiarizados con los parámetros de seguridad más altos. Doctora Remington, tengo entendido que ahora es usted la supervisora científica del Proyecto Hombre de los Hielos.

—Sí, así es.

Charlie daba un respingo cada vez que se oía llamar el Hombre de los Hielos, pero reconocía que aquella etiqueta le iba como anillo al dedo, lo mismo que el título que había elegido la rubia para explicar su presencia allí. Charlie no acababa de confiar en Diana, todavía dudaba si compartir con ella sus teorías sobre las causas que habían hecho caer su avión, pero era consciente de que, de momento, Diana Remington era su único anclaje en aquel mundo desconocido.

—Si me acompañan —dijo Pollock—, los llevaré a sus habitaciones. El equipo los está esperando.

La última habitación que Charlie había ocupado en Edwards consistía en un cuarto de dos metros y medio por tres en el segundo piso de un barracón de madera de la época de la Segunda Guerra Mundial. En aquel cuchitril sin ventilación, en el que dormían otro piloto y él, sólo quedaba espacio para un par de catres de hierro y unas taquillas metálicas. El barracón de las letrinas comunitarias se hallaba al final de un inestable tramo de escaleras, y el único alivio al calor sofocante era el viento que se colaba silbando por los postigos de madera, arrastrando nubes de arena del Mojave.

La suite para «visitantes distinguidos» a la que los condujo el coronel Pollock dejó a Charlie literalmente boquiabierto. En la sala

de estar había un sofá circular de piel, mesas con superficie de mármol y una asombrosa panoplia de equipos electrónicos empotrados en una pared. Las puertas correderas de cristal ofrecían una vista espectacular de la meseta desértica. Dos dormitorios igualmente lujosos daban a la zona de estar.

—¿Así es como viven ahora los oficiales de la Fuerza Aérea? — preguntó, incrédulo.

—Ojalá —contestó Pollock con una sonrisa—. No, éstas son las habitaciones para visitantes distinguidos. Aquí se hospedan desde príncipes a estrellas de cine cuando aterriza el trasbordador espacial, y esa gente suele esperar algo más cómodo que el típico cuchitril de la tropa.

El trasbordador espacial. La mirada de Charlie se posó en una fotografía enmarcada del vehículo con las alas en forma de delta. El material que le había suministrado el equipo de reanimación incluía fotos e información sobre el programa espacial. Había leído que uno de sus antiguos compañeros, Deke Slayton, había sido enviado al espacio, pero hasta ese momento no había asumido que los viajes espaciales eran una realidad.

Su pulso se aceleró. Tal vez, sólo tal vez, pudiera acceder al programa, igual que Deke, y pilotar una de aquellas preciosidades. Ilusionado ante la idea, siguió a Pollock al comedor, donde media docena de funcionarios del Ejército se habían puesto firme. Cada uno de ellos, notó Charlie con fastidio, tenía abierto sobre la mesa, delante de sí, uno de aquellos ordenadores que parecían de juguete. Diana se había llevado el suyo desde el Ártico. Por lo visto, ya nadie funcionaba sin uno de aquellos chismes.

El coronel Pollock hizo las presentaciones. Finanzas, personal, logística, relaciones públicas, el cirujano de la base, el psiquiatra, un técnico de laboratorio, el capellán...

—¿Quieren beber o comer algo antes de que empecemos? — preguntó el coronel a los recién llegados—. El frigorífico está bien

surtido, pero podemos llamar al club de oficiales y pedir que nos manden un par de bandejas.

Charlie miró a Diana, que parecía haber notado lo ansioso que estaba por recuperar su vida. Ella declinó el ofrecimiento sacudiendo la cabeza.

—Hemos almorzado en el avión. No quiero nada por ahora.

—Bien, entonces, manos a la obra. Mayor Stone, si hace el favor de sentarse aquí, creo que la capitán Rivera podrá ponerlo al corriente.

La oficial del departamento de Personal, una mujer esbelta y morena, aguardó a que todos se sentaran. Sus ojos oscuros se suavizaron al deslizar un impreso sobre la mesa.

—Ésta es su copia del impreso AF 2098, el cual cambia oficialmente su estatus de «desaparecido y presumiblemente muerto» a «listo para entrar en servicio». Ya he puesto al día la base de datos de personal.

—Eso es todo lo que hace falta, ¿eh? Una hoja de papel.

—En efecto —ella le concedió un momento para que leyera el impreso y después le pasó unas cuantas hojas más—. Aquí tiene una serie de órdenes que lo reasignan a la Escuela de Pilotos de Pruebas de aquí, de Edwards, y esto es una solicitud para convocar con carácter extraordinario la junta de ascensos. La junta decidirá si debería haber sido ascendido junto con sus compañeros de promoción en el transcurso de los diversos estadios de su carrera.

—Había tipos que creían que tenía mucha potra porque me habían ascendido a mayor.

Ella contestó con una sonrisa.

—Su archivo dice lo contrario, señor. He calculado el número de juntas de ascenso que se ha perdido. Dada la fecha de su último ascenso, en, eh... —dudó sobre el año, tragó saliva y continuó— en 1951, tiene usted derecho a un total de setenta y dos promociones en todas las escalas de mando, incluyendo la de general. Firme aquí,

señor.

Charlie no se había recuperado aún de la impresión que le había causado la noticia de que iban a ascenderlo a general cuando el oficial del departamento de Finanzas, un chico joven y serio, le dio una noticia aún más asombrosa.

—He recuperado sus nóminas de los archivos, señor. En el momento en que desapareció su avión, cobraba usted dos mil quinientos seis dólares al mes, más un plus de peligrosidad de mil dólares. Ha permanecido en paradero desconocido quinientos cuarenta meses, lo cual significa que tiene derecho a cobrar unos atrasos que ascienden a la cantidad de... —sus dedos volaron sobre una pequeña lámina de plástico con botones. Charlie había deducido que era una especie de calculadora en miniatura cuando el teniente anunció con toda tranquilidad—. Un millón ochocientos noventa y tres mil doscientos cuarenta dólares.

—¿Qué?!

El teniente tocó otra vez el teclado de plástico.

—Sí, es correcto. Un millón ochocientos noventa y tres mil doscientos cuarenta dólares —Charlie se limitó a mirarlo boquiabierto—. El coronel Pollock me ha dicho que necesitará usted un anticipo a descontar de la cantidad adeudada, así que le he traído dos mil dólares en metálico. El resto le será entregado mediante transferencia bancaria en cuanto abra usted una cuenta corriente. Si hace el favor de firmar aquí, señor...

Mientras el teniente contaba un fajo de billetes nuevos, Diana miró a Charlie.

—Parece que vas a poder cambiar tu Golden Hawk por un Porsche. Por una flotilla entera de Porsches, en realidad.

El regocijo que brillaba en sus ojos verdes produjo en Charlie el alocado deseo de extender los brazos, hundir las manos en sus rizos, atraerla hacia sí y besarla hasta dejarla inconsciente. No la había tocado desde aquella escena en el gimnasio de la estación

oceanográfica, pero estaba deseando hacerlo. ¡Dios, cómo lo deseaba!

Intentando dominarse, volvió a concentrarse en los asuntos más inmediatos.

—Está bien, vayamos a lo que de verdad importa. ¿Cuándo podré montar en un avión?

El cirujano intercambió una mirada con el psiquiatra. Aclarándose la garganta, dijo:

—No podemos permitir que vuelva a pilotar hasta que hayamos estudiado todos los efectos psicológicos y fisiológicos de su permanencia en el hielo. Eso podría llevarnos meses, mayor Stone. O tal vez años.

—Ya he perdido meses y años más que suficientes.

El médico miró al coronel Pollock. Inclínándose hacia delante, el veterano aviador respaldó la posición del cirujano de la base.

—También hemos de tener en cuenta que nunca ha pilotado usted un avión de alto rendimiento moderno.

—He pilotado el *Dragon Lady*. Volar a sesenta y cinco mil pies durante más de ocho horas puede considerarse alto rendimiento, me parece a mí.

—El U-2 ha pasado al menos por cinco generaciones de modificaciones técnicas desde la última vez que usted tocó sus mandos. Puede que reconozca usted el chasis, pero nada más. Aun cuando los doctores lo consideraran apto para volar, tardaría al menos un año en aprender a dominar los nuevos sistemas aviónicos y aeronáuticos. Luego está la cuestión de su edad...

—Sólo tengo treinta y un años.

—Según sus cálculos —dijo Pollock con calma—. Pero, según los nuestros, tiene setenta y seis. Haremos venir a una asesora especial de la Secretaría de la Fuerza Aérea para que decida si es conveniente meter a alguien que ha pasado por una experiencia tan traumática en la cabina de una aeronave de varios millones de dólares —el coronel vaciló un instante—. El senador John Glenn volvió a viajar al espacio

a la edad de setenta y siete años. La NASA justificó su vuelo por la necesidad de estudiar los efectos del proceso de envejecimiento en un ambiente de gravedad cero. Pero eso fue sólo una segunda oportunidad para un hombre que contaba con un enorme respaldo político. Si yo estuviera en su lugar, no contaría con retomar mi carrera donde la dejé.

—¡Maldita sea!

Charlie permaneció inmóvil mientras el mundo al que acababa de regresar se desplomaba y ardía a su alrededor por segunda vez. Diana sintió una punzada dolorosa en el pecho al ver cómo descendía sobre su rostro aquella máscara que ya conocía. Después de todo lo que había sufrido, tenía que ser un golpe demoledor para él que le dijeran que no podía hacer lo que mejor se le daba, la única cosa que siempre había querido hacer.

—Dejemos que los doctores le echen un vistazo —dijo el coronel suavemente—. Luego le recomiendo que se tome algún tiempo para aclarar sus ideas. Aproveche parte de las vacaciones que ha acumulado durante estos cuarenta y cinco años, explore un poco el mundo actual. Puede que, después de todo, decida dedicarse a otra cosa.

Lo que Pollock no dijo fue que, una vez su historia saliera a la luz, Charlie no tendría tiempo para volar. Diana sabía que recibiría un aluvión de peticiones para aparecer en programas de televisión, someterse a entrevistas y dar conferencias, y que sin duda ganaría un par de millones más en derechos de autor si decidía contar en un libro su increíble historia, o incluso convertirla en una película.

—Tiene razón —dijo él al fin—. Necesito tomarme algún tiempo, reencontrarme con mis amigos. ¿Podría facilitarme su gente la dirección de algunas personas?

Si la Fuerza Aérea no podía, Diana sí podía, desde luego. Tomó nota mentalmente de la breve lista de nombres que Charlie le proporcionó a la oficial de Personal. Sólo eran cuatro, tres hombres y

una mujer.

—Me pondré con ello enseguida, mayor.

Pollock se levantó.

—Creo que ya hemos terminado con los asuntos de papeleo. Ahora lo reclaman los doctores, mayor. La doctora Remington les envió por e-mail los informes del equipo de reanimación.

—Se los transmití electrónicamente —tradujo ella, notando la mirada perpleja de Charlie.

—Nosotros nos quitamos de en medio y lo dejamos en sus manos —dijo el coronel, y estrechó otra vez la mano de Charlie—. Todavía estamos trabajando en su proceso de reincorporación, mayor Stone. Avísenos cuando esté listo para pasar a la fase dos de la Operación Hombre de los Hielos.

—Sí, señor.

Los demás salieron, dejando a Diana y a Charlie con el psiquiatra, el cirujano de la base y el técnico de laboratorio. Los doctores ya habían volcado los datos biomédicos que les había transmitido Diana, pero pidieron el consentimiento de Charlie para hacerle nuevos análisis. Esta vez, él no se negó a cooperar.

Una hora después, ambos doctores convinieron en que el estado físico y mental del mayor Stone era asombroso, teniendo en cuenta el calvario que había padecido enterrado en el hielo. El cirujano de la base dobló su estetoscopio, lo guardó en la funda y observó la hilera de cubetas de muestras y tubos de cristal cuidadosamente etiquetados que el técnico iba guardando en una maleta de transporte.

—Llevaremos estas muestras al laboratorio inmediatamente, pero tendré que examinarlo en el hospital para realizar una evaluación completa de su sistema cardiovascular, pulmonar, muscular y óseo. Dejaremos esa parte para la fase dos —añadió con una rápida mirada a Charlie—. Después de esas vacaciones que le sugirió el coronel Pollock.

Diana los acompañó hasta la puerta y les entregó sendas tarjetas.

—Me gustaría que me enviaran por correo electrónico los resultados del laboratorio. Quiero mantenerme al corriente de la evolución del mayor Stone.

—No se preocupe, doctora Remington —el cirujano se sacó una tarjeta del bolsillo del uniforme y se la entregó—. Por si necesita ponerse en contacto conmigo.

—Gracias.

Cuando regresó a la sala de estar, Charlie había abierto las puertas correderas y se estaba paseando por el patio embaldosado. Con los brazos en jarras, miraba el lento atardecer purpúreo.

La vertiginosa variabilidad del desierto había hecho desplomarse la temperatura con la caída del sol. Quedaba poco más que una agradable tibieza cuando Diana cruzó las puertas. Aunque sospechaba que Charlie estaba más absorto en sus pensamientos que en la contemplación de la vista, Diana no pudo evitar contener el aliento al ver la panorámica que se extendía ante ellos.

El Mojave ostentaba una áspera belleza propia. Con el sofocante manto de polución de Los Ángeles a ciento treinta kilómetros de distancia, el cielo, de un profundo color violeta, parecía refulgir. La luna llena colgaba suspendida de la cortina de amatista, rodeada por un millón de estrellas que titilaban como cristal austriaco. Más cerca de la tierra, los árboles de Joshua, de alto tallo, alzaban sus brazos cortos y puntiagudos hacia la noche. Las yucas y las bayonetas españolas centelleaban como espadas de plata entre las sombras.

—Nunca había visto el desierto a la luz de la luna —murmuró Diana, rompiendo el silencio—. Es maravilloso.

Él tardó un rato en responder.

—Antes había un bar de carretera no muy lejos de aquí —dijo finalmente—. El Happy Bottom Riding Club. Pancho Barnes, la aviadora, lo abrió durante la guerra como restaurante y bar para los pilotos. Cerró antes de que yo me fuera de Edwards, pero los chicos

de la base nos reunimos allí durante años. Jimmy Doolittle, Chuck Yeager, Deke... Agarrábamos un Jeep y conducíamos por el desierto, hacia las luces —Diana no dijo nada. Era la primera vez que Charlie hablaba de sí mismo, la primera vez que se abría.

»Una noche, me quedé hasta que cerró el bar. Al día siguiente no tenía que volar, así que metí un montón de calderilla en la máquina de discos y estuve escuchando las historias de Pancho sobre sus años locos hasta que al final me puso de patitas en la calle. De camino a la base, el Jeep se averió. Me daba pereza volver andando, y sabía que el camión de la leche pasaba temprano, así que me quedé a pasar la noche donde estaba. Recuerdo que las estrellas brillaban tanto como ahora y que la luna parecía colgar sobre mí como un enorme globo dorado —Diana contuvo el aliento cuando él se volvió, esbozando una triste sonrisa—. Todavía me cuesta creer que el hombre haya puesto el pie en la luna. Y yo me lo he perdido.

—Oh, Charlie —conmovida, puso una mano sobre su brazo, intentando consolarlo—. Te has perdido tantas cosas... Ojalá pudieras recuperar todos esos años.

Su compasión pareció azorar al duro aviador.

—Sí, bueno, ahora mismo me conformaría con una cerveza fría y un buen chuletón.

—Eso se puede arreglar. Tú saca un par de cervezas de la nevera y yo me encargaré de la carne.

—¿Qué pasa? ¿Vas a ponerte a cocinar?

—No. Para eso se inventó el teléfono.

Diana empezó a girarse, pero él la agarró de la mano.

—Diana...

—¿Sí?

—Yo...

El silencio se prolongó. Él parecía muy solo contra el vasto panorama de estrellas. Sus dedos apretaron los de Diana. Cálidos y curtidos, producían un leve cosquilleo en el brazo de ella.

—Gracias por escucharme —dijo él con aspereza.

—De nada.

Diana deseaba reconfortarlo. Ansiaba deslizar los brazos alrededor de su cintura y apretarse contra él. Pero el mero hecho de pensarlo la hacía sonrojarse. Sólo tenía que dar un paso, un leve movimiento hacia delante, y se encontraría entre los brazos de Charlie. El deseo que la había inundado cuando Charlie la besó en la estación oceanográfica surgió de nuevo, sin previo aviso, repentino y arrollador. Sorprendida por su intensidad, Diana dio un brusco paso atrás.

—No sé tú —dijo con una jovialidad que intentaba ocultar el deseo que de pronto le cerraba la garganta—, pero yo estoy deseando tomarme esa cerveza.

Capítulo 6

Diana no podía dormir. Su reloj biológico seguía basculando todavía entre la hora de Washington, la del Ártico y la de California. Intentaba convencerse de que sus nervios se debían a las dos cervezas que se había tomado con la cena, pero sabía perfectamente qué era lo que le quitaba el sueño.

Charlie estaba acostado en la habitación de al lado.

Confiando en que una ducha la relajara, se apoyó contra la pared de azulejos mientras el agua punzante y caliente la agujoneaba de la cabeza a los pies. Al comprobar que aquella exquisita tortura no le daba sueño, se envolvió en uno de los albornoces que encontró colgados tras la puerta del baño, se sentó al escritorio de su cuarto y encendió el ordenador portátil. Aprovecharía para revisar su correo electrónico y ponerse al corriente de lo que sucedía en su otra vida. Además, tenía que ponerse en contacto con Allen para explicarle que iba a estar de viaje más tiempo del que suponía.

Al pensar en Allen, algo desagradablemente parecido a la culpa se agitaba en los bordes de su conciencia. No se habían hecho promesas mutuas, reflexionó, y, ciertamente, entre ellos no había compromiso alguno. Sin embargo, el hecho de que apenas se hubiera acordado de él durante los días anteriores la inquietaba sobremanera.

Pero no era eso lo único que la inquietaba. No lograba quitarse de la cabeza los deseos que Charlie le inspiraba, unos deseos que parecían aparecer de repente y crecer con extraña intensidad. Tendría que cortar de raíz la creciente atracción que sentía por aquel hombre o... ¿O qué? ¿Tirarlo de espaldas sobre la superficie horizontal más

cercana y hacer lo que le apetecía con él?

¡Sí!, exclamaba una insidiosa vocecita en su cabeza. ¡No!, replicaba severamente su conciencia.

¡Lo que le hacía falta a Charlie! Primero su vida se volvía del revés, y luego su único anclaje en el siglo XXI decidía abalanzarse sobre él. Aunque seguramente a él no le importaría, pensó Diana con sorna. Sospechaba que Charlie estaría encantado de participar en su propia seducción, pero el sentido del honor de Diana no le permitía aprovecharse de su aislamiento. Ni faltar a la verdad por más tiempo. Quería a Allen McDermott... como amigo. Disfrutaba de su compañía... como amigo. Pero estaba loca por el Hombre de los Hielos.

Suspirando, pulsó el icono del correo electrónico y escribió un breve mensaje.

Hola, Allen:

Este asunto va a llevarme más tiempo del que esperaba. Te llamaré cuando regrese a la ciudad. Tenemos que hablar,

Diana.

Marcando el botón integrado en el sistema, mandó el mensaje a través del potente transmisor inalámbrico que poseían todos los ordenadores de los agentes OMEGA. De pronto sintió un extraño alivio y empezó a tamborilear con las uñas sobre el teclado mientras escuchaba distraídamente los ruidos del exterior. El ajetreo de la base no cesaba ni siquiera de noche. Los motores de los aviones gemían en la distancia y, a veces, cuando los aparatos bajaban rugiendo por la pista y se alzaban al cielo, producían detonaciones repentinas. Cada cierto tiempo, un coche pasaba velozmente, siseando, por la carretera de detrás de los cuarteles.

El ruido de los vehículos picó la curiosidad de Diana, que pulsó perezosamente el icono para conectarse a la red y realizó una búsqueda rápida acerca del Studebaker Golden Hawk. Quería saber qué aspecto tenía el orgullo y la alegría de Charlie Stone.

Dos clics más tarde, allí estaba. Rojo brillante, con una aleta en la cola, chorreando cromo. Las llantas blancas debían de tener al menos cinco pulgadas de ancho. Sonriendo, Diana se metió en otra página web, y luego en una tercera. De pronto, sus dedos quedaron paralizados sobre el ratón.

—Studebaker Golden Hawk de 1957, restaurado —leyó casi sin aliento—. Motor completamente reacondicionado teniendo en cuenta los niveles permitidos de emisión de gases de California. Interior de cuero y equipamiento original en perfecto estado. Se aceptan ofertas. Andersen International Classic Cars, 661-326-4419.

La excitación se apoderó de sus nervios. Visitó una docena más de páginas sobre coches clásicos y siguió sus enlaces, que la condujeron a otras veinte. Tras una búsqueda exhaustiva, regresó a la página de Andersen y apretó el botón de su práctico cronómetro negro.

—Control, aquí Artemisa.

—Te recibo, Artemisa.

Diana reconoció al instante la voz de Mackenzie Blair.

—¿Es que nunca te vas a casa, Mac?

—Uno de estos días conseguiré tener una vida propia —dijo con sorna la jefa de Comunicaciones de OMEGA—. ¿Qué pasa?

—Quería pedirte una cosa. Hay un Golden Hawk de 1957 que anuncia en Internet una empresa llamada Andersen International Classic Cars. El teléfono es 661-326-4419.

—Ese prefijo es de California. De Bakersfield, creo —Diana oyó el sonido de un teclado—. Sí, eso es. Bakersfield.

La emoción de Diana creció de nuevo. Bakersfield estaba a menos de doscientos kilómetros de allí.

Un par de horas antes, había ansiado poder devolverle a Charlie sus años perdidos. Pero no podía. Nadie podía. Sin embargo, sí que podía devolverle aquella pieza de su pasado.

—Hazme un favor, ponte en contacto con ellos. Si el coche sigue disponible, diles que queremos probarlo para su posible compra.

—Supongo que es para el Hombre de los Hielos.

—Exacto.

—Está bien, te llamaré dentro de un rato.

—Si está disponible, lo quiero en los cuarteles de Edwards a las ocho en punto de mañana —dijo Diana.

—Creo que podré arreglarlo.

—También necesito que contactes con la jefatura de tráfico de California para que expidan un nuevo permiso de conducir a nombre de Charles Stone. Seguro que el viejo ha expirado.

—Seguro —dijo Mackenzie secamente.

—Supongo que te pedirán un domicilio. Usa el de los cuarteles de los oficiales de aquí, de la base, como dirección provisional. El mayor Stone puede poner al día el permiso cuando decida dónde quiere instalarse.

—Considéralo hecho. Haré que te envíen la documentación junto con el coche. ¿Algo más, Artemisa?

—Sí, ¿te importaría localizar a estas cuatro personas? —le dijo a Mackenzie de memoria los nombres que Charlie había mencionado anteriormente.

—No me llevará mucho tiempo. Te informaré cuando vuelva a llamarte por lo del coche.

—Gracias.

Diana cortó la comunicación, sonrió y se desperezó como un gato. A veces, trabajar para el grupo OMEGA tenía sus ventajas.

Charlie despertó oyendo el rugido de los motores. Durante unos segundos se dejó flotar en aquella confortable neblina entre el sueño y la vigilia. Los pensamientos emergían atravesando su mente como burbujas de aire. Debía levantarse. Ir a las duchas. Reunirse con los mandos. Habrían mandado a buscarlo si hubiera alguna misión urgente, pero aun así...

Sus pensamientos se detuvieron, derrapando como un avión cuyos frenos de aire se pisaran bruscamente. Charlie abrió

lentamente los ojos. Llevándose las manos a la cabeza, miró el techo mientras la realidad se precipitaba sobre él sin contemplaciones.

Nadie iría a buscarlo. No habría misiones urgentes. No estaba en su catre, en la base de Adana, en Turquía, ni pilotaba en misiones de inteligencia de alto secreto sobre la Unión Soviética. Estaba en Edwards, tumbado en el colchón más grande en que había puesto jamás el trasero. Y, por lo que había dicho el coronel el día anterior, tal vez pasara mucho tiempo antes de que volviera a subirse en un caza. Si es que volvía a hacerlo.

Estaba repasando su considerable repertorio de palabrotas cuando Diana lo interrumpió.

—Eh, mayor —lo llamó a través de la puerta—, son más de las nueve.

La voz de Diana aflojó la banda de hierro que ceñía la garganta de Charlie. No del todo, pero sí lo suficiente como para que respondiera cuando ella le preguntó si pensaba salir de la cama.

—Me lo estoy pensando.

—Pues date prisa. Tengo hambre, y esta mañana no hay servicio de habitaciones. El club está cerrado. Tendremos que salir a desayunar fuera.

—Dame diez minutos para ducharme y afeitarme.

Al final, tardó casi media hora en realizar lo que debían ser actos sencillos y cotidianos. Primero tuvo que averiguar cómo se regulaba la alcachofa de ducha, que lo mismo expulsaba una leve llovizna que disparaba chuzos capaces de sacarle un ojo. Luego tuvo que sacar del envoltorio lo que, por lo visto, era una cuchilla de afeitar desechable. El condenado plástico estaba mejor sellado que los anillos de goma del cuello de su casco.

Al recordar aquello, regresó al dormitorio con renovadas energías. Tal vez ese día no tuviera ningún vuelo previsto, pero había algo igual de urgente que tenía que hacer. De pie junto a la cama, con una toalla enrollada alrededor de las caderas, quitó el envoltorio de los

calzoncillos y las camisetas que le habían suministrado durante su breve escala en Alaska. La camiseta era de suave y familiar algodón, pero los calzoncillos, en vez de blancos como en su época, eran de un absurdo color violeta. Y no sólo eso, sino que además la cinturilla llevaba el nombre del fabricante y un logotipo con letras de varios centímetros de alto. ¿Por qué demonios grababan los anunciantes su nombre en la ropa interior? ¿Qué sentido tenía, si nadie la veía? Sacudiendo la cabeza, Charlie se puso su camisa prestada, sus pantalones y sus calzoncillos, y metió los pies en sus botas marrones de aviador. Luego agarró la bolsa que contenía su casco y su mono de vuelo y se dirigió a la puerta.

Diana estaba encaramada a un taburete, junto a la encimera de la cocina, con una taza de café en la mano. Llevaba puestos sus pantalones ceñidos y la camisa de cuadros rojos y verdes con que Charlie la había visto por primera vez, el día que despertó. Al igual que entonces, la imagen de sus luminosos ojos verdes y de su pelo rubio y ondulado hizo que le diera un vuelco el estómago.

—Tienes tiempo para una taza —le advirtió ella mientras Charlie tomaba la cafetera para servirse un café—. Luego nos vamos.

—¿Adonde?

—Creo que ya es hora de introducirte en las modernas maravillas de la comida rápida. Después, conviene que nos pasemos por una gran superficie. Un centro comercial —aclaró al ver su mirada perpleja—. Dicen que hoy la temperatura superará los cuarenta grados. No sé tú, pero yo estoy deseando quitarme esta ropa y ponerme cómoda.

Él bebió un largo trago de café.

—Luego quiero ir a visitar a unos amigos.

—Sí —Diana estiró el brazo sobre la encimera y tomó una hoja de papel impresa—. La capitana Rivera ha mandado este informe sobre las personas por las que le preguntaste.

Diana no mencionó que ella había aumentando el informe con los

datos más detallados que le había proporcionado Mackenzie Blair esa misma mañana. La jefa de Comunicaciones de OMEGA, que se había ocupado personalmente de la lista, había confirmado que dos de las personas que aparecían en ella estaban muertas. De las demás, una, la mujer, se encontraba de crucero con el que era su marido desde hacía cuarenta y cuatro años y con dos nietos de diecisiete años. La mandíbula de Charlie se cerró con fuerza mientras leía los datos proporcionados por OMEGA.

—¿Era una amiga íntima? —preguntó Diana con delicadeza.

Él se encogió de hombros forzosamente.

—Nos conocimos durante la guerra.

Diana adivinó que se trataba de su antigua prometida, la enfermera que había regresado a casa para casarse con su novio del instituto, y sintió una punzada de compasión por aquel hombre apartado de todos sus antiguos amigos, mientras Charlie fijaba su atención en el cuarto nombre de la lista. Harry Simmons, un aviador convertido en ingeniero que se había jubilado hacía años, vivía ahora en Santa Mónica.

—Conozco esta dirección —dijo Charlie con un toque de alegría mezclado con determinación—. Los padres de Harry vivían en la calle Cuatro. Íbamos a visitarlos cuando nos dejaban salir de la base. Su madre solía hacernos tarta de fresa y ruibarbo.

—Parece que la casa sigue perteneciendo a la familia. Tu amigo vive allí ahora con su hija.

Charlie dobló la lista y se la guardó en el bolsillo de la camisa.

—Tengo que ir a Santa Mónica.

—De acuerdo. Iremos después de pasarnos por un centro comercial. He conseguido un medio de transporte. Está fuera, esperando.

Mientras él apuraba el café, Diana recogió la cartera en la que llevaba su documento de identidad y sus tarjetas de crédito. Sólo se permitió una suave sonrisa cuando Charlie y ella salieron de los

cuarteles a la luz deslumbrante del sol.

Charlie se sacó del bolsillo las gafas de sol de aviador. Con ellas puestas, dio un paso adelante y se detuvo en seco. Asombrado, miró fijamente el descapotable de color rojo tomate aparcado a diez metros de la puerta.

Diana tenía que reconocer que era una auténtica belleza. Grande y aparatoso para los parámetros actuales, pero aun así una verdadera obra de arte. Los parachoques de cromo relucían. Las llantas de cinco pulgadas brillaban al sol.

—Será mejor que conduzcas tú —dijo ella alegremente, sacando un juego de llaves del bolsillo exterior de su cartera—. Yo hace años que no conduzco un coche que no sea automático —él no dijo ni una sola palabra—. No es del mismo año que el tuyo —reconoció, agitando las llaves—. No he encontrado en venta ninguno del 56, pero, por lo que he leído, el del 57 tenía un motor de ocho válvulas más grande y más potente —Charlie siguió callado—. El del 57 tenía cuatro gamas distintas —ronroneó ello seductoramente—. Éste tiene asientos de cuero y revestimiento de cromo especial en el interior. Compruébalo tú mismo.

Charlie se acercó al descapotable y pasó los dedos por el capó como si estuviera en trance. ¿Qué les pasaba a los hombres con los coches?, pensó Diana con una sonrisa. Una mujer menos segura de sí misma habría sentido un poco de envidia al ver cómo acariciaba Charlie el lustroso metal.

—¿Cómo lo has encontrado?

—Por el ordenador. Hoy día se puede pedir casi cualquier cosa por Internet, desde zapatos hasta coches, y te lo llevan hasta tu puerta — Diana prefirió no mencionar las medidas extremas que había empleado OMEGA para enviar aquel coche a aquella puerta a la hora que ella había especificado—. Sólo está en prueba —le advirtió—. Puede que no quieras quedártelo cuando sepas cuánto ha subido de precio desde que tú lo compraste.

—¿Más de un millón ochocientos?

—¡No tanto!

—Entonces, me lo quedo.

—¿Así, sin más?

—Así, sin más —él le lanzó una sonrisa—. A mí no me gusta andarme por las ramas. Cuando veo algo que quiero, voy a por ello.

Parecía tan feliz como un niño con zapatos nuevos. Sintiendo que una felicidad parecida rozaba los bordes de su corazón, Diana le lanzó las llaves.

—Está bien, Stone, tuyo es. Deja que llame y cierre el trato.

Mientras Diana sacaba su teléfono móvil del bolso y llamaba al número privado que le había proporcionado OMEGA junto con el permiso de conducir puesto al día de Charlie, él se deslizó tras el volante. El motor del Hawk se encendió con un suave gruñido que pronto creció hasta convertirse en un retumbante rugido. Los cromados tubos de escape vibraban. El polvo y el calor se alzaban en remolinos detrás del descapotable.

Sonriendo, Diana ultimó los detalles del pago y el cambio de titularidad. Se disponía a agarrar el asa de la puerta del coche cuando Charlie salió de un salto.

—¡Espera!

Charlie rodeó la parte delantera del coche y le abrió la puerta del acompañante haciendo una reverencia que a Diana le pareció extrañamente enternecedora. Sostuvo la puerta abierta de par en par, pero se puso delante de Diana antes de que ésta pudiera deslizarse en el asiento.

—Parece que estoy en deuda contigo. Otra vez.

—No llevo la cuenta.

—Yo sí. Me gusta pagar mis deudas.

—No tiene importancia, Charlie, de veras. Lo único que hice fue navegar un poco por la red y hacer un par de llamadas.

—Si tú lo dices... —pasándole una mano por el pelo, le hizo

levantar la cabeza y le dio un beso rápido y fuerte—. Gracias, nena.

—Eh... De nada.

Con el pulso enloquecido, Diana se montó en el Hawk y al instante dio un alarido. Aunque sólo eran las nueve y media, el sol ya había recalentado el asiento de cuero blanco.

A Charlie, en cambio, no parecía molestarlo el calor. Volvió a sentarse tras el volante, hizo rugir el motor un momento y luego pidió indicaciones.

—¿Dónde está el sitio donde vamos a desayunar?

—Al otro lado de la base.

Acalorada por el sol y el asiento de cuero, Diana sirvió a Charlie de guía en su primera experiencia en un restaurante de comida rápida con servicio para automóviles. El dependiente de la ventanilla aguardó pacientemente mientras Charlie estudiaba el menú.

—Prueba un McMuffin y una hamburguesa grande —le sugirió finalmente Diana—. Con eso tienes cubiertos por lo menos cuatro de los cinco grupos básicos de alimentos.

Tras recoger la comida y las bebidas en la segunda ventanilla, aparcaron a la sombra de un frondoso olivo ruso. Mientras Diana hurgaba en la bolsa, Charlie observaba el trasiego que se veía al otro lado de la cristalera de la zona de juegos del local.

—Me alegra ver que las hamburgueserías con servicio para coches no han pasado de moda —comentó al cabo de un momento—, pero en mis tiempos no las frecuentaban los niños. Sólo había tipos duros con chaqueta de cuero negro y chavalas con ocho capas de enaguas y pañuelitos de gasa atados al cuello.

—Ahora casi todos los tipos duros y las chavalas van a las grandes superficies.

—¿Los centros comerciales de que me hablaste?

—Sí. La próxima parada de nuestro itinerario. Cómete eso y seguiremos adelante.

Llegar al centro comercial resultó ser una experiencia tan

interesante como ir de compras.

La carretera de ocho carriles a la que daba la entrada del restaurante no supuso ningún problema, pero al acercarse al desvío de la autopista interestatal, Charlie se apartó al arcén.

—¿Qué es eso?

Diana cayó de pronto en la cuenta de que Charlie no había visto nunca una autopista de peaje, y mucho menos un nudo de carreteras en forma de trébol con tres niveles de cemento.

—Es la 1-405 —contestó ella—. Un ramal de la Interestatal 5 que forma parte del sistema de autopistas interestatales que va de costa a costa.

—Sabía que el presidente Eisenhower había empezado a construir un gran sistema de autopistas para sustituir a la Ruta 66 —dijo Charlie lentamente—, pero nunca imaginé que acabaría convirtiéndose en esto.

Diana prefirió no desilusionarlo diciéndole que la red de carreteras emprendida por Eisenhower estaba desfasada y mostraba signos alarmantes de deterioro desde hacía mucho tiempo. De todos modos, pronto lo averiguaría por sí mismo.

—¿Quieres que conduzca yo? —preguntó—. El tráfico se pone peor a medida que te acercas a Los Ángeles.

—Puedo apañármelas.

—Está bien, tipo duro —haciendo un ligero gesto con la mano, añadió—: Rumbo al sur.

Charlie despejó enseguida los temores de Diana sobre su capacidad para manejarse en la autopista. El Studebaker se pegaba al pavimento; su peso hacía que su manejo pareciera increíblemente suave si se lo comparaba con el de los vehículos más ligeros, si bien de consumo inferior, de hoy en día.

Con el viento agitándole el pelo y el paisaje verde y marrón del desierto deslizándose a su lado, Diana ni siquiera notaba la ausencia de aire acondicionado. Sin embargo se sintió feliz cuando divisó los

indicadores del centro comercial de Antelope Valley. Estaba deseando quitarse la ropa de lana y ponerse algo fresco y ligero.

Y lo mismo podía decirse de Charlie, que no intentó ocultar su asombro al ver la variedad de tiendas reunidas alrededor de la plaza abierta y llena de flores del centro comercial, situado a las afueras del pueblo. Diana lo obligó a pasar de largo de las *boutiques* de moda para adolescentes y lo condujo a unos grandes almacenes de renombre, dotados de aire acondicionado.

—Mi amigo quiere ponerse cómodo —le dijo al vendedor del departamento de caballeros.

El dependiente miró las anchas espaldas y las estrechas caderas de Charlie, y un brillo de admiración apareció en sus ojos.

—Eso no será problema. Con ese cuerpo —dijo suavemente—, puede ponerse como quiera.

Diana vio por el rabillo del ojo la expresión sorprendida y un tanto recelosa de Charlie. Oh, oh. Le tocó el brazo, pensando en llevárselo aparte para ponerlo al corriente de los estilos de vida alternativos que en la actualidad llevaban abiertamente muchos hombres y mujeres. Pero, antes de que le diera tiempo, el dependiente condujo a Charlie hacia el departamento de ropa de *sport*.

Diana contuvo el aliento y fue tras él, pero pronto descubrió que había vuelto a subestimar a Charlie. Éste cortó al solícito vendedor utilizando una forma de comunicación silenciosa que sólo los hombres parecían comprender. Dando un suspiro de fastidio, el dependiente procuró ocultar su evidente interés.

—Acabamos de recibir un pedido nuevo de chinos y pantalones desmontables. Si me acompaña, señor...

Veinte minutos después, había junto a la caja registradora un montón de pantalones de vestir y de polos. Diana dejó a los dos hombres recorriendo los expositores de calzoncillos y se fue al departamento de señoras. Después de llenar apresuradamente tres

bolsas, regresó y encontró a Charlie esperándola.

—¡Madre mía!

Diana aminoró el paso. Su corazón dio un salto mortal.

—¿Y bien? —preguntó el vendedor con una sonrisa satisfecha—.
¿No tiene el perfecto estilo californiano?

—Totalmente —jadeó ella, boquiabierta, fijándose en las chanclas de color naranja neón, en los pantalones cortos llenos de bolsillos y en la llamativa camisa hawaiana de flores.

—Espero no estar tan ridículo como me siento —masculló Charlie, adelantándose para agarrar las bolsas de Diana.

—Estás... increíble.

Y guapísimo. Y a la moda. Y asombrosamente viril.

—Tú estás muy guapa —contestó él—. Me gusta el vestido.

Diana se sintió de pronto absurdamente contenta por haberse comprado a toda prisa aquel vestido de puntitos blanquinegros. La raja de la parte delantera se le abría casi hasta el muslo cada vez que daba un paso. A juego con unas sandalias negras de tirantes, aquel vestido la hacía sentirse fresca, elegante y decididamente femenina.

Charlie la miró lentamente de hito en hito.

—Pero el reloj no va con el traje. Tiene más mandos que un F-86.

—Para mí, lo práctico es lo primero —dijo Diana alegremente.

Por no mencionar el hecho de que a Mackenzie Blair le daría un ataque si Diana se quitaba el aparatoso cronómetro.

Cambiándose las bolsas a la mano derecha, Charlie condujo a Diana con la izquierda por los pasillos. Era un gesto irremediablemente anticuado, pero Diana reconocía que le gustaba sentir el calor de su mano sobre la espalda.

Sólo después de que dejaran las bolsas en el asiento de atrás del coche sacó ella del bolso una cosa que había comprado especialmente para la ocasión. Sonriendo, se ató un pañuelito de gasa alrededor del cuello.

—Ya está. ¿No parezco una auténtica chica de los cincuenta?

—Casi —la boca de Charlie se curvó—. Has olvidado las enaguas.

—Todo tiene un límite. No estoy dispuesta a sentarme en este asiento de cuero caliente embutida en seis capas de algodón almidonado.

La mirada de Charlie se deslizó hasta sus piernas cruzadas, que la abertura del vestido dejaba al descubierto casi hasta el muslo. Cuando volvió a alzar la mirada, el brillo de sus ojos azules hizo que Diana se sofocara.

—La verdad es que me gusta más el estilo actual. Muchísimo más.

Diana se quedó sin aliento. Tardó varios segundos en recordar por qué estaba allí sentada, en un descapotable, con el sol dándole en la cara.

Un U-2 desaparecido en circunstancias misteriosas hacía cuarenta y cinco años. Un presidente que deseaba saber lo ocurrido. Un posible incidente diplomático con Rusia si los hechos llegaban a salir a la luz. Sacudiendo mentalmente la cabeza, Diana volvió a concentrarse en el asunto que se traían entre manos.

—Querías ir a ver a ese amigo tuyo de Santa Mónica, ¿recuerdas? Si no quieres conocer el tráfico de Los Ángeles en su peor momento, será mejor que te pongas las pilas, mayor.

Capítulo 7

Se libraron de la hora punta por los pelos. Pero incluso a las dos y media corrientes continuas de vehículos atestaban las autovías de cuatro y cinco carriles que llevaban a Los Ángeles.

El asombro que Charlie experimentó al principio ante el número y la variedad de los coches, todos ellos ocupados por conductores con auriculares de teléfono pegados a la oreja, cedió pronto su lugar a la exasperación de los atascos. En la base de su cuello se formó un nudo que fue haciéndose más prieto con cada kilómetro que recorrían.

Nada en las afueras de Los Ángeles le resultaba familiar. Nada. Ceñudo, buscó en vano alguna marca del paisaje conocida entre aquel océano de rascacielos de cristal, complejos de apartamentos e hileras aparentemente interminables de centros comerciales. Sólo las palmeras que bordeaban las calles y algún chalet desperdigado con fachada de estuco, medio oculto entre las construcciones más recientes, le recordaba a su época.

Dirigiéndose hacia el oeste por la I-10, cruzaron el laberinto de edificios que formaban Culver City a la derecha y los bordes de Hollywood a la izquierda. Sólo tras abandonar la carretera de Santa Mónica y salir a la autopista de la costa del Pacífico comenzó Charlie a respirar de nuevo.

Allí estaba, el resplandeciente Pacífico tocado por el sol. Las olas se acercaban rodando, espumeantes, a la orilla. El oleaje resonante y vigoroso era intemporal. No tenía edad.

El Pacífico, al menos, no había cambiado. Ni tampoco el famoso embarcadero de Santa Mónica. Ignorando a los coches que iban detrás, Charlie aminoró la velocidad y sintió que la alegría lo

embargaba al ver el muelle de madera que se proyectaba hacia el mar.

Todo seguía igual: la señal de neón que marcaba el fin de la Ruta 66, la carretera que antiguamente cruzaba medio país, desde Chicago a la tierra prometida de California; y el tiovivo con sus caballos pintados a mano, instalado en un edificio de fantástica arquitectura morisca.

Charlie, sin embargo, no recordaba la monstruosa noria Ferris, ni la proliferación de restaurantes y tiendas de *souvenirs*, ni fue capaz de localizar el enorme y recargado Salón de Baile La Mónica.

—Antes había un salón de baile en el muelle —le dijo a Diana mientras pasaban lentamente junto al embarcadero—. Cada vez que veníamos a Santa Mónica, Harry y yo nos pasábamos por casa de sus padres y luego nos íbamos al muelle a conocer chicas de la ciudad, y nos quedábamos bailando la mitad de la noche.

Diana arqueó una ceja.

—Me imagino en lo que invertíais la otra mitad.

—Montábamos en el tiovivo —dijo él despacio.

—Sí, ya.

Charlie reprimió una sonrisa. Harry y él ligaban tanto cuando iban a Santa Mónica que el largo viaje desde Edwards siempre valía la pena. Sin embargo, ninguna de aquellas chicas lo había impresionado tanto como la esbelta rubia sentada a su lado.

Se removi6 inquieto en el asiento de cuero mientras los recuerdos cargados de erotismo de su vida pasada asaltaban su mente. Se imaginó a Diana tumbada bajo él sobre una manta extendida en la arena, con el pelo brillando a la luz de la luna. O acurrucada a su lado, con los ojos luminosos, mientras él aparcaba el Hawk en un recodo de la carretera, sobre el Pacífico. Con unos pocos movimientos suaves, abriría el vestido y se pondría manos a la obra con su ropa interior.

Entonces recordó que Diana no llevaba sujetador...

—¡Cuidado, Charlie!

Maldiciendo para sus adentros, Charlie dio un volantazo y colocó de nuevo el Hawk en su carril. Tenía las manos sudorosas. Bajo los pantalones anchos, su miembro estaba duro como una roca. Agradeciendo en silencio el exceso de tela de los pantalones, se desvió hacia Ocean Boulevard.

A su izquierda, el Pacífico se desplegaba en ondas hacia la orilla. A su derecha, altos hoteles modernos se disputaban el espacio con tiendas de vinos y hostales de cama y desayuno. Diana se quedó un rato mirando pasar las bocacalles.

—¿No crees que deberíamos llamar para que tu amigo nos dé indicaciones? O, por lo menos, para saber si está en casa.

—¿Y qué voy a decirle? ¿Que un amigo que ha estado desaparecido casi cincuenta años quiere pasarse a hacerle una visita? Prefiero presentarme en su puerta y arriesgarme.

—Como quieras —dijo ella, encogiéndose de hombros—. ¿Sabrás encontrar la casa?

—Creo que sí —Charlie escudriñó a través de las gafas de sol las calles bordeadas de palmeras—. Debería estar al final de la avenida Washington.

—La avenida Washington es ésa —señaló ella un momento después.

Charlie giró el volante y al instante experimentó una inquietante sensación de haber vivido ya aquel momento. El barrio parecía exactamente igual que cuando los padres de Harry vivían allí y, sin embargo, era muy diferente. Los pulcros chalets de fachadas de estuco de los años treinta seguían flanqueando ambos lados de la calle. Los hibiscos rojos y naranjas seguían creciendo, exuberantes, junto a las puertas y los caminos de entrada. Pero la mayoría de las casas presentaban ampliaciones que doblaban su tamaño, y casi la mitad de ellas tenía extraños platillos adosados a lo alto de los tejados puntiagudos.

—Son antenas parabólicas —le explicó Diana cuando Charlie le preguntó para qué servían—. Captan hasta doscientos y trescientos canales de televisión vía satélite.

La idea de que un estadounidense medio que viviera allí, en la calle Cuatro de Santa Mónica, California, pudiera recibir señales del espacio exterior desconcertó a Charlie hasta tal punto que pasó de largo frente al número 610. Dándose cuenta de su error, pisó el freno. Los neumáticos chirriaron, protestando, pero el Hawk se detuvo suavemente.

Con el motor al ralentí, Charlie apoyó las muñecas sobre el volante y observó la casa. La fachada, antiguamente de color ocre, era ahora de un rosa flamenco, y las palmeras del jardín delantero se alzaban hacia el cielo azul, pero la arcada del porche seguía dando sombra a la entrada, y los postigos de un azul diluido que Charlie recordaba seguían encuadrando las ventanas.

—Aquí es —dijo ásperamente, metiendo el Hawk marcha atrás por el camino de entrada. Ahora que estaba allí, el nudo de la base de su cráneo se había hecho aún más prieto.

Harry Simmons era el único de sus amigos que seguía vivo, el único camarada de su época en el que confiaba plenamente. Ingeniero aeronáutico de formación y piloto de la Fuerza Aérea, Harry había trabajado para la empresa de armamento Lockheed en el diseño de los trajes de altitud elevada que requería el programa U-2. Como piloto de pruebas del Ejército, Charlie se había pasado largas horas embutido en los trajes experimentales antes de ser destinado a la CIA para ayudar a convertir el *Dragon Lady* en un avión operativo. Si alguien podía ayudarlo a aclarar aquellos últimos momentos de pesadilla antes de precipitarse en la oscuridad, ése era Harry.

Charlie cerró con fuerza la puerta del descapotable y se inclinó sobre el asiento trasero para recoger su bolsa. Diana, que salió antes de que a él le diera tiempo a rodear el coche para abrirle la puerta, le lanzó a la bolsa de lona una mirada curiosa. Charlie la condujo hacia

los escalones de entrada, apoyando la mano sobre la base de su espalda.

La mujer que respondió a la puerta era una morena baja y gruesa, con arrugas de cansancio alrededor de los ojos y la boca y mechones plateados en las sienes. Charlie pensó que era la mujer de Harry hasta que la miró mejor. Sobresaltado, comprendió que debía de ser la hija de su amigo.

— ¿Sí? — preguntó ella a través de la puerta mosquitera.

— Estamos buscando a Harry Simmons.

Ella achicó los ojos, recelosa.

— No serán de esa revista, ¿no? Ya les he dicho tres veces que mi padre no sabía lo que hacía cuando mandó esos cupones.

— Yo no...

— Si creen que voy a pagar todas esas malditas revistas, ¡están muy equivocados!

Charlie parpadeó, desconcertado por su vehemencia.

— No soy un vendedor de revistas. Soy un piloto de pruebas. O lo fui hasta hace poco — se corrigió de mala gana.

Ella miró su camisa hawaiana y sus chanclas de color naranja.

— No tiene pinta de piloto de pruebas. ¿Qué quiere de mi padre?

— Sólo quiero hablar con él sobre un proyecto especial en el que trabajamos juntos.

Las sospechas de la mujer aumentaron.

— Mi padre se jubiló hace casi veinte años. Si trabajó usted con él, no podía tener más de cinco o seis años en esa época.

— Yo, eh... he envejecido bien.

Diana intervino suavemente. Sacándose la cartera del bolso, le enseñó su identificación a la mujer.

— Soy la doctora Diana Remington y éste es el mayor Charles Stone. Estamos trabajando en un proyecto especial para la Fuerza Aérea de Estados Unidos y nos gustaría hacerle a su padre un par de preguntas sobre su trabajo en la división aeroespacial de Lockheed.

La mujer dejó caer los hombros.

— Pueden preguntar — dijo cansinamente, abriendo la mosquitera —. Pero no esperen muchas respuestas.

Conduciéndolos al cuarto de estar, les señaló una figura escuálida acurrucada en una silla de ruedas colocada frente al televisor. Al oír sus pasos por encima de las risas del programa de televisión, el ocupante de la silla alzó la cabeza.

Charlie se quedó sin respiración. Se había preparado para encontrar a Charlie más viejo y flaco, y quizá más frágil. Pero no hasta aquel punto y, sobre todo, no con aquella sonrisa ausente y bobalicona. Sintiendo una opresión en el pecho, se acercó a la silla.

— Harry, soy yo, Charlie Stone — la sonrisa permaneció en su lugar —. Trabajamos juntos en ese... en ese avión de altitud elevada de la Lockheed, ¿recuerdas? — el nombre del avión supersecreto todavía se le atascaba en la garganta. Agachándose junto a la silla de ruedas, agarró con fuerza la bolsa de lona—. Tú ayudaste a diseñar un traje especial, y yo lo probé durante los vuelos de experimentación.

Extendiendo una mano temblorosa, Harry le palmeó la mejilla.

— Guebén.

— ¿Qué?

Charlie recibió otra palmada floja.

— Guebén.

Charlie frunció el ceño y se giró sobre los talones. La hija de Harry tradujo con una voz en la que se mezclaban el amor, la angustia y una resignación dolorosa.

— Dice que qué bien. Es lo único que dice ya.

Diana se acercó a ella, conmovida.

— ¿Es Alzheimer?

Cuando la otra mujer asintió tristemente con la cabeza, Charlie se levantó y cruzó la habitación.

— ¿Quién es ese Al Zeimer?

— Es una enfermedad degenerativa del sistema neurológico — le

explicó Diana suavemente—. Afecta principalmente a los ancianos, pero hay numerosos casos de personas de mediana edad afectadas. La enfermedad fue diagnosticada hace una década, más o menos, y todavía se está buscando una cura.

—¿Quieres decir que no hay tratamiento?

—No. Por lo general, las víctimas pierden primero la memoria y después las capacidades motoras. Al final...

—Mueren —musitó la hija de Harry con los ojos vidriosos—. Sin saber quién son ni dónde están, ni recordar sus propios nombres. Los médicos no le dan a papá más que unos cuantos meses de vida.

Tragándose el nudo que tenía en la garganta, Charlie volvió junto a su amigo y le apretó suavemente la mano.

—Siento que no te encuentres bien, amigo. Volveré cuando te sientas mejor y quizá... quizá podamos hablar de los viejos tiempos.

—Guebén.

Diana guardó silencio mientras Charlie sacaba el Hawk del camino de entrada. Él recorrió lentamente en sentido contrario la avenida Washington en dirección al océano. Miraba fijamente hacia delante, apretando con fuerza el volante, con los nudillos blancos.

La brisa del Pacífico susurraba entre las altas palmeras que flanqueaban la calle. El sol de junio caldeaba el aire, pero Diana se rodeó la cintura con los brazos, ahuyentando un escalofrío. No sabía quién le daba más pena. Harry Simmons había perdido la memoria. Su hija había perdido a su padre. Y Charlie lo había perdido todo.

Deseaba desesperadamente reconfortar a Charlie, casi tanto como deseaba preguntarle por qué había llevado la bolsa de lona a Los Ángeles. Su traje de altitud elevada tenía alguna relación con la pérdida de su avión. Eso estaba cada vez más claro. Pero ¿cuál era esa relación?

Ella había examinado el traje en la estación oceanográfica, al igual que el doctor Goode y el resto del equipo. Los sellos de goma se habían desintegrado al quedar expuesto al aire, pero, aparte de eso,

el mono de vuelo había sobrevivido admirablemente a su permanencia en el hielo. Así que ¿por qué quería Charlie hablar con el ingeniero que había colaborado en el diseño de su equipamiento? ¿Y cuándo confiaría lo suficiente en Diana para compartir con ella sus pensamientos?

Cuando el Hawk salió de nuevo a Ocean Avenue, Diana miró distraídamente las olas que se deslizaban hacia la orilla. Tenía que informar a Rayo lo antes posible, pedirle que pusiera a Mackenzie Blair a desenterrar todo el material relacionado con el equipamiento de vuelo de los pilotos de los U-2. Mackenzie averiguará si alguien había planteado dudas o recelos acerca del equipamiento en la época de la desaparición de Charlie.

Perdida en sus pensamientos, no se dio cuenta de que Charlie aminoraba la velocidad y se paraba en un aparcamiento, junto a la playa.

—Necesito dar un paseo —dijo él con aspereza.

—¿Quieres que te acompañe?

Él se encogió de hombros.

—Si no te importa que se te meta la arena en los zapatos...

—Eso no es problema —ella se quitó las sandalias de tiras y agarró el asa de la puerta.

—¡Espera un momento! —exclamó él.

Cerrando con fuerza su puerta, Charlie rodeó la parte delantera del coche. Aunque apreciaba su cortesía, Diana no sabía si aclararle que las mujeres de hoy en día eran perfectamente capaces de salir de un vehículo por sí mismas. Se lo diría más tarde, decidió. Charlie ya había recibido un duro golpe ese día. Metiendo las sandalias en el bolso, hundió los pies en la arena compacta mientras él guardaba las compras y la bolsa de lona en el maletero.

Caminaron lado a lado. Con los hombros hundidos y las manos metidas en los bolsillos, Charlie dejó que fuera ella quien eligiera el camino y marcara el paso. La brisa vivaz arremolinaba el vestido de

Diana, que casi podía sentir el rocío salobre enredándole el pelo.

Con la arena húmeda pegándose a las plantas de sus pies, trazó un sendero entre los corredores, los voladores de cometas, los entusiastas del yoga, los paseantes de perros y los surfistas que habían salido a disfrutar del sol y la playa. Charlie lanzó una mirada áspera al círculo de los que, ataviados con túnicas de color púrpura, practicaban la meditación. Pero fueron los que paseaban a sus perros quienes finalmente le hicieron romper su sombrío silencio.

—¿Por qué demonios llevan todos esas garrafas?

Ella miró la garrafa que llevaba el dueño de un doberman. El fondo del recipiente de plástico había sido cortado para formar un práctico recogedor.

—Es un recogedor de heces. Seguramente habrá alguna ordenanza municipal que obliga a los dueños de perros a limpiar lo que ensucian sus mascotas.

—Estás de broma, ¿no?

—No, ¿por qué? No sé tú, pero a mí no me gusta mucho pisar un montón de heces humeantes cuando paseo por la playa.

—Puedes esquivarlo.

—Ahora la gente es más respetuosa con el medio ambiente.

—¿Y qué puede haber más respetuoso con el medio ambiente que los excrementos? —exasperado, Charlie sacudió la cabeza—. En cuanto nos descuidemos, habrá que ponerles correa a los gatos y pañales a los caballos de tiro.

—Bueno, la verdad es que...

Él le lanzó una mirada incrédula, abrió la boca y volvió a cerrarla. Sacudiendo de nuevo la cabeza, siguió andando. Diana se mantuvo a su lado, comprendiendo que su mal humor no tenía nada que ver con las heces de perro, ni con el imperdonable pecado de que ella abriera por sí misma la puerta del coche.

Diana empezaba a sentir en las pantorrillas y los muslos el tirón de la arena que se hundía cuando finalmente Charlie la condujo

hacia un banco de cedro descolorido por el sol, en la acera. Cruzando los brazos y los tobillos, Charlie contempló el mar. Diana se sacudió las plantas de los pies y se estiró cómodamente a su lado. Él hablaría cuando estuviera preparado. Hasta entonces, ella se limitaría a disfrutar de la vista.

El sol ardía ahora más bajo, transformando el Pacífico en un lago de oro líquido y brillante. La retirada de la marea dejaba sobre la arena mojada pedazos de veneras y algas que relucían al sol. Diana alzó la cabeza, intentando identificar la melodía del tiovivo. «Handel», pensó. «*La suite de la Música Acuática*».

Un inquietante rugido procedente de las tripas de Charlie la sacó de aquella alegre cascada de notas y a él de sus cavilaciones. Removiéndose, Charlie estuvo de acuerdo con ella en que había pasado mucho tiempo desde el desayuno.

—Antes había una marisquería estupenda en el muelle. La Barca del Capitán Dave, o algo así, se llamaba —rascándose la mandíbula, miró la estructura de madera que se adentraba en el mar—. Seguramente ya no estará.

—Si no está —dijo ella con energía—, estoy segura de que otro restaurante habrá ocupado su lugar. Ven, vamos a averiguarlo.

Después, mucho después, Diana se preguntaría cómo podía haber subestimado hasta tal punto el placer de comer una fuente de gambas contemplando la puesta de sol sobre el Pacífico. O el encanto de montar en un caballito pintado a mano y de pasar una hora bailando bajo las estrellas.

Si la visión de los anchos hombros de Charlie rodeados por un fulgor rojo y dorado mientras se comía las gambas no la avisó de lo que sucedería a continuación, la cabalgata en el carrusel debería haberlo hecho. Por acuerdo tácito, dejaron de lado sus preocupaciones personales al subir a los caballitos del tiovivo. Diana se sentó discretamente de lado, pero Charlie metió los pies en los estribos y flexionó las rodillas hasta que casi le tocaron la barbilla.

Sonriendo al ver sus contorsiones, Diana agarró las riendas y el tiovivo empezó a girar lentamente, ganando velocidad con cada vuelta. Los niños reían, pateaban los flancos de sus monturas y saludaban a sus padres. La música que vertían los altavoces era casi ensordecedora, pero las venas de Diana parecía reproducir el ritmo de su melodía machacona. Su sangre seguía cantando cuando acabó la carrera. Charlie la agarró de la cintura para ayudarla a bajar. Ella apoyó las manos en sus antebrazos y se bajó de la silla.

Los músculos de Charlie se tensaron bajo las puntas de sus dedos. Los de ella se contrajeron al instante en una respuesta que le cortó el aliento. La música cesó, pero el corazón de Diana palpitaba tan fuerte que ella apenas lo notó. Por un instante permaneció suspendida entre el caballo de madera y el cuerpo inamovible de Charlie.

—Charlie...

Él le apretó la cintura.

—¡Escucha!

—Está bien, escucho.

Diana no sabía qué esperaba, pero desde luego no era el ceño que apareció en la frente de Charlie cuando éste ladeó la cabeza y aguzó el oído para escuchar las notas distantes de un trombón.

—*Tan cansado* —murmuró.

—Pues bájame.

Sonriendo, él la depositó firmemente sobre la cubierta de madera del tiovivo.

—Es una canción de Russ Morgan. *Tan cansado*.

—Ah.

Ella no había oído nunca a Russ Morgan, pero la dulce y lenta melodía del trombón empezó a ponerle la piel de gallina.

Agarrándola de la mano, Charlie la condujo a través de la gente.

—Tenemos que descubrir de dónde viene esa música.

Unos minutos después descubrieron que la música procedía de

un pabellón al aire libre que había al otro extremo del muelle. La pancarta extendida sobre la entrada del pabellón proclamaba que la ciudad estaba celebrando un homenaje al antiguo Salón de Baile La Mónica con una serie de conciertos de verano al estilo big band. El concierto de aquella semana estaba dedicado a las doradas melodías de Russ Morgan y los Morganaires.

—Menos mal que la buena música no ha pasado de moda —dijo Charlie con sincero alivio—. Esos CDs de *rock* duro que me pusiste puede que estén bien para adolescentes, pero lo auténtico es esto.

Diana prefirió no decirle que las big bands habían dejado de gozar del favor del gran público hacía décadas y que sólo recientemente habían empezado a ponerse de moda otra vez. Lo mismo que el *swing*.

Parejas de todas las edades giraban por la pista acordonada. La mayoría tenía el pelo cano, pero había también un número respetable de parejas de la generación X que oscilaba al ritmo de las notas claras y cristalinas de la música. Los danzantes llevaban toda clase de atavíos, desde pantalones cortados a trajes de poliéster. Pero, fuera cual fuese su indumentaria, todos parecían pasárselo en grande.

Diana observaba sus movimientos con genuina admiración, mientras Charlie seguía agarrándole la mano. La madre de Diana, una mujer de fuertes convicciones liberales, se había negado a obligar a sus hijas a realizar actividades tradicionales como ballet o bailes regionales, insistiendo, en cambio, en que siguieran sus inclinaciones para descubrir sus talentos ocultos. Las inclinaciones de Diana la habían llevado hacia las ferias científicas y los laboratorios de biología, y no hacia las clases de baile, pero aun así sabía apreciar a un buen bailarín cuando lo veía.

Charlie, por su parte, no pensaba quedarse mirando. Tras observar a los bailarines con ojo crítico, tiró a Diana de la mano.

—Vamos, doctora. Enseñémosles cómo se hace.

Ella retrocedió, alarmada.

—No puedes bailar con chanclas.

—Claro que puedo. No quedará muy bien, pero tampoco se trata de emular a Ginger y Fred.

—¡Espera, Charlie! Yo no sé bailar. Bueno, por lo menos así.

—No hace falta que sepas. Yo te llevo y tú me sigues. Y te aseguro que sé cómo llevar a una chica.

Sin hacer caso de sus protestas, Charlie la condujo a la pista y la tomó en brazos. Diana tuvo que admitir de mala gana que, en efecto, sabía cómo llevar a una chica. Rodeándole la cintura con un brazo, Charlie no dejó ninguna duda de quién estaba al mando en aquella operación. Tras los primeros pasos vacilantes, Diana se pegó a él y se rindió a su maestría. Pronto se encontraron meciéndose entre el resto de la gente.

Diana se estaba felicitando por aprender tan rápido cuando acabó aquella canción lenta y soñadora. La orquesta atacó entonces un tema mucho más vivo, y la falsa sensación de confianza de Diana empezó a tambalearse.

—¡*El rag de Johnson!* —los ojos azules de Charlie brillaron—. Esto salió cuando yo estaba en los cadetes. Sujétate las horquillas, cariño.

—Creo que no estoy preparada para esto.

—Claro que sí. Lo único que tienes que hacer es dejarte llevar cuando yo te tire.

—¿Tirarme?

Diana lanzó una ojeada a las otras parejas. Algunas mujeres estaban ya por los aires. Impulsadas hacia lo alto por sus parejas, juntaban los talones en el aire y descendían con un enérgico rebote. Una incluso se deslizó con los pies por delante entre las piernas de su acompañante.

—Sé que no estoy preparada para esto —dijo Diana, intentando desasirse.

—¿Qué pasa? —Charlie alzó una ceja—. ¿Crees que voy a dejarte

caer?

Aquel desafío quedó un momento suspendido entre ellos. Confianza. Diana quería confianza. Y, para recibirla, primero tenía que darla.

—Está bien —no intentó disimular su profunda desgana—. Pero te haré directamente responsable si acabo con un ligamento roto o algún hueso fracturado.

—No vamos hacer nada muy movidito.

Armada con aquella poco tranquilizadora promesa, Diana se unió a los que bailaban. Tras unos cuantos pasos en falso, le pilló el tranquillo, más o menos. Incluso consiguió no tropezarse con sus propios pies cuando Charlie alzó el brazo, la hizo girar tres veces y la apretó contra su pecho. Diana chocó contra él dando un gritito, jadeante, riendo, llena de energía.

Tan llena de energía que, de hecho, fue Charlie y no ella quien se tambaleó mientras bailaban la canción siguiente. Él se recuperó ágilmente, pero la condujo fuera de la pista al acabar la pieza.

—¿Estás bien? —preguntó Diana, notando las arrugas blancas que rodeaban su boca.

Las arrugas desaparecieron en una sonrisa desganada.

—Tenías razón. Estas chanclas no son para bailar. O eso, o es que esos cuarenta y tantos años en el hielo me han dejado peor de lo que pensaba. Tendré que buscarme una máquina de musculación como la que me enseñaste en la estación oceanográfica para ponerme en forma.

—Yo he visto todo lo que hay que ver de tu forma, y me pareció que estaba bastante bien.

Por desgracia, Diana había olvidado por un instante que las concepciones de Charlie sobre las bromas permitidas entre ambos sexos diferían considerablemente de las suyas. Además, había puesto más énfasis del necesario en aquel comentario burlón. Él pareció sorprendido un momento, y luego se quedó pensando mientras

recorría con la mirada el rostro sofocado y los pechos de Diana.

—El viaje hasta la base es muy largo —su mano se movió suavemente, en círculos, sobre la espalda de Diana—. ¿Qué te parece si pasamos la noche en Santa Mónica?

Capítulo 8

El trayecto de poco menos de un kilómetro entre el muelle y los hoteles que daban a Ocean Boulevard fue uno de los más largos de la vida de Diana. Cuando Charlie paró frente a un lujoso hotel cuyo rótulo anunciaba con orgullo el encanto de sus antiguos bungalos a pie de playa, dotados con toda clase de comodidades modernas, ella no dijo ni una palabra. No hacía falta.

Sabía qué pasaría cuando cerraran la puerta de una de aquellas casitas engalanadas de buganvillas. Sabía que estaba a punto de infringir todas las normas del manual del espía. Sin embargo, su corazón palpitaba con tal urgencia que apenas podía respirar, cuanto menos recordar las malditas normas.

La cruda realidad era que deseaba a Charlie Stone. Aquel hombre la turbaba desde el mismo instante en que entró en el laboratorio improvisado de la estación y lo vio tendido sobre la mesa metálica. Físicamente, Charlie la ponía al rojo vivo. A pesar de las severas reprimendas que se echaba a sí misma, la mujer había ocupado el lugar de la bióloga. Por primera vez en su vida, Diana estaba descubriendo la poderosa atracción del cuerpo masculino. O, al menos, del cuerpo masculino encarnado en el del mayor Charles Stone. Por razones que desafiaban el análisis científico, Charlie avivaba cuanto de femenino había en ella. Al ver por primera vez el cuerpo desnudo de Charlie, sus hormonas habían empezado a funcionar a toda máquina, y todavía, no habían parado.

Sin embargo, lo que sentía por Charlie era más profundo que una simple atracción física. Mucho más profundo. Emocionalmente, Charlie la hundía desde las deslumbrantes alturas de la excitación

sexual y el descubrimiento científico, hasta las simas del dolor por sus años perdidos. Diana nunca había experimentado aquella dolorosa sensación de pérdida, nunca había compartido la confusión y la lucha de otra persona por encontrarse a sí misma. Con cierta irracionalidad, ansiaba que Charlie le confiara sus secretos al tiempo que consideraba absolutamente irrelevante el hecho de que ella le ocultara unos cuantos.

Hablando de lo cual...

Miró de lado y descubrió que Charlie había desaparecido en el interior del elegante vestíbulo del hotel. Rápidamente encendió el radio transmisor incorporado a su reloj.

—Control, aquí Artemisa.

—Adelante, Artemisa.

Diana informó rápidamente del cambio de planes.

—Esta noche no vamos a volver a Edwards. Vamos a quedarnos en Santa Mónica.

—Entendido, Artemisa. Te tengo localizada en... —con unos cuantos toques de ratón, Mackenzie verificó la información que le transmitía el diminuto sistema de localización global instalado en el cronómetro negro—. En el hotel Playas del Pacífico, en Ocean Boulevard, Santa Mónica.

—Correcto.

—¿Cuánto tiempo pensáis quedaros?

—No lo sé. Un día. Tal vez dos. El mayor Stone necesita tiempo para aclarar sus ideas.

Y ella también, a pesar de que, desde el momento en que Charlie había empezado a trazar aquellos suaves círculos sobre su espalda, pensar había pasado a segundo o tercer lugar en su lista de prioridades.

—Puedo tener a alguien allí en menos de una hora para que revise vuestras habitaciones.

—No creo que sea necesario, Mac. Esta parada no estaba prevista.

Además, sólo vamos a utilizar una habitación. Yo, eh... voy a mantener al sujeto bajo estrecha vigilancia mientras estemos aquí.

Siguió un breve y sorprendido silencio, pero por suerte Mackenzie se abstuvo de hacer comentarios.

—Avísanos si necesitas algo, Artemisa.

—Está bien. Ahora, por el amor de Dios, vete a casa.

—Lo haré, lo haré.

Diana pensó que Mackenzie necesitaba salir un poco. Sobre todo, con algún hombre. Quizá cuando volviera a Washington pudiera presentarle a alguno de los amigos de Allen y...

Sus pensamientos se detuvieron de golpe. Allen era agua pasada. Sus escasas dudas acerca de la necesidad de ponerle fin a su precaria relación con Allen se habían convertido en humo al decidir quedarse a pasar la noche en Santa Mónica con Charlie. De ellas le quedaba sólo una aguda impaciencia que fue creciendo exponencialmente hasta que el Hombre de los Hielos volvió a deslizarse tras el volante.

Con una mirada de soslayo que prendió las ascuas que ya ardían suavemente en la sangre de Diana, Charlie encendió el motor. Hasta el aire parecía arder a su alrededor mientras Charlie conducía hasta el último bungalow del hotel.

La casita se alzaba, aislada, sobre un pequeño acantilado, a unos quince metros por encima de la playa. Afloraciones de roca cubiertas de líquenes y hierbas separaban la casa de las demás, confiriéndole un halo de espléndido aislamiento.

Mientras Charlie sacaba su bolsa de lona y sus compras del maletero, Diana permanecía de pie en medio de la bruma vespertina, contemplando las olas que burbujearan en la orilla. Una escalera de madera bajaba zigzagueando por el barranco, invitando a largos paseos y a horas de pereza en la estrecha playa. «Mañana», pensó. Tal vez mañana dejaran una senda de huellas en la arena o desenterraran veneras. Esa noche...

Esa noche era de Charlie.

Aquel hombre llenaba su mente, sus pensamientos, sus sentidos. Mientras caminaba delante de él por el caminito de veredas aplastadas que llevaba a la puerta del bungalow, sus nervios vibraban de expectación. La excitación sacudía su cuerpo como una corriente eléctrica.

El interior de la casita sólo hizo aumentar sus deseos. Las habitaciones, acogedoras y alegres, estaban diseñadas para el placer y cómodamente amuebladas. El sofá del cuarto de estar estaba tapizado de cuadros verdes y rosas, a juego con los colores de las mullidas sillas de quimón floreado. De las paredes de la pequeña cocina colgaban alegres láminas que representaban caballos de tiro muy parecidos a los que Charlie y ella habían montado un rato antes. Unas puertas correderas de cristal llevaban del cuarto de estar a una terraza de suelo de ciprés envejecido por la intemperie que se encaramaba sobre el océano. Por lo que Diana podía ver del espacioso dormitorio que se abría más allá, éste albergaba una enorme cama y una hilera de ventanales que por la mañana ofrecería una vista espectacular sobre el Pacífico.

Aquel era el lugar perfecto para refugiarse, contemplar la puesta de sol sobre el océano y hacer el amor toda la noche. Pero, pese a que estaba deseando hacer simplemente eso, Diana no podía olvidarse de su misión. Inspeccionó rápidamente la habitación y descubrió que las ventanas del cuarto de estar tenían fuertes fallebas y que un cerrojo cerraba la puerta trasera. La pequeña cocina carecía de entrada desde el exterior. Las puertas correderas de la terraza, en cambio, no le gustaban. Eran difíciles de defender. Cualquiera que quisiera entrar podía sencillamente romper el cristal. O, para el caso, darle una patada a la puerta delantera. A Diana le habían pasado ambas cosas en el pasado. No esperaba que ocurrieran allí, pero, por si acaso, estableció mentalmente las posibles rutas de escape.

El crujido de un papel la hizo girarse. Toda idea de escapar voló de su mente al ver que Charlie depositaba las bolsas de la compra en

un descuidado montón sobre su bolsa de lona. Irguiéndose, Charlie la miró por encima de unos cuantos metros de mullida moqueta gris.

—No sé cómo se hacen estas cosas hoy día. ¿Das tú el primer paso, o lo doy yo?

Pasándose la lengua por los labios secos, Diana sugirió una solución de compromiso.

—¿Sabes qué?, encontrémonos a medio camino, a ver qué pasa.

Hasta ese momento, Charlie tenía pensado tomarse las cosas con calma. Pero, al ver que Diana se pasaba seductoramente la lengua por los labios, sus buenos propósitos se fueron al traste.

—Al infierno con eso —gruñó, cruzando los pocos pasos que los separaban—. A mí siempre me ha gustado tomar la iniciativa.

Ella lo recibió con una sonrisa y los brazos abiertos. Sus cuerpos chocaron, muslo contra muslo, cadera contra cadera. Charlie buscó ansiosamente la boca de Diana. Ella se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos. No intentó ocultar su ansia, ni mostrarse esquiva.

Su franqueza dejó sin aliento a Charlie. Al sentir el roce de las caderas de Diana, comenzaron a temblarle las manos mientras intentaba desatar los nudos del vestido. La tela sedosa se abrió un instante después, y Charlie se quedó sin el escaso aire que aún le quedaba en los pulmones. Lo único que llevaba Diana bajó el vestido era un diminuto triángulo de encaje negro.

El sudor perlaba la frente de Charlie. Su boca estaba seca. Antes de que él pudiera quitarle el vestido, Diana empezó a desabrocharle la camisa. Al sentir la lengua caliente y ávida de Diana sobre su pecho, Charlie perdió el control por completo.

El vestido quedó colgando de los codos de Diana. La camisa de Charlie pendía de uno de sus brazos. Cayeron a la mullida alfombra con los brazos y las piernas entrelazados. Dando de nuevo gracias por la ausencia de sujetador, Charlie se apoderó con la boca de uno de los pechos firmes y erguidos de Diana. Su lengua y sus dientes

pronto dejaron la punta del pezón tiesa y dura.

—¡Ahhhh! ¡Ah, Charlie!

Jadeando, Diana se arqueó bajo él. Charlie le bajó la tirita de encaje. Retorciéndose frenéticamente, ella alzó las caderas un poco para que él acabara de quitarle las braguitas.

—Ahora te toca a ti —dijo ella con voz áspera mientras intentaba desabrocharle los pantalones.

Charlie los apartó de una patada unos segundos después, junto con las chanclas naranjas y los ridículos calzoncillos violetas. Se apoderó de la boca de Diana, apoyándose sobre los antebrazos para no aplastarla, pero ella le enganchó las pantorrillas con los talones, atrayéndolo hacia sí.

Charlie se giró hacia un lado y deslizó una mano entre los muslos de Diana, cuyos músculos y tendones se tensaron. Ávida, se abrió para él. Charlie comprobó deslizando los dedos que estaba lista. Intentando dominarse, introdujo un dedo en las profundidades resbaladizas de su sexo. Jadeaba casi tanto como ella cuando Diana cerró la mano sobre su carne rígida.

—¡Virgen santa!

La mano de Diana se detuvo. Por un instante, la risa reemplazó a la turbiedad en sus ojos verdes.

—¿Virgen santa? ¿Eso es bueno o malo?

—Bueno, nena. ¡Buenísimo!

Riendo de nuevo, Diana apretó los dedos y los deslizó hacia abajo hasta dejar al descubierto la punta de su virilidad. El placer se apoderó de Charlie, tan fiero e intenso que tuvo que flexionar las rodillas para evitar ponerse en ridículo. Con una sonrisa, ella esperó.

Charlie soportó el tormento de Diana hasta que no pudo más y la agarró de la muñeca, apretándosela contra la alfombra, sobre la cabeza. Colocándose entre sus muslos, la penetró de una embestida.

Diana lo recibió alzando ávidamente las caderas. No se había equivocado, pensó jadeando. El mayor Stone no necesitaba ningún

remedio contra la impotencia. La llenaba, la estiraba, la colmaba por completo.

Desistiendo de cualquier intento de pensamiento racional, Diana se entregó a las increíbles sensaciones que Charlie generaba con sus manos, su boca y su cuerpo. Pronto, muy pronto, sintió que el clímax empezaba a alzarse en su vientre. Al igual que el océano, se alzaba oleada tras oleada, batiendo y refluyendo y batiendo otra vez. Un gemido salió del fondo de su garganta. Arqueándose, se dejó llevar por la cresta de aquel salvaje torbellino de placer.

Las olas empezaban a remitir cuando sintió que Charlie se quedaba rígido. Gimiendo, ella apretó los músculos de su vientre, urgiéndolo a acabar. De pronto, él arqueó las caderas y se retiró.

Diana abrió los ojos de golpe. Entre un remolino de neblina, se fijó en la mueca áspera de su mandíbula.

—¿Charlie?

—No te muevas.

Al recordar cómo se había tambaleado en la pista de baile, Diana sintió una punzada de alarma e intentó incorporarse.

—¿Qué sucede?

—¡No... te muevas! —el sudor empapaba su frente. Su pecho subía y bajaba pesadamente. Los músculos de sus brazos temblaban —. Te prometo... que no te dejaré así. No quiero... dejarte embarazada... Sólo... necesito... un minuto.

Diana parpadeó. ¡Cielo santo! Intentaba protegerla. Estaba claro que quería que ella llegara al orgasmo, sin llegar él.

Algo suave y tierno floreció en el pecho de Diana en ese momento. Amor, no. No podía ser amor, se dijo. Era más bien una extraña forma de afecto.

Simplemente, no estaba acostumbrada a que la protegieran. Y tampoco a que le abrieran las puertas. Sentía una extraña y absurda ternura cuando tomó entre las manos las mejillas de Charlie y le explicó que el *coitus interruptus* no funcionaba, y que para eso se

había inventado la píldora anticonceptiva.

—¿Ahora hay una píldora?

—En realidad, hay algo mejor que una píldora. Hay una inyección que dura varios meses.

—Varios meses, ¿eh? —Charlie se quedó pensando un momento. Luego, deslizó un brazo bajo las caderas de Diana. De un tirón, la colocó bajo él otra vez—. Tal vez deberíamos quedarnos aquí más de una noche.

—Tal vez —jadeó Diana mientras la penetraba—, tal vez.

* * *

A la mañana siguiente, Diana emergió con lentitud del sueño, atraída perezosamente hacia la vigilia por la brisa fresca y el murmullo inquieto del mar más allá de la ventana.

Era junio, pero la brisa marina aún era áspera. Por suerte, el empeño de Charlie en sacarle el mayor partido a los últimos avances en control anticonceptivo había dado con ellos en la cama.

Una cama agradable y cálida, con un colchón firme y ropa ligera. Tirando de las mantas. Diana se acurrucó. Al hacerlo, sintió que su rodilla chocaba contra carne cálida. Sacando la cabeza entre las mantas, abrió un ojo. Un pecho desnudo subía y bajaba a unos centímetros de su nariz.

—Hola.

El ronco saludo, que procedía justo de encima de su cabeza, acabó de disipar su aturdimiento. Desperezándose, se tumbó de espaldas, sacó los brazos por encima de las mantas y se apartó el pelo de los ojos.

—Hola.

Charlie yacía a su lado, cómodamente repantigado, con la cabeza apoyada en una mano. Un principio de barba le ensombrecía las mejillas. Tenía el pelo revuelto. A la luz brumosa que se colaba entre las cortinas de las ventanas, se lo veía rudo, cansado y totalmente

viril. Y tal vez un poco distante.

Una sonrisa arrugó sus mejillas, pero no llegó a alcanzar sus ojos. Diana no esperaba que le diera un beso de buenos días, pero tampoco esperaba que se mostrara distante después de la apasionada intimidad que habían compartido esa noche.

Un tanto molesta, ladeó la cabeza.

—¿En qué estás pensando?

—En primer lugar, en ese tipo con el que me dijiste que salías.

Ella le lanzó una mirada sorprendida. ¿Se trataba de una cosa de hombres? ¿Pensaba Charlie que había violado alguna clase de código de honor masculino por acostarse con una mujer que podía estar saliendo con otro hombre? Desconocía las ideas de los hombres de los años cincuenta sobre tales asuntos, pero era evidente que estaba a punto de descubrirlas.

—¿Por qué piensas en él? —preguntó con curiosidad—. ¿Te sientes culpable?

La sonrisa de Charlie se transformó en una mueca sarcástica.

—No, no me siento culpable en absoluto. Si ese amigo tuyo no es lo bastante hombre como para conservar a su mujer, no te merece.

¿Su mujer? Los labios de Diana se curvaron en una mueca de desagrado. Las tendencias machistas de Charlie no le parecían tan enternecedoras a la luz del día. Permitirle que le abriera la puerta era una cosa; oírlo catalogarla como si fuera un trofeo, otra bien distinta.

—¿Y tú? —preguntó él, sus ojos ensombrecidos tras la pantalla de las pestañas—. ¿Te sientes culpable?

—No —lo informó ella fríamente—. Le he enviado a Allen un correo electrónico diciéndole que tenemos que hablar cuando vuelva.

—¿Que tenéis que hablar? ¿Qué es eso, una versión contemporánea del «piérdete, chaval»?

—Más o menos.

—Lo tendré en cuenta.

Cruzando los brazos sobre las mantas, Diana le lanzó una mirada

fría.

—Has dicho que estabas pensando en Allen en primer lugar. ¿En qué otra cosa estabas pensando?

Él respiró hondo y dejó escapar el aire entre los dientes. El movimiento de su pecho desnudo distrajo a Diana momentáneamente.

—¿Tienes acceso a algún laboratorio?

Ella clavó en él su mirada.

—Tengo acceso a varios.

Lo cual era, en realidad, poco decir. Su posición en el prestigioso Instituto Harrell le franqueaba las puertas de numerosos laboratorios de instituciones privadas y educativas, y su trabajo en el grupo OMEGA le permitía acceder a las fuentes de los centros técnicos de alto secreto del gobierno.

Los ojos azules de Charlie se clavaron en los suyos.

—¿Puedes pedir un análisis especial? ¿Que lo hagan sin que nadie pregunte nada, y sin que se informe a nadie, más que a ti?

Diana sintió de pronto, con una súbita punzada de emoción, que Charlie estaba a punto de compartir con ella el secreto que tan celosamente guardaba.

—Creo que podría arreglarse.

—Espera aquí. Voy a por mi bolsa. Quiero enseñarte una cosa.

Sólo después de que Charlie saliera de la cama, se pusiera sus pantalones cortos y se dirigiera al cuarto de estar, comprendió Diana que esa noche había constituido una especie de prueba. Una prueba que, obviamente, ella había superado.

El aire abandonó sus pulmones con un siseo. Se recostó contra el cabecero tapizado de quimón y sintió que su ego se desinflaba a la misma velocidad que sus pulmones.

«Muy lista, Remington. Realmente lista. Comprometes tu misión. Olvidas por qué te mandaron al Ártico. Te metes en la cama con el hombre al que supuestamente debes proteger, y luego te sientes

herida, utilizada y estúpida por hacerlo».

¿Qué demonios le pasaba? La habían enviado allí para ganarse la confianza de Charlie. Ése era el plan desde el principio. Pero, entonces, ¿por qué se sentía como si acabara de tragarse una enorme bola de pelo?

¡Maldición!

Apartando las mantas, salió de la cama y entró en el baño.

Capítulo 9

Podía confiar en Diana. De momento, ella era la única persona del siglo XXI de la que podía fiarse.

Aquella idea martilleaba en la cabeza de Charlie mientras recogía su bolsa de lona en el cuarto de estar. Sábanas revueltas, una cama vacía, y el tamborileo de la ducha contra los azulejos del baño le dieron la bienvenida cuando regresó al dormitorio.

El deber colisionó al instante, ferozmente, con el deseo. Tenía que resolver las dudas que acarreaba desde su despertar en el Ártico. Necesitaba respuestas a los interrogantes que giraban constantemente en su cabeza. Pero la imagen del agua deslizándose por el cuerpo desnudo de Diana cortocircuitaba su capacidad de reacción, a excepción del deseo de hundirse de nuevo en las cálidas y resbaladizas profundidades del cuerpo de aquella mujer.

Tiró la bolsa a la cama y cruzó la habitación. Estaba casi en el baño cuando el agua de la ducha se cortó. De mala gana, luchó con su deseo hasta someterlo. Desconocía los rituales matutinos de las mujeres actuales, pero sospechaba que Diana prefería estar sola mientras se acicalaba, se secaba el pelo o lo que fuera. Además, pensó pasándose la mano por la barbilla, a él tampoco le iría mal acicalarse un poco. Se daría una ducha... después de enseñarle a Diana lo que había en su bolsa.

Retirándose de la puerta, estiró las mantas, sacó su mono de vuelo de la bolsa de lona y lo extendió sobre el cubrecama. Su mandíbula se tensó al ver que algunos pedacitos de goma dura caían sobre la colcha. Se quedó mirando un momento aquellas migajas negras y luego giró sobre sus talones y se dirigió a la cocina para

poner en marcha la cafetera. Cuando Diana salió del baño lleno de vaho, envuelta de la barbilla a los pies en un grueso albornoz, él estaba esperándola con una taza humeante en la mano.

—Échale un vistazo a los tubos y los sellos de plástico.

Ella se apartó el pelo mojado de la cara, apoyó la cadera sobre un lado de la cama y estudió el traje presurizado. La escafandra blanca y el mono gris acero de una pieza carecían de cualquier marca identificativa. Ni bandera en la manga, ni galones; nada que pudiera identificar a su portador.

—Parece un traje espacial como otro cualquiera.

Charlie se encogió de hombros. Por el material que Diana le había mostrado sobre los cohetes Apolo, suponía que la NASA había adaptado gran parte del equipamiento experimental puesto a prueba por los primeros pilotos de altitudes elevadas.

—El espacio, como ambiente físico, comienza a algo más de doscientos kilómetros de la tierra —dijo él—. Como ambiente fisiológico, comienza a unos cincuenta y cinco mil pies.

—Y el U-2 podía volar a sesenta mil pies —murmuró ella.

—Nuestros pilotos afrontaban los mismos riesgos de hipoxia, aturdimiento por descompresión, línea de Armstrong y frío extremo que si hubieran estado en órbita.

Charlie había aprendido al iniciar el programa U-2 que la línea de Armstrong era el punto atmosférico en el que el agua hervía a 98,6 grados Fahrenheit, la temperatura exacta del cuerpo. El traje presurizado estaba diseñado para evitar que la sangre de los pilotos de los U-2 empezara a hervir y burbujear cuando alcanzaban esa altitud. Dado que la temperatura exterior podía alcanzar los setenta grados bajo cero, el traje lo protegía también de la hipotermia, las quemaduras producidas por el frío y la congelación de los globos oculares si se daba el caso de que la cabina de la aeronave se quedaba sin calefacción.

—El elemento clave del traje presurizado es el sistema integrado

de respiración —explicó él con voz rasposa—. En vuelo, el sistema le suministra al piloto el cien por cien del oxígeno que necesita en todo momento. Incluso durante la eyección.

A tan elevada altitud, y sin un traje completamente presurizado, el piloto disponía tan sólo de un minuto antes de que la falta de oxígeno le causara visión borrosa, aturdimiento, embotamiento de los reflejos y falta de coordinación muscular. Charlie había experimentado todos aquellos síntomas en carne propia.

Recogiendo un puñado de los guijarros granulados que había esparcidos sobre la colcha, los dejó en la palma de la mano de Diana.

—Esto es lo que quiero que analices.

Diana frunció el ceño e hizo girar los fragmentos de goma dura sobre su mano.

—Analizamos todo el traje en la estación oceanográfica. Ninguna de las pruebas indicó la posibilidad de que se hubiera producido un fallo en el equipo.

—¿Y cómo explicas eso?

—Los componentes de goma de tu equipo se helaron cuando caíste al mar y se desintegraron cuando volvieron a quedar expuestos al aire.

Él abrió la boca y volvió a cerrarla. El terror de sus últimos segundos de vuelo volvió a apoderarse de él. Casi podía sentir el siseo mortal del oxígeno que se escapaba. Se había aferrado como una bestia salvaje al casco, boqueando desesperadamente, intentando respirar, hasta que el instinto de supervivencia se había apoderado de él.

—La goma empezó a desintegrarse en pleno vuelo, Diana.

—¿Qué?

—Empecé a perder oxígeno en altitud de crucero, nada más entrar en el espacio aéreo de la Unión Soviética.

Diana cerró el puño sobre los fragmentos de goma.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro —un sudor pegajoso cubría la piel de Charlie. El residuo del miedo le dejaba un amargor metálico en la boca—. Tiré del mando y viré en redondo. Acababa de poner el avión rumbo al oeste cuando el sistema de oxígeno falló por completo y salí despedido.

—Dios mío.

—Perdí la conciencia mientras caía. No recuerdo que se abriera el paracaídas, ni caer al agua. No recuerdo nada después de salir despedido de la cabina.

—¿Por qué no nos lo contaste durante el proceso de reanimación?

—Al principio, porque no podía creer esa historia increíble de que me había pasado todos esos años en el hielo. Luego...

Sujetando con fuerza los fragmentos en el puño, Diana se apartó de la cama.

—¿Luego, Charlie?

—Luego recordé que habíamos probado los efectos de la superoxigenación durante los simulacros de vuelo del U-2. Las pruebas se interrumpieron cuando el avión quedó operativo... en contra de las enérgicas protestas de uno de los jóvenes científicos que trabajaban en el programa original.

—¿Qué científico? —sus ojos se abrieron de par en par al comprenderlo—. ¡Oh, no! ¿El doctor Goode?

—Bingo.

Diana no podía creerlo. Ella era una científica de pies a cabeza. Vivía y respiraba para la investigación, el descubrimiento, para desvelar los secretos del universo que la rodeaba. Irwin Goode había alcanzado un estatus casi divino en su campo de investigación.

—¿No sospecharás que el doctor Goode tuviera algo que ver con la desintegración de tu equipo de supervivencia?

—De momento no sospecho nada. Sólo quiero hacer más pruebas. Pero sin la supervisión de Goode.

—Pero, Charlie, ese hombre es un premio Nobel, uno de los

nombres más respetados de la microbiología. Sus primeros trabajos sentaron los cimientos de la biónica. Por el amor de Dios, todavía es uno de los principales asesores del Ejército sobre asuntos relacionados con la investigación de armas biológicas.

—Sólo quiero hacer más pruebas —repitió él obstinadamente.

—Pero...

Diana se interrumpió de repente. Oía con la claridad resonante de una campana al doctor Goode diciendo que las células de Charlie no podían producir proteínas. Él mismo había calibrado el microscopio láser que, supuestamente, debía registrar cualquier cambio en el nivel de actividad biológica de Charlie. ¡El mismo microscopio que había dado lecturas erróneas!

Maldiciendo, Diana se llamó a sí misma estúpida de doce formas distintas. Había sospechado de los motivos de Greg Wozniak por insistir en que Charlie fuera declarado oficialmente muerto, incluso había hecho que OMEGA investigara el pasado del criogenetista. Pero el respeto que sentía por Irwin Goode la había cegado ante la posibilidad de que el venerable biólogo se hubiera unido al equipo de reanimación por motivos que nada tenían que ver con el intento de resurrección del mayor Charles Stone. Le disgustaba que sus opiniones personales como científica se hubieran interpuesto en su trabajo como agente secreto hasta el punto de impedirle indagar en el pasado del doctor Goode.

«Menuda mañanita», pensó, enfurecida. Primero, había tenido que afrontar el hecho brutal de que su actuación en la cama durante la noche anterior le había ganado la confianza de Charlie. Y, ahora, uno de sus ídolos caía de su pedestal.

Al menos podía informar de que, por lo visto, los rusos no habían derribado el avión de Charlie. El presidente estaba a punto de partir hacia Moscú; la noticia sería bien recibida. Lo que no sentaría tan bien sería la noticia de que uno de los más eminentes científicos estadounidenses podía estar implicado en el accidente.

¡Maldición! Aquello lo alteraba todo, incluyendo la necesidad de reforzar la seguridad. Tenía que contactar con OMEGA cuanto antes.

—Tengo que pensar en esto —le dijo a Charlie—. ¿Por qué no llamo al servicio de habitaciones y encargo el desayuno mientras tú te duchas?

Diana esperó hasta que oyó correr el agua de la ducha para levantar el teléfono. El servicio de habitaciones prometió llevarles dos desayunos americanos en veinte minutos.

Eso le daba veinte minutos para pensar. Con los pedazos de goma dura aún en la mano, entró en el cuarto de estar y salió a la terraza. Comprobó de un vistazo que la marea estaba alta. Los escalones de madera que bajaban zigzagueando hacia la playa acababan casi al borde del agua. Como alegres niñas con enaguas blancas haciendo cabriolas, las olas que se estrellaban contra las rocas hacían volar volutas de encaje de espuma.

Pensando a toda prisa, Diana consideró sus alternativas. Podía regresar a Edwards con Charlie. La base, cuyo acceso era restringido, les proporcionaría un nivel básico de seguridad mientras OMEGA realizaba las pruebas que Charlie había pedido. O podía quedarse con él allí, donde nadie, ni siquiera el doctor Goode, sabía que estaban.

Con un ojo fijo en la puerta del dormitorio, Diana pulsó el botón del cronómetro.

—Adelante, Artemisa.

Diana debería haber imaginado que respondería Mackenzie. Seguramente no se había ido a casa en toda la noche.

—He cambiado de idea, Mac. Necesito que mandes a alguien aquí para montar un dispositivo de vigilancia y establecer sistemas de seguridad activa y pasiva. Quiero lo mejor que tengas en tu maletín de mago —le advirtió—. Algo silencioso, imposible de detectar, infalible.

—Ah, me encantan los desafíos personales. Sacaré los planos del

hotel y veré qué medidas de seguridad son las más adecuadas. Estará todo listo hoy mismo. Si os necesitara fuera de ahí, ¿podrías desaparecer una hora?

—De acuerdo. Avísame cuando lo necesites.

—Lo haré. ¿Algo más?

—Quiero que pidas un mensajero. Tiene que entregar en mano unas muestras a la doctora Sylvie Marquez-Jourdain, del laboratorio Lawrence Livermore de Berkeley. Yo llamaré con antelación para solicitar las pruebas específicas que necesito que hagan.

—El mensajero estará allí dentro de media hora. ¿Eso es todo?

—No —dejó escapar un suspiro—. Necesito hablar con Rayo.

—Se fue a París hace dos horas —una leve nota de desaprobación se coló en la voz de Mackenzie—. Emmanuelle Béart iba a cenar en su restaurante y había pedido que el propietario la acompañara.

—Lamento estropearle su cena con la preciosa estrella de *Misión Imposible*, pero será mejor que me pases con su avión privado.

—De acuerdo.

La llamada salió a través de un dispositivo de seguridad que cifraba cada palabra en el punto de transmisión y la descifraba en el de recepción. Una vez establecida la conexión, Rayo escuchó atentamente el apresurado informe de Diana.

—Bueno —dijo cuando ella acabó—, por lo menos puedo informar al presidente de que los soviéticos no derribaron el avión del mayor Stone. Pero me cuesta creer que uno de los científicos más venerados de nuestro país tuviera algo que ver con eso.

—A mí también.

—¿Cuál es el plan ahora, Artemisa?

—Necesito que muevas algunos hilos en la CIA. Quiero copias de todos los documentos relacionados con el trabajo del doctor Goode en el programa inicial del U-2. Sobre todo, de sus experimentos en superoxigenación.

Tras prometerle ejercer su influencia como nuevo director de la

agencia OMEGA, Nick estuvo de acuerdo con ella en que lo mejor era que se quedara con Charlie en Santa Mónica.

—Es tan buen lugar como otro cualquiera para mantener inmovilizado al mayor Stone hasta que aclaremos este asunto. ¿Necesitas refuerzos?

—No, lo tengo todo controlado. Le he pedido a Mac que instale un dispositivo adicional de seguridad, por si acaso.

—Muy bien. Mátenme informado, Artemisa.

—Lo haré.

* * *

Diana estaba en el cuarto de estar, meciendo una taza de café, cuando Charlie salió del cuarto de baño, duchado, afeitado y vestido con un polo rojo y unos vaqueros nuevos que parecían haber pasado una docena de veces por la máquina de retorcer la ropa. Reprimiendo una punzada de nostalgia por los vaqueros tiesos de su época, se sirvió una taza y se sentó junto a Diana en el sofá a cuadros.

Ella había aprovechado que él estaba en la ducha para vestirse, cambiando el albornoz por unos pantalones sueltos de lino tostado y una camiseta de manga corta verde mar. Su pelo, todavía húmedo, enmarcaba su cara en descuidadas ondas. Recostándose contra el rincón del sofá, recogió las piernas y miró a Charlie entre el vaho que subía de la taza.

—El desayuno llegará enseguida. He pedido tortilla para los dos.

—Bien, estoy muerto de hambre.

Charlie cruzó las piernas. La tensión que sentía desde que había abierto los ojos en la estación oceanográfica seguía pesándole sobre los hombros, pero confesársela con Diana había aligerado exponencialmente su peso. Eso, y el increíble placer que habían compartido la noche anterior. El sólo hecho de pensar en lo feliz y generosamente que Diana se había entregado a él, generaba en Charlie una forma de tensión completamente distinta. Sonriendo,

alzó la taza hacia ella.

—También he contactado con una colega del laboratorio Lawrence Livermore —dijo Diana, ignorando la invitación oculta en la sonrisa de Charlie—. Ha aceptado realizar toda una batería de pruebas con las muestras de goma. Dentro de un rato llegará un mensajero para llevar en mano las muestras a Berkeley.

Charlie no cambió su cómoda postura, pero el tono distante de Diana lo puso alerta. ¿Qué demonios había ocurrido mientras estaba en la ducha?

—Has estado muy ocupada.

—Esa soy yo, la doctora Eficiencia.

Él dejó la taza en la mesa, junto al sofá. Descruzando las piernas, se giró para mirarla cara a cara.

—¿Qué está pasando, Diana?

—Exactamente lo que querías. Cuando las muestras estén analizadas, decidiremos el siguiente paso.

—No estoy hablando de las muestras.

Diana posó su mirada en él, tan aguda y cortante como una hoja de hielo.

—¿De qué estás hablando, entonces?

—De nosotros. De lo de anoche.

—Lo de anoche pasó. Fue... agradable.

¿Agradable? Charlie recibió el golpe donde más dolía. Su orgullo se habría derrumbado allí mismo si el brillo duro de la mirada de Diana no lo hubiera puesto sobre aviso de que se estaba perdiendo algo vital en la conversación.

—Puede que tú estés sufriendo las típicas dudas del día después —dijo lentamente—, pero yo no. Esas horas contigo me llevaron más alto, más rápido y más lejos de lo que nunca volé.

Diana deseaba creerlo. Emocionalmente, ansiaba creer que no había una relación causa-efecto entre la asombrosa pasión que había prendido entre ellos y la decisión de Charlie de compartir con ella su

secreto. Intelectualmente, no lograba romper la conexión. Con Charlie había sobrepasado sus límites, y ahora tenía que pagar el precio. Frotándose la frente con la muñeca, fue tan sincera como podía serlo dadas las circunstancias.

—Está bien, yo anoche también superé algunos records de velocidad y resistencia. El problema es que fuimos demasiado rápido, y demasiado lejos.

—Para un piloto de pruebas, es físicamente imposible ir demasiado rápido o demasiado lejos, nena.

Ella procuró que la rápida sonrisa socarrona de Charlie no la distrajera.

—Acabas de pasar cuarenta y tantos años enterrado en el hielo. Ni siquiera sabemos aún por qué acabaste allí. Hasta que obtengamos las respuestas que andas buscando, no podemos permitir que el deseo físico nos nuble el juicio —para sorpresa de Diana, la risa iluminó los ojos de Charlie—. ¿Te parece divertido? —preguntó gélidamente.

—No, qué va, es sólo que...

—¿Qué?

—En mis tiempos, siempre era el chico el que decía eso. Normalmente venía a decir algo así como: «No hagamos una montaña de esto, sólo ha sido una cosa física, ya te llamaré».

—Estoy hablando en serio, Charlie. Has formulado algunas preguntas inquietantes. Hasta que les demos respuesta, será mejor mantengamos las manos quietas.

La risa de Charlie se desvaneció.

—¿Estás enfadada porque he proyectado algunas sombras sobre tu querido doctor Goode?

—¡Por supuesto que no! Lo único que digo es que... que echemos un poco el freno.

—No sé si podré controlar lo que siento por ti tan fácilmente —dijo él despacio.

—Inténtalo.

¡Por favor! ¿Por qué estaba permitiendo que Charlie la pusiera a la defensiva de aquella forma? Se suponía que Stone era un ligón, un aviador de los que trataban a las chicas como si fueran de usar y tirar. Seguramente había utilizado aquel argumento docenas de veces. Diana estaba a punto de recordarle esas mantas que decía haber extendido bajo el muelle cuando llamaron a la puerta.

—Debe de ser el desayuno —dijo, aparentando una calma que estaba lejos de sentir—. ¿Quieres que lo tomemos aquí o en la terraza?

El mensajero llegó mientras estaban aún sentados al sol, tirándoles los restos de las tostadas a las gaviotas, que se lanzaban en picado desde alturas de vértigo para atrapar al vuelo los pedazos de pan. Charlie no dijo nada cuando Diana le entregó al mensajero el paquete que había envuelto cuidadosamente en una bolsa de basura de plástico que había encontrado bajo la encimera de la cocina.

Una vez las muestras de goma salieron hacia el laboratorio de Berkeley, el día, que había comenzado entre sábanas enmarañadas, se extendió frío y vacío entre los dos. Inquieto, Charlie pasaba de un canal de televisión a otro mientras Diana revisaba su correo electrónico y se ocupaba de los asuntos de su vida civil. A las diez, él se cansó de ver dibujos animados, programas de entrevistas y sombrías predicciones de la Bolsa. A mediodía, empezó a pasearse por el bungalow.

—Voy a dar un paseo por la playa.

Diana cerró la pantalla del ordenador.

—Voy contigo.

—Tú misma.

Su indiferencia convenció a Diana de que no le había sentado muy bien que ella hubiera echado el freno a sus actividades físicas. A ella tampoco le hacía ninguna gracia. Pero era la decisión correcta, se repetía en silencio una y otra vez mientras caminaban por la arena.

La única decisión posible.

Seguía intentando convencerse a sí misma cuando tomaron un almuerzo tardío en la terraza de una marisquería, a más de un kilómetro playa abajo, y más tarde, cuando regresaron paseando al hotel. Subieron la escalera de madera que llevaba al bungalow, cansados, quemados por el viento y todavía enojados. Tanto, que a Diana casi le pasó inadvertido un destello de sol sobre acero al otro lado de las puertas correderas. Lo vislumbró en el instante en que Charlie corría la puerta sobre los rieles. Sólo un destello.

Pero eso fue lo único que necesitó. Reconocía el cañón de una pistola cuando lo veía. Cruzando de un salto las planchas deslustradas de la terraza, agarró a Charlie. Pero, para su consternación, él le enganchó el brazo, la empujó hacia atrás y se lanzó a través de la puerta.

Capítulo 10

—¡Charlie, espera!

Charlie no hizo caso de su grito frenético y cruzó la puerta abierta. Recobrando el equilibrio, Diana irrumpió en la habitación tras él.

Su instinto le gritaba que era un error. La primera norma de un guardaespaldas era mantener al cliente a salvo, alejarlo de cualquier posible peligro.

Profiriendo una imprecación, Charlie se abalanzó sobre el hombre que, agazapado sobre la bolsa de loneta abierta, sostenía una pistola en la mano cubierta con un guante de plástico. El intruso se levantó de un salto, le lanzó a Diana una mirada de perplejidad por encima del cuerpo de Charlie, que se precipitaba hacia él, y recibió el golpe en pleno pecho. Tambaleándose hacia atrás, chocó de espaldas contra la pared y cayó arrastrando a Charlie con él. Un golpe en la muñeca hizo volar su arma por el aire.

¡Oh, Dios! Entre un coro de gruñidos y golpes, Diana pasó por encima del mono que se había salido de la bolsa de lona y estaba extendido sobre la alfombra. Tenía que apartar a Charlie antes de que causara alguna herida grave.

—¿Qué demonios...?

Un ruido de pasos apresurados hizo girarse a Diana. Le lanzó una sola mirada a la mujer vestida con un mono azul grisáceo y fijó de nuevo su atención en los dos combatientes.

La jefa de Comunicaciones de OMEGA entró en escena maldiciendo. A Rayo no iba a gustarle aquello. Con esa idea pitando en su cabeza como un claxon, Mackenzie tiró al suelo la maraña de

cables que tenía en la mano y se metió en la pelea detrás de Diana.

Ambas agarraron el brazo del mayor Stone cuando describía un temible arco, pero antes de que pudieran asirlo con fuerza, él descargó un golpe contra la mandíbula del otro hombre.

«Pobre John», pensó Mackenzie, espantada. John echó la cabeza hacia atrás. Sus ojos giraron. Emitiendo un leve gorgoteo, quedó inerte.

Jadeando, el Hombre de los Hielos se puso a horcajadas sobre su oponente y lo examinó, buscando sus constantes vitales, lo cual permitió que Mackenzie lo observara durante unos segundos de tensa espera. Todavía tenía arena en las plantas de los pies descalzos. El cuello de su camisa estaba desbocado; la mitad de los botones habían sido arrancados. Los músculos que se adivinaban bajo la tela roja parecían listos para el ataque. Mackenzie tuvo la impresión de que aquel hombre era un enemigo mortal.

Balanceándose sobre los talones, Stone le lanzó una mirada dura. Mackenzie se imaginaba la pinta que debía de tener con el pelo negro saliéndosele del moño flojo, los auriculares colgándole alrededor del cuello y unas fundas antiestáticas atadas sobre las zapatillas deportivas.

— ¿Quién diablos eres tú?

Al instante se formaron en la cabeza de Mackenzie varias posibles respuestas. Pero, en lugar de aventurarse a responder, miró a la mujer que permanecía a su lado, buscando alguna indicación. A fin de cuentas, la misión era de ella.

Diana vaciló. Luego, agachó la cabeza, asintiendo lentamente.

— Díselo.

Mackenzie sintió una oleada de alivio. A pesar de la paliza que acababa de darle a su ayudante, el mayor Stone era uno de los buenos. Ya había sufrido bastante. No hacía falta confundirlo aún más con una historia inventada sobre la marcha. Además, cualquier excusa que inventara para explicar su presencia allí sonaría absurda,

incluso para un hombre que había estado fuera de combate tanto tiempo como Charles Stone.

—Soy la jefa de Comunicaciones de una agencia gubernamental.

—¿Qué agencia?

—Eso es alto secreto —contestó Mackenzie.

—¡No me vengas con ésas! ¿Qué agencia?

Diana desvió con calma la atención de Charlie.

—La misma para la que trabajo yo.

Stone clavó sus ojos azules en ella. El recelo ardió en sus pupilas antes de que se helaran un instante después.

—Me dijiste que trabajabas para un instituto de investigación.

—Y así es. Pero también hago ciertas... misiones especiales... cuando me lo piden.

El rostro de Charlie se crispó. Poniéndose en pie, avanzó hacia las dos mujeres. Diana se mantuvo en su sitio. Mackenzie también, aunque no sin recelo. De cerca, el Hombre de los Hielos era bastante grande y musculoso.

—¿Te importaría decirme cuál es tu misión aquí?

El filo aserrado de su voz podría haber cortado el cable de un ancla.

—Me encargaron protegerte y servirte de guía.

Un músculo vibró en la mejilla izquierda de Charlie. Sus ojos se volvieron glaciales. Mackenzie no necesitó sus conocimientos sobre telecomunicaciones para captar el mensaje. Al mayor no le hacía ninguna gracia que lo protegieran, ni que lo controlaran.

—Te doy un diez por tu entrega al trabajo —dijo, lanzándole a Diana una mirada que podría haber arrancado la pintura de la cubierta de un barco—. En mis tiempos, meterse en la cama con una misión era sobrepasar con creces la llamada del deber. Pero supongo que las normas han cambiado.

Diana se puso colorada. Su boca se abrió y volvió a cerrarse. Tras contar mentalmente hasta diez, volvió a intentarlo.

—¿Por qué no continuamos esta conversación en la otra habitación? Me reuniré contigo en cuanto Mac y yo nos aseguremos de que su ayudante está bien.

Frotándose los nudillos magullados, Stone le lanzó al hombre que yacía en el suelo una mirada desdeñosa y cruzó la habitación para recoger el arma que le había arrancando unos instantes antes. Con una precisión que no dejaba duda acerca de quién era el propietario del Colt de cañón largo, soltó el seguro, abrió el cargador para comprobar la cámara y volvió a cerrarlo. Tanto él como el Colt desaparecieron en el otro cuarto un momento después.

—¡Vaya! —dejando escapar un largo suspiro, Mackenzie se volvió hacia su amiga—. Siento mucho todo esto, Artemisa.

—No importa. No esperaba encontrarte aquí, Mac.

—Me monté en un avión nada más llamar tú —su boca se torció—. Debí avisarte de que estábamos aquí. Pero, como no estabais cuando llegamos, entramos y nos pusimos a trabajar.

—Fuimos a dar un paseo por la playa.

—Lo sé. Os teníamos localizados por el transmisor de tu reloj. Pensábamos salir de aquí antes de que volvierais. Pero los dispositivos electrónicos que hemos instalado deben de haber alterado la señal del transmisor —anotando mentalmente que debía reajustar las ondas electromagnéticas que emitían las pantallas, Mackenzie se agachó y sentó a su ayudante, que había empezado a gruñir—. ¿Tienes algo roto?

John movió de lado a lado la mandíbula, produciendo unos cuantos chasquidos que sonaron a hueso roto.

—Sólo el orgullo —dijo él.

John era un hombre de mediana edad, felizmente casado y padre de cuatro hijos, que trabajaba para OMEGA desde hacía años.

Con la ayuda de Diana, Mackenzie consiguió ponerlo en pie.

—¿Qué ha pasado?

—Al comprobar los sensores del dormitorio, vi que registraban la

presencia de pólvora. Acababa de seguir la señal hasta la bolsa del mayor Stone cuando Artemisa y él volvieron. La situación se, eh... se complicó en ese momento.

—No me digas.

La rápida sonrisa de Mac alivió el azoramiento de John casi tanto como su convicción de que éste había seguido el procedimiento adecuado.

—El mayor Stone vio que tenía la pistola en la mano —explicó Diana—. Me quitó de la línea de fuego de un empujón y se lanzó hacia él antes de que pudiera impedirlo.

—Oh, eso está muy bien —la sonrisa de Mackenzie se hizo más amplia—. El Hombre de los Hielos intentaba protegerte. No me extraña que pareciera tan sorprendido al enterarse de que eras tú quien tenía que protegerlo a él.

Sorprendido y no precisamente entusiasmado.

Mackenzie no conocía al mayor Stone lo suficiente como para calibrar su ego masculino, pero el de su ex marido era del tamaño de Texas. Demasiado guapo para su propio bien o el de los demás, el muy granuja la había engatusado hasta hacerle creer que ella era la única y brillante estrella de su sistema solar. Y además creía firmemente que su carrera era mucho más importante que la de ella. A fin de cuentas, el Ejército era cosa de hombres. Por desgracia, muchos oficiales pensaban lo mismo. Mackenzie había perdido muchas energías luchando contra sus actitudes paternalistas, y al final había dejado atrás tanto al teniente Blair como a la Armada.

Por suerte, la antigua directora de OMEGA la había reclutado como jefa de Comunicaciones unos días después de que colgara el uniforme. Mackenzie le estaría siempre agradecida a Maggie Sinclair. Desde que había entrado en la agencia, no había tenido tiempo de lamentarse ni del vuelco que había dado su carrera, ni de su divorcio. Al menos, no mucho.

—Acabemos aquí y larguémonos con viento fresco —le dijo a

John—. Artemisa tiene que alisarle las plumas erizadas al Hombre de los Hielos. Y son unas plumas preciosas, por cierto —añadió, mirando de soslayo al hombre que permanecía en la otra habitación mientras John volvía a ponerse manos a la obra—. En una cosa tenías razón —le susurró a Diana—. El mayor está en unas condiciones físicas excelentes. No me extraña que decidieras, eh... vigilarlo de cerca anoche.

—Lo de anoche fue un error.

La total falta de inflexión de la voz de su amiga hablaba por sí sola.

—¡Oh, no! No irás a decirle al mayor Stone que se olvide de usar todos esos magníficos músculos que han pasado casi cincuenta años inertes, ¿verdad?

—No, pero a mí se me han olvidado algunos asuntos importantes. En primer lugar, que ese hombre acaba de salir de una profunda hibernación. En segundo lugar, que no confiaba en mí lo suficiente como para contarme lo de su traje de vuelo —vaciló y luego se encogió de hombros, pero no logró disfrazar su enojo, ni su exasperación consigo misma—. Está claro que lo que lo convenció fue mi actuación en la cama.

—¡Uf!

—Sí —dijo Diana secamente—. Uf.

El equipo de Comunicaciones acabó de instalar los sistemas de defensa pasiva y activa veinte minutos después.

—Los sistemas pasivos sirven sobre todo para detectar a los intrusos —informó Mackenzie a Diana y al mayor—. Hemos colocado sensores de infrarrojos que activan el sistema de alarma —señaló lo que parecía un interruptor de luz normal y corriente, y les explicó cómo funcionaba el dispositivo—. Cuando alguien se acerca a la unidad y dispara el sistema, la alarma envía vibraciones rítmicas a través del cuarto de estar, el dormitorio y el baño. Se puede apagar y encender con este interruptor para permitir la entrada de las

doncellas, el servicio de habitaciones o lo que sea. John, sal fuera y activa los sensores para que puedan notar la vibración.

La sensación acariciadora que Diana sintió en los brazos desnudos un momento después le pareció un suave remolino sin agua.

—También hemos colocado ocho cámaras de alta resolución en posiciones estratégicas dentro y fuera de la casa —Mackenzie tomó el mando a distancia e hizo una demostración—. Con el canal sesenta y uno podéis ver las ocho cámaras; con el sesenta y dos, congelar una determinada.

Un sólo toque del mando a distancia mostró imágenes de asombrosa claridad y viveza. Como tulipanes que abrieran y cerraran sus pétalos, las imágenes aparecían y desaparecían de la pantalla en intervalos de cinco segundos. Se veía el sendero de veneras bordeado de hibiscos de brillante color escarlata; el Golden Hawk estacionado, en solitario esplendor, en el pequeño aparcamiento; la terraza deslustrada por el sol, suspendida sobre el deslumbrante Pacífico; el cuarto de estar recubierto de quimón; la enorme cama.

Recordando con excesiva claridad lo ocurrido en aquella cama apenas unas horas antes, Diana se apresuró a preguntar:

—¿Las cámaras sólo alimentan esta televisión?

—Ésta y la del dormitorio. También transmiten señales digitales vía satélite al centro de control —Mackenzie adoptó una expresión cuidadosamente neutra—. Si en algún momento necesitáis intimidad, podéis interrumpir la transmisión. Sólo tenéis que conectar el canal sesenta y dos.

—De acuerdo.

—En cuanto a las medidas de defensa activa...

Charlie se mantenía apoyado de espaldas contra la pared, con los brazos cruzados, mientras la morena de largas piernas con una maraña de cables enrollados alrededor del cuello continuaba dándoles explicaciones. Cada de uno de los dispositivos de seguridad

estaba colocado estratégicamente para sorprender, cegar momentáneamente o incapacitar a cualquier invitado no deseado.

Con cada segundo que pasaba, Charlie se sentía más y más como si se hubiera metido en el plato de una película de ciencia ficción. Godzilla contra los Marcianos Invasores. Ondas electromagnéticas, rayos infrarrojos, ultrasonidos, paralizadores del sistema nervioso... ¡Virgen santa!

La morenita les había dicho sin inmutarse que había introducido sus biofirmas en el caché de perfiles, fuera eso lo que fuese. Al parecer, sus movimientos dentro de la casa no dispararían los rayos láser ni los proyectiles paralizantes. Aunque Charlie hubiera entendido una de cada tres palabras que decía aquella mujer, sus aires de superioridad habrían hecho bien poco por apaciguar su rabia.

Él era un piloto de pruebas. Había desafiado la gravedad y todas las leyes de probabilidades. Había sacado el máximo partido al avión más avanzado de su tiempo, ¡por el amor de Dios! Y, aun así, los sistemas aparentemente sofisticados de sus aviones eran toscos y primitivos comparados con aquella tecnología de la era espacial. Aquella sola idea hubiera bastado para sacarlo de quicio... si el descubrimiento de que Diana había sido enviada para protegerlo no lo hubiera hecho ya.

Él no era tonto. Respetaba el talento y la habilidad. Por otro lado, había llegado a la edad adulta en el transcurso de una guerra que había convulsionado el mundo entero, una guerra en la que hombres y mujeres corrientes fueron llamados a realizar las más extraordinarias hazañas. Mujeres pilotos del Servicio Aéreo habían tripulado los aviones de las líneas regulares estadounidenses que cruzaban el Pacífico hacia los países aliados, a menudo sin escolta de cazas. Los Cuerpos Femeninos de la Armada habían actuado en todos los teatros de la guerra. Y posteriormente, durante la guerra de Corea, las enfermeras habían servido en condiciones inimaginables

en el frente o en sus proximidades.

Pero a ninguna de las mujeres que sirvieron durante aquellos conflictos se les había ordenado tomar la ofensiva, ni subirse a la cabina de un caza para cubrir a sus compañeros varones. Saber que la oscura agencia para la que trabajaba Diana la había enviado allí para hacer precisamente eso daba al traste con las ideas profundamente enraizadas de Charlie acerca de los roles sexuales. Y tampoco le resultaba fácil de aceptar la certeza de que Diana había jugado con él.

—Ya está —dijo la esbelta morena tras hacer una última demostración—. Pero falta el material que pediste sobre el programa original de los U-2. El jefe ha conseguido acceso a los archivos de la CIA , pero sus agentes están tardando en facilitarnos la información que solicitamos. Te lo enviaré todo por correo electrónico en cuanto lo tengamos.

—Gracias.

La morena y su ayudante saludaron a Charlie inclinando la cabeza, recogieron sus cajas de herramientas y se marcharon. Diana los miró salir y, luego, doblando una pierna bajo ella, se dejó caer en el sofá. Sus pantalones de lino formaban una mancha pálida contra los cuadros chillones del sofá. El viento y el salitre habían sonrosado su nariz y enredado su pelo hasta convertirlo en una maraña salvaje, pero ninguna de las dos cosas parecía molestarla particularmente. Charlie no intentó romper el silencio que giraba a su alrededor. Ahora le tocaba a ella. Tenía que darle una explicación.

Pero, para decepción de Charlie, Diana no se esforzó en explicarle nada. Con una voz fresca que le arañó los nervios como uñas sobre una pizarra, afirmó sencillamente:

—El hecho de que trabaje para el gobierno no cambia nada.

—El hecho de que no te molestaras en decírmelo lo cambia todo.

—¿Por qué?

—¿Tú qué crees? Me meto en un avión para emprender una misión rutinaria y me despierto cuarenta y cinco años después. Nada

más abrir los ojos, me encuentro contigo, y tú me ofreces amistad, me agarras de la mano, haces que te deseo tanto que apenas puedo caminar derecho. Y, entre tanto, olvidas mencionar que sólo estás cumpliendo órdenes.

Ella alzó la barbilla.

—Será mejor que dejemos clara una cosa desde este momento. Mis órdenes no incluían que me enrollara contigo.

Su áspera respuesta vertió aceite sobre el fuego que ya crepitaba en las entrañas de Charlie. ¿Así catalogaba ella lo ocurrido la noche anterior? ¿Se habían enrollado? Él tal vez habría utilizado ese término cuando bromeaba en el vestuario con sus amigos, pero jamás lo habría empleado con una mujer. Y desde luego no con Diana.

Era imposible clasificar su encuentro como una simple cuestión de sexo. Diana Remington lo había vuelto del revés. Él nunca había hecho el amor con una mujer tan abierta, tan ávida. Casi podía oír sus jadeos, sentir sus músculos cerrarse alrededor de su miembro palpitante mientras se deshacía en espasmos de placer.

Tal vez la primera vez se hubieran dejado llevar por una pasión ciega. Tal vez incluso la segunda. Pero, a la tercera, los movimientos de Diana se habían hecho tan lentos y lánguidos como los suyos; sus gemidos, tan profundos y desgarradores como los de él. Diana no podría haber impedido aquella última explosión volcánica aunque hubiera querido, lo mismo que él no habría podido evitar hundir las manos entre su pelo, echarle la cabeza hacia atrás y apoderarse de su boca al mismo tiempo que se vaciaba dentro de su cuerpo.

Dolido y exasperado, y al mismo tiempo excitado al recordar cómo se había deshecho Diana entre sus brazos, preguntó ásperamente:

—Será mejor que me digas cuáles eran tus órdenes.

Ella lo miró fijamente a los ojos.

—Acercarme a ti y ganarme tu confianza. Por último, averiguar

qué pasó con tu avión hace todos esos años —a pesar de su ira, Charlie descubrió que deseaba creerla—. El presidente necesitaba saber si los soviéticos derribaron tu avión, al igual que el de Gary Powers en 1960 —dijo con frialdad—. Confiaba en poder evitar otro escándalo internacional acerca de los aviones espías que violaban el espacio aéreo de otro país, como ocurrió tras el incidente de Powers. Al mismo tiempo, estaba preocupado porque ciertos grupos de la ultraderecha pudieran utilizarte como arma arrojadiza para reavivar la Guerra Fría. Todavía hoy pervive buena parte del sentimiento antisoviético de aquellos días.

Aquellos días. De pronto, Charlie se sintió como si acabara de salir de un libro de historia antigua. Y, a decir verdad, él también seguía albergando un profundo sentimiento antisoviético. No podía hacerse a la idea de que los rusos ya no eran los malos de la película.

—Bueno, pues has conseguido la mitad de tu misión —comentó sardónicamente—. Aún no sabemos qué le pasó a mi avión, pero desde luego te has acercado a mí.

—Sí —dijo ella encogiéndose de hombros—. Pasé la prueba.

—¿Qué prueba?

Ella desvió la mirada, pero no sin que antes Charlie captara el destello de rabia que oscurecía sus ojos. ¿De dónde demonios había salido? Era a él a quien le habían tomado el pelo.

—¿Qué prueba? —preguntó otra vez.

Ella volvió a mirarlo con expresión cuidadosamente indiferente.

—Mira, da igual. Está claro que los dos nos hemos equivocado. Tú pensabas que te seduje cumpliendo órdenes, y yo pensaba que me deseabas tanto como yo a ti. Pero esta mañana me di cuenta de que acostarte conmigo era sólo una prueba para decidir si podías confiar en mí lo suficiente como para...

—¡Ésa es la mayor estupidez que he oído en cuarenta y cinco años!

Ella se puso rígida y le lanzó una mirada gélida.

—¿Disculpa?

—Lo que pasó anoche fue mucho más que sexo, y tú lo sabes — apartándose de la pared, Charlie cruzó la alfombra gris—. En cuanto a desearte...

Si no estuviera tan enfadado...

Si Diana no le hubiera ocultado que trabajaba para el gobierno...

Si su maldita vida no se hubiera vuelto del revés, tal vez no hubiera empleado tanta fuerza cuando la agarró de la muñeca y la levantó del sofá de un tirón.

Dos segundos después, estaba tumbado de espaldas en el suelo.

Capítulo 11

Charlie cayó sobre su trasero en la alfombra.

Diana no pretendía derribarlo. No pensaba girarle la muñeca, agacharse bajo su brazo y tirarlo al suelo. Sencillamente, había reaccionado a su agresión y a su propia rabia acumulada.

—Ya te lo dije —le recordó fríamente—, esas tácticas de cavernícola corrieron la misma suerte que las faldas de campana.

Diana saboreó un instante la expresión perpleja de Charlie antes de que éste lanzara la mano y le tirara del pie. Ella podía haber evitado la caída, podía haber hecho una torsión y recuperado el equilibrio antes de caer sobre él, pero pensó que cincuenta kilos de peso muerto aterrizando sobre la tripa de Charlie le servirían de lección.

Pero sus cálculos no tomaron en cuenta los reflejos que Charlie había desarrollado durante sus años en la cabina de una avión de pruebas de alto rendimiento. Todavía estaba cayendo cuando Charlie aspiró una rápida bocanada de aire, contrajo los músculos del estómago y endureció el lugar de aterrizaje. El trasero de Diana rebotó sobre lo que parecía una plancha de hormigón armado. Un instante después, estaba tendida boca arriba.

—Ten cuidado —le advirtió cuando él se colocó a horcajadas sobre sus muslos y le sujetó las muñecas contra la alfombra—. No quiero hacerte daño.

—¿Crees que podrías?

—Dada tu posición actual, mi rodilla podría convertirse en un arma letal.

Para alivio de Diana, él aflojó la fuerza con que le sujetaba las

muñecas. Era cierto que no quería hacerle daño. Charlie, sin embargo, no se apartó de sus muslos. Apoyando las manos en el suelo, junto a la cabeza de Diana, dijo ásperamente:

—Será mejor que dejemos una cosa clara desde ahora mismo, Remington. Anoche no te llevé a la cama para ponerte a prueba.

—¿De veras? Entonces tal vez puedas explicarme por qué esperaste hasta esta mañana para contarme que tu traje se desintegró en pleno vuelo.

—Pensaba decírtelo ayer, cuando nos fuimos de casa de Harry, pero necesitaba aclarar mis ideas. Luego, cuando llegamos aquí, nos entretuvimos con otras cosas.

Lo cual era un modo amable de decir que la puerta apenas se había cerrado tras ellos cuando acabaron en la alfombra, a unos pocos pasos de donde se hallaban tendidos en ese momento.

—Como te he dicho, te deseaba tanto —volvió a reconocer él—, que apenas podía caminar derecho, y mucho menos pensar con claridad. Anoche, mi objetivo prioritario era tenerte desnuda y en posición horizontal.

Aquello sí que era sinceridad. Diana consideró la idea de decirle que ella tenía el mismo objetivo, pero se conformó con encogerse levemente de hombros.

—Está bien, puede que anoche yo tampoco pensara con mucha claridad. Pero lo de esta mañana es otra historia, Charlie.

La tensión que se había desatado entre ellos se aflojó. Y también el peso que le sujetaba a Diana los muslos contra la alfombra. Incorporándose, Diana recogió las rodillas bajo ella.

Charlie esperó a que se pusiera cómoda para retomar el hilo enredado de su conversación.

—Entonces, ¿por eso decidiste esta mañana que debíamos mantenernos alejados? ¿Pensabas que te había contado lo de que mi traje se había desintegrado para recompensarte por tu actuación de anoche en la cama?

Ella hizo una mueca al oír que lo expresaba de aquel modo, pero no podía negar que eso era exactamente lo que había pensado.

—Sí, en parte.

—¿Qué más hay?

—También creía honestamente que debíamos echar el freno. Habíamos dejado que... que esta atracción que sentimos se nos escapara de las manos. Teníamos que calmarnos, darnos tiempo para que recuperaras el equilibrio antes de...

—¿Antes de que me tiraras cabeza abajo? —la atajó él secamente.

Diana no pensaba disculparse por eso.

—Te he dado una buena lección, ¿eh?

—Sí, desde luego —Charlie le lanzó una mirada larga y pensativa

—. Se te da bien esto del espionaje, ¿eh?

Ella tampoco pensaba disculparse por eso.

—Ahora preferimos llamarlo «operaciones encubiertas», pero, sí, se me da bien. Y, si eso te causa algún problema, Charlie, te sugiero que intentes superarlo.

Él chasqueó los dedos.

—¿Así, sin más?

—Así, sin más.

Los ojos verdes de Diana se fijaron en los de él. Su expresión desafiante no dejaba lugar a dudas. Charlie intentó hacerse a la idea de que Diana había sido designada para protegerlo, a pesar de su firme convicción de que debía ser al revés. Le costaría algún tiempo acostumbrarse, pero lo intentaría.

—¿Sabes qué te digo? Intentaré dejar de comportarme como un tipo de los años cincuenta si tú dejas de fingir que podemos echarle el freno a esta atracción que sentimos el uno por el otro, como tú la llamas.

—Charlie, escucha...

—No, escucha tú para variar. Ya te dije esta mañana que no puedo encender y apagar lo que siento por ti como si fuera el interruptor de

la luz.

— ¡Ése es el problema! No sabes lo que sientes. Ni yo tampoco.

— Sé que es algo más que sexo, Diana.

Él aguardó pacientemente.

— Está bien, es algo más que sexo.

Pasándose los dedos por el pelo, Diana le lanzó una mirada impotente. El hecho de que ella tampoco pudiera controlar sus sentimientos actuaba como un bálsamo para el orgullo herido de Charlie, cuyo enfado se debilitó, sin apagarse del todo, permitiéndole escuchar pacientemente los argumentos que Diana empezó a desgranar como una letanía.

— Yo fui la primera persona a la que viste al despertar. Fui también quien te dio la noticia de que habías perdido unos cuantos años de tu vida. Y tú... tú te convertiste en un desafío personal para mí, Charlie. Perdí mi objetividad científica en algún momento durante el segundo o tercer día que pasé en la base de reanimación. A pesar de las lecturas del microscopio, a pesar de la falta de regeneración proteínica, me negaba a darte por perdido. Es natural que entre nosotros se desarrollara una... una especie de vínculo.

— ¿Eso crees?

— Estoy segura de ello.

— Pues siento decepcionarte, nena. Cuando desperté y me contaste esa historia absurda de que me había pasado todos esos años en el hielo, lo primero que pensé fue que formabas parte de un retorcido complot comunista. Estaba convencido de que pretendías lavarme el cerebro.

— ¿Y cuando superaste esa idea?

— Cuando superé esa idea, ya estaba enganchado.

La ira abandonó a Diana. Su boca se cerró y volvió a abrirse. Un murmullo ronco escapó de ella.

— Oh, Dios.

— Sí. Oh, Dios —alzando las manos, Charlie le agarró la cara. Su

pulgar describió un lento sendero sobre su labio inferior—. En una cosa tienes razón, Remington. Me aferré a ti. Te convertiste en mi salvavidas, en un faro que me guiaba por un mar desconocido. Incluso cuando no estaba seguro de confiar, me agarraba a ti como a un clavo ardiendo —su pulgar se deslizó de nuevo lentamente por el labio de Diana. Ésta contuvo el aliento cuando Charlie se inclinó y la besó suavemente. Cuando él alzó de nuevo la cabeza, su media sonrisa le produjo un leve dolor en el corazón—. Y ahora no sé si podría apartarme de ti, aunque quisiera.

Ella estuvo a punto de derretirse allí mismo. Sólo las objeciones que bullían en su cerebro le impidieron echarle los brazos al cuello y tumbarlo de nuevo de espaldas.

—Oh, Charlie, ¿es que no lo ves? Lo que sientes podría clasificarse como una intensa dependencia pasajera. La misma dependencia emocional que a veces desarrollan los rehenes respecto a sus secuestradores.

Una sonrisa iluminó los ojos de Charlie.

—Vamos, rubia. ¿De veras crees que no sé distinguir entre la desesperación y el deseo?

—No. Sí. ¡Oh, no sé! —confundida, lo intentó de nuevo—. No has tenido tiempo de encontrar tu sitio en el siglo XXI, y mucho menos de encontrar a otra mujer con la que compartir tus días... y tus noches.

—Eso es verdad —dijo él—, pero respecto a ese asunto tendrás que aceptar mi palabra. He vivido lo suficiente como para saber que no quiero a otra mujer. Lo que no sé es qué sientes al respecto a esta... ¿cómo la has llamado?... Esta situación tan intensa.

Charlie le había devuelto la pelota. Tal vez tuviera razón. En lugar de intentar analizar los sentimientos de él, quizá fuera el momento de escudriñar los suyos propios.

—Yo estoy en la misma situación que tú —asintió despacio—. Me hundo en la duda y la incertidumbre, y luego me remonto hasta

vertiginosas alturas de lujuria, deseo y...

¿Y amor? ¡No! Aquella maraña de emociones no podía ser amor.

¿O sí?

Él pareció leer la pregunta en los ojos de Diana. Su sonrisa se volvió traviesa.

—Menudo lío, ¿no?

—Sí.

—En fin, como parece que no tiene sentido saltar de una montaña rusa en marcha, lo mejor es que disfrutemos de los altibajos.

Inclinándose, depositó otro beso en la boca de Diana. Pero en aquel beso no había nada de tierno, ni de suave. Era duro, ávido y embriagador. Charlie alzó la cabeza y miró a su alrededor con fastidio.

—¿Tu amiga activó las cámaras ocultas antes de irse?

¡Oh, Dios! A Diana se le habían olvidado por completo las cámaras.

—Están encendidas —confirmó.

—Yo me ocuparé de ellas. El canal sesenta y dos, ¿no?

—Sí.

Charlie se levantó. O lo intentó. A medio camino, dejó escapar un gruñido. Todo su cuerpo quedó rígido.

—¿Charlie?

Pensando que había visto algo que había llamado su atención, Diana se levantó y miró rápidamente hacia atrás. Volvió a girarse en el instante en que Charlie se desplomaba, cayendo de espaldas por segunda vez en menos de veinte minutos. Tenía tensas líneas blancas alrededor de la boca. Gotas de sudor brotaban de su frente. Alarmada, Diana le puso una mano en la mejilla. Tenía la piel fría y pegajosa.

—Charlie, ¿qué ocurre?

La mirada turbia de los ojos de Charlie desapareció tan rápidamente como había aparecido.

—Supongo que antes me he dado un golpe más fuerte de lo que pensaba —dijo lentamente.

Diana se sintió culpable al recordar cómo se había tambaleado Charlie mientras bailaban en el muelle, la noche anterior. En aquel instante también habían aparecido líneas blancas en sus mejillas, pero él no le había dado importancia al incidente. Ni ella tampoco.

Maldiciéndose por ser tan tonta, Diana le alzó la muñeca y le tomó el pulso, que galopó bajo sus dedos unos instantes antes de hacerse progresivamente más lento.

—Será mejor que te sientes y descanses un rato.

—Estoy bien —insistió él, levantándose.

Diana se plantó delante de él.

—Conmigo no te hagas el duro. A ti te pasa algo y tenemos que averiguar qué es. ¿Cuántas veces te has mareado?

—Tres o cuatro.

—¿Por qué no se lo dijiste al médico de la base de Edwards?

—Porque no le di importancia —ella dejó escapar un soplo de disgusto—. Pilotar un U-2 suele producir mareos ocasionales —explicó él pacientemente—. La temperatura sube mucho en el interior del traje durante el despegue y el aterrizaje. Una vez en vuelo, te pasas nueve horas seguidas o más embutido en un traje de goma. No conozco a ningún piloto de U-2 que no estuviera un poco mareado y nadando en su propio sudor cuando salía de la cabina.

—Ahora no llevas el traje de vuelo —comentó ella ácidamente.

—Cierto, pero puede que cuarenta y tantos años en el hielo hayan producido toda clase de reacciones que empiezan a manifestarse ahora —ella no supo qué contestar a eso—. Después de despertar, pasé días confuso y desorientado —explicó él—. Si tuve algún mareo, me pasó inadvertido. La primera vez que me dio de verdad fue en el muelle.

Mordiéndose el labio inferior, Diana sopesó sus opciones. Lo primero que se le ocurrió fue meter a Charlie en el Hawk, volver a

toda prisa a Edwards y hacer que los médicos le echaran un vistazo. Luego pensó en agarrar el teléfono y averiguar por qué el médico de la base no le había mandado por e-mail los resultados de la primera batería de análisis, como había prometido.

Cuando le expuso las dos opciones a Charlie, éste eligió la segunda.

—Será mejor que sepamos qué dicen los análisis antes de perder los nervios.

Asintiendo, Diana se dirigió al dormitorio en busca del bolso que había dejado caer al lanzarse por la puerta corredera en pos de Charlie. Lo encontró en el suelo y sacó la tarjeta del médico. Tras comprobar en su ordenador portátil que la información no había llegado mientras paseaban por la playa, llamó a Edwards. No la preocupaba usar el teléfono fijo. Mackenzie se había asegurado de que sus llamadas no fueran interceptadas.

—Lo siento, señora —contestó con nerviosismo un técnico de laboratorio—. El doctor está con un paciente. Si me deja su número, le diré que la llame.

Irritada, Diana le dio el número del hotel.

—Dígale que necesitamos saber el resultado de los análisis del mayor Stone lo antes posible.

—Sí, señora.

El médico de la base devolvió la llamada veinte minutos después y se disculpó por no haberle enviado los resultados.

—Había una anomalía en los resultados de los análisis de sangre del mayor, así que hice que los repitieran.

Los dedos de Diana se crisparon sobre el teléfono.

—¿Qué clase de anomalía?

—Una de las muestras mostraba un alto nivel de oxígeno. Las otras, en cambio, presentaban índices normales. Me pareció extraño, de modo que decidí comprobarlo. He recibido el informe hace unos minutos. Espere un momento mientras le echo un vistazo.

Diana sintió que el cuello se le agarrotaba. Dando golpecitos con la punta del pie en la alfombra, agarraba el teléfono con la mano sudada y contaba los segundos.

—Bien, esto confirma los resultados del primer análisis —dijo el médico unos instantes después—. Los niveles de oxígeno en sangre son significativamente elevados en esa muestra, pero no en las demás.

—¿Cómo de elevados?

—Lo suficiente como para afectar a la densidad capilar. Los vasos sanguíneos tendrán que contraerse para contener el incremento del flujo de oxígeno hacia el cerebro.

—¿Eso podría provocar desmayos?

—Tal vez. ¿Por qué? —preguntó el doctor con interés—. ¿Se ha desmayado el mayor Stone?

—No, pero ha experimentado breves períodos de aturdimiento.

—Bueno, no veo razón para alarmarse por el momento, pero me gustaría mandarle el informe del laboratorio y las muestras de sangre a un amigo mío de la base de Brooks, en San Antonio.

Diana sabía que en Brooks se encontraba el centro de investigación médica de la Fuerza Aérea, una institución de reconocido prestigio mundial. Diana recordó que, al principio, el doctor Goode había recomendado que llevaran a Charlie a Brooks.

—El teniente coronel Murphy es nuestro principal experto sobre los efectos de la altitud en la oxigenación de la sangre. Si alguien puede decirnos algo sobre esa muestra, ése es Murph.

—Está bien, pero dígame que se ponga en contacto con usted en cuanto sepa algo, ¿lo hará?

—Desde luego.

Diana colgó, inquieta e insatisfecha. Quedaban todavía demasiadas preguntas sin respuesta. Echó una ojeada a su reloj y descubrió que eran más de las tres de la tarde. Las muestras de goma ya habrían llegado al laboratorio Lawrence Livermore, pero los

análisis que había pedido tardarían aún varias horas. Sin embargo, convenía meterles un poco de prisa.

Un instante después, habló con la doctora Sylvie Marquez-Jourdain, de soltera Sylvie Dalton-O'Neil. Diana y Sylvie habían compartido microscopio durante su segundo año en la facultad, antes de decantarse por especialidades distintas. Se habían mantenido en contacto durante toda la carrera, los tres matrimonios de Sylvie y el errático camino profesional de Diana.

—Ey, guapa —dijo Sylvie. Grandullona y feliz con sus más de ochenta kilos de peso, la bioquímica tenía un humor excelente—. He recibido tu paquete. Mis compañeros están haciendo trizas la goma. ¿Quieres que busquemos algo en especial?

—No. Sólo necesito saber por qué se deshizo el material. Y deprisa, Syl.

—¿Cuándo fue la última vez que necesitaste algo despacio? —dijo su amiga con sorna.

—Tú llámame en cuanto tengas algo, ¿de acuerdo?

—Lo haré, lo haré.

Después, no quedó nada que hacer, salvo esperar.

A Charlie le costó menos trabajo que a Diana. Inquieta y preocupada por el estado físico de Charlie, ella mató el tiempo lavando sus pantalones y su camiseta, que el salitre había dejado tiesos durante su paseo de esa tarde. Tendió la ropa de la barra de la ducha y salió del baño vestida con las últimas prendas que había comprado durante su breve parada en el centro comercial. La blusa de algodón gris y las mallas eran suaves y finas como susurros, perfectas para protegerla de la brisa que soplaba del mar.

Charlie fijó la mirada en el contorno de su hombro, que el cuello de la amplia y cómoda blusa dejaba al descubierto. Diana lo conocía lo bastante como para saber que el brillo de admiración que apareció en sus ojos azules se debía tanto a la ausencia de sujetador como al corte elegante e informal del blusón. Y él la conocía a ella lo bastante

como para saber que debía evitar cualquier comentario al respecto, de modo que se limitó a decir que había pedido la cena al servicio de habitaciones.

—Ahora veremos qué tal funciona el sistema de seguridad.

El sistema funcionó perfectamente. Los sensores exteriores dispararon la alarma silenciosa. Las cámaras registraron la llegada de la camarera con su carrito de ruedas.

Comieron en la terraza, presenciando otro magnífico atardecer. Mientras el sol ardía, rojo y dorado, Charlie dio buena cuenta de su lubina. Fuera cual fuera la razón de sus mareos, no le había quitado el apetito, pensó Diana mientras jugueteaba con su asado de pargo.

—¿No tienes hambre?

—No mucha —miró el plato vacío de Charlie—. Tú, en cambio, tenías mucha.

—Los pilotos de U-2 aprendemos enseguida que nunca hay que dejar pasar una comida. Algunas veces nos pasábamos diez o doce horas sin comer.

—Háblame de eso —le pidió ella, dejando a un lado el tenedor—. Cuéntame cómo era una de tus misiones.

Él vaciló, reacio aún a revelar detalles precisos sobre una operación que había jurado mantener en secreto.

—La preparación del vuelo duraba casi tanto como el vuelo en sí —dijo finalmente—. Llevábamos a cabo el procedimiento habitual anterior al vuelo, estudiábamos los pronósticos del tiempo, recibíamos informes de inteligencia... Luego, tras informar a Apoyo Vital, nos desnudábamos y empezábamos a vestirnos.

—He leído que no os permitían llevar ninguna identificación, ni etiquetas que pudieran identificaros como americanos.

—Nos quitaban hasta las etiquetas de los calzoncillos.

—Estoy segura de que eso desconcertó completamente a los soviéticos cuando Powers fue derribado —dijo Diana solemnemente.

—Eh, eso díselo a la CIA.

—Esos aficionados... —resopló ella—. Continúa.

—Una vez vestidos, nos pasábamos una hora de brazos cruzados mientras bombeaban oxígeno puro a través de nuestro equipo de supervivencia.

—¿Para aclimataros al oxígeno puro que salía del respiradero durante el vuelo?

—Exacto. Yo odiaba esa hora de inactividad, pero sabía que era necesaria para evitar el mareo de la descompresión.

¡El mareo de la descompresión!

Diana se irguió en la silla. Su mente empezó a girar frenéticamente, con un clic casi audible.

Ella sabía, gracias al brutal entrenamiento de evasión submarina al que eran sometidos los agentes del equipo OMEGA, que la rápida reducción de la presión ambiental podía hacer que se formaran burbujas de nitrógeno en la sangre. Esas burbujas, o cuentas, como las llamaban los buceadores, producían un estado potencialmente mortal de aturdimiento y mareo. Pero, en su forma más benigna, el gas nitrógeno formaba el setenta y ocho por ciento de la atmósfera terrestre. Todos los seres vivos necesitaban nitrógeno para vivir. El nitrógeno, un gas relativamente estable, estaba compuesto por dos átomos unidos por un enlace triple y estable. Una vez separados, esos átomos formaban el «amino» de los aminoácidos: el componente principal del ADN, el ARN y las proteínas.

Romper el enlace era la clave. Eso sólo ocurría a temperaturas extremadamente altas. O gracias a una bacteria fijadora del nitrógeno.

De pronto, todas las piezas del rompecabezas encajaron en su lugar: las lecturas erróneas del microscopio láser que el doctor Goode había hecho enviar al Ártico; la lenta regeneración proteínica de las células sanguíneas de Charlie; sus mareos; incluso sus inexplicables niveles de oxígeno.

¡Maldición! La respuesta había estado delante de sus narices todo

el tiempo, y ella no se había dado cuenta.

—Tengo que llamar a mi amiga del Lawrence Livermore.

Levantándose de un salto, corrió al teléfono.

Capítulo 12

—Sylvie, soy Diana. ¿Has...?

—Es una bacteria —dijo su amiga triunfalmente—. Una variedad rara del complejo microbiano fijador del nitrógeno. He encontrado rastros en las muestras que me mandaste.

—¡Lo sabía!

Se produjo un silencio pensativo al otro lado de la línea. Sylvie lo rompió con un soplido de fastidio.

—Demonios, chica. Si sabías qué era lo que tenía que buscar, podías habérmelo dicho desde el principio y me habría ahorrado unas cuantas horas de laboratorio.

—Acabo de descubrirlo hace unos segundos, Syl. Escucha, has dicho que es una variedad rara. ¿Cómo de rara?

—Lo cierto es que es una mutación. Que yo recuerde, ésta en concreto fue desarrollada originalmente como parte de un intento experimental de acelerar la transformación del nitrógeno en amoníaco.

—Para acelerar así la generación de aminoácidos y proteínas en organismos vivos —murmuró Diana.

—Exacto.

—¿Sabes quién la desarrolló?

—Tendría que estudiar ese bichito detenidamente antes de darte una respuesta definitiva, pero creo que fue creada en un laboratorio de aquí, de California. Recuerdo haber leído que el Ejército se la apropió para usarla en sus primeros estudios sobre armas biológicas.

La certidumbre de que Charlie tenía razón le produjo a Diana un malestar en la boca del estómago. Los trabajos tempranos del doctor

Goode habían contribuido decisivamente al programa de armas biológicas del Ejército. Y el profesor Goode había sido profesor adjunto en la universidad de Los Ángeles durante los años que trabajó en el programa de los U-2.

Diana tenía que acceder a esos archivos de la CIA. Haciendo un esfuerzo, sintonizó de nuevo lo que estaba diciendo Sylvie.

—Este bichito era demasiado volátil hasta para esos tipos de la guerra bacteriológica. Armaba una escabechina con los gases sanguíneos de los organismos vivos, pero el efecto era transitorio. Demasiado transitorio para hacer de él un arma eficaz, en cualquier caso.

¡Bingo! Eso explicaba las esporádicas elevaciones en los niveles de oxígeno de la sangre de Charlie. Las mutaciones microbianas que había respirado durante su último vuelo seguían aún en su sangre. Al igual que Charlie, habían permanecido dormidas desde que su circulación sanguínea se detuvo y su cuerpo se heló. Ahora habían vuelto a la vida.

—¿Cuál es el ciclo vital de esa variedad? —preguntó Diana con urgencia.

La mayoría de las bacterias comunes que ella conocía vivían entre dos horas y dos semanas.

—Unos doce días, que yo recuerde, pero déjame que lo compruebe y vuelvo a llamarte.

Diana colgó un instante después. El corazón le palpitaba como un tambor. Doce días... ¿Cuántos días habían pasado desde el despertar de Charlie? Hizo un cálculo mental y concluyó que faltaban dos días para que se cumplieran los doce. ¡Oh, cielos! ¿Y si la bacteria estaba alcanzando su período de mayor actividad? ¿Y si absorbía el nitrógeno del aire y hacía que se formaran burbujas en la sangre de Charlie? ¿Y si sufría un ataque y se moría delante de ella?

—¿De qué hablabais?

Girándose, Diana miró al hombre que permanecía junto ella. El

miedo que la atravesó en un destello cegador disparó al instante una reacción en cadena. Como científica, Diana sabía que había perdido toda objetividad respecto al mayor Charles Stone. Como mujer, sabía que fuera lo que fuese lo que sentía por él, había sobrepasado el punto de la lujuria y se estaba deslizando peligrosamente hacia un amor feroz y desesperado.

Sólo la agente secreta conservaba una apariencia de dominio sobre sus emociones. Aferrándose a su entereza con uñas y dientes, Diana respondió con la mayor calma de que fue capaz.

—Sabemos qué es lo que se comió los sellos de goma de tu traje presurizado... y qué está cansando tus mareos.

Él alzó una ceja, intrigado.

—Algo me dice que no me va a gustar lo que voy a oír.

—Es un bicho. Una mutación microbiana.

—Tenía razón. No me gusta.

—A mí tampoco.

Diana le relató lo que Sylvie había descubierto utilizando en lo posible términos del lenguaje corriente. Por suerte, la formación y la experiencia de Charlie como piloto de altitudes elevadas lo había familiarizado hasta cierto punto con la dinámica de los gases atmosféricos.

—No entiendo por qué no encontramos ni rastro de esa bacteria en las muestras serológicas que tomamos en la estación oceanográfica —mordiéndose el labio inferior, Diana repasó las alternativas—. Puede que estuviera en estado latente. O quizá contenida en ciertas células madre, como algunos virus. Creo que lo más plausible es que sólo se activara cuando recuperaste por completo las funciones circulatorias. Pero apuesto a que aparece en la muestra de sangre que el cirujano de Edwards ha mandado a Brooks. En cualquier caso, conviene que volvamos a la base para poder seguirle la pista a ese condenado bicho.

Diana echó a andar hacia el dormitorio con intención de embutir

sus cosas en las bolsas de la compra y llevar a toda prisa a Charlie al hospital. Pero Charlie la detuvo.

—Espera un momento. Sabemos que esa bacteria hizo que fallara mi sistema de supervivencia, pero no sabemos cómo entró en el sistema.

—Ya nos preocuparemos de eso más tarde, Stone. Ahora lo que me preocupa es tu salud. Vamos a volver a la base.

—Negativo, Remington. No vamos a ir a ninguna parte hasta que sepamos cómo se metió una bacteria mutante desarrollada en un laboratorio de California en un avión que estaba en Turquía.

—¡Pero eso podría llevarnos días!

Él apretó la mandíbula.

—Da igual.

—Sé razonable, Charlie. Tendríamos que trazar el itinerario completo que siguió el equipamiento de supervivencia de tu U-2 desde el momento en que salió de la planta de Lockheed hasta el instante en que llegó a Turquía.

—Tu amiga dijo que tu jefe había conseguido la cooperación de la CIA para recuperar ciertos archivos. Sólo habrá que añadir unos cuantos documentos a la lista de los que ya se han solicitado.

—¡Unos cuantos! A menos que los de la CIA lo hayan guardado todo en archivos informáticos, necesitarán un camión para trasladar todas esas cajas de documentos.

—Eso es problema suyo. Ya que estás en ello, pídele a tu amiga que compruebe el paradero actual de Irwin Goode. Puede que decida hacerle una visita al eminente doctor.

—Por encima de mi cadáver —masculló Diana, pasándose una mano por el pelo. Dio una vuelta por la habitación para ordenar sus ideas y luego se detuvo en seco.

Una máscara había caído sobre el rostro de Charlie, dejándolo tenso y desencajado. El miedo subió por el espinazo de Diana como un gato siseante con el lomo erizado y los colmillos desnudos.

—¿Te encuentras mal?

Con la mandíbula tensa, él profirió una sola sílaba.

—No.

—Entonces, ¿qué...?

—Lo siento, Diana. ¡No lo había pensado, maldita sea!

—¿De qué estás hablando?

—De tu cadáver.

—¿Cómo?

Ignorando su pregunta, Charlie la agarró del brazo y la llevó apresuradamente hacia la puerta.

—Olvídate de las cosas del dormitorio. Volvemos a la base.

—¡Charlie, por favor! ¿Qué te ha entrado ahora?

—Un bicho —gruñó él—. Una bacteria mutante. Y hay muchas posibilidades de que te haya contagiado a esa pequeña bastarda.

Diana comprendió de pronto a qué se refería, y sintió un tumulto de emociones confusas. Pena. Comprensión tardía. Un levísimo toque de miedo. Y, dominando a todas las demás, la certeza de que Charlie no había dado importancia a los efectos que la bacteria podía causar en su propio sistema pulmonar y que, sin embargo, la idea de que pudiera haberla infectado a ella le producía sudor frío.

—¡Espera un momento! —Diana hincó los talones en el suelo—. Déjame pensar en todo esto.

—No hay nada que pensar. Hay que llevarte al hospital para que los doctores analicen tu sangre.

—Espera un segundo, ¿quieres?

Él apretó la mandíbula de un modo al que Diana empezaba a acostumbrarse. Parecía dispuesto a echársela al hombro. Diana asumió rápidamente su papel de científica.

—Estoy de acuerdo en que debemos regresar a la base —dijo con convincente serenidad—, pero no porque me preocupe que me hayas contagiado el bicho a mí, ni a nadie. Consideremos los hechos. Estuve contigo seis días antes de que despertaras, Charlie, y todos los

días desde entonces. Hemos tenido contacto físico íntimo cierto número de veces, y no he experimentado episodios de mareo, ni otros síntomas extraños.

Eso no era completamente cierto, claro. Desde el momento en que el mayor Stone había abierto los ojos y había clavado en ella su mirada azul, Diana había experimentado toda clase de síntomas extraños, incluyendo momentos de excitación sexual tan intensa que había estado a punto de desmayarse.

—También has tenido contacto con otras personas —continuó, apartando a un lado el recuerdo de sus horas en brazos de Charlie—. Y nadie ha informado de que se sintiera mal o sufriera mareos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque toda la operación de reanimación se realizó en absoluto secreto y siguiendo un protocolo específico. Los miembros del equipo saben que deben informar de cualquier síntoma sospechoso. Al igual que el personal que te trató en Edwards.

El miedo y la culpa que atravesaban como cuchillos las entrañas de Charlie se tomaron un descanso el tiempo suficiente para que él asimilara los argumentos con que Diana intentaba tranquilizarlo.

—Está bien —dijo despacio—. Supongamos que no te he contagiado la bacteria. ¿Quién dice que no puedo hacerlo todavía?

—No hay ninguna garantía, desde luego, pero teniendo en cuenta que anoche hicimos de todo, menos meternos en la piel del otro, sin repercusiones aparentes, yo diría que las posibilidades de contagio son muy escasas.

—Muy escasas me sigue pareciendo poco.

La sola idea de haberle contagiado a aquella mujer brillante y vivaz una bacteria mutante le hacía correr un hilillo de sudor frío por la espalda. No tenía miedo por sí mismo. Había volado en muchas misiones de combate y se había subido a la cabina de muchos aviones de pruebas. Como la mayoría de sus compañeros pilotos, había aprendido a calcular las probabilidades de supervivencia y a

ignorarlas conscientemente después. Pero añadir a Diana a la ecuación daba al traste con todos sus cálculos. Cerró los puños. Hacía mucho tiempo que no rezaba. En realidad, hacía más de cuarenta y cinco años. Sin embargo, de pronto se halló rogándole al poder superior que había preservado su cuerpo en el hielo que extendiera un escudo protector semejante alrededor de Diana.

Lanzándole una mirada vivaz, el objeto de sus plegarias atrajo de nuevo su atención.

—Inhalaste esa bacteria con el oxígeno que bombeaba tu sistema de supervivencia. Parece que fue absorbida a través de los pulmones por la corriente sanguínea. A no ser que alguien haya bombeado más bacterias en el aire que me rodea, hay muy pocas posibilidades de que hayan penetrado en mis pulmones.

Diana estaba quitándole importancia al asunto. Charlie no necesitaba un doctorado en biología para saberlo. Pero la calma de Diana produjo el efecto deseado. Charlie abrió lentamente los puños.

—Está bien, casi me has convencido.

Ella dejó escapar un suspiro de alivio.

—Me alegro.

—Casi —para su profundo disgusto, la mano que alzó para tocar el cuello de Diana temblaba como una hoja—. No podría perdonármelo nunca si te causara algún daño, Diana.

—¿De veras? —ella echó un poco hacia atrás la cabeza hasta que quedó apoyada levemente contra la mano de Charlie. Bajo la franja de sus pestañas negras, sus ojos relucían, verdes y gatunos—. ¿Lo dices en sentido físico o metafísico?

—En ambos.

Charlie aguardó, esperando en parte, y en parte temiendo, que ella respondiera.

—Es curioso —el suave murmullo de Diana hizo que a Charlie se le erizara levemente la piel—. Yo estaba pensando algo parecido hace un momento.

Diana no estaba preparada para decirlo en voz alta. Ni él tampoco. Pero no hacía falta. El lento calor que se transmitía de la piel de Diana a las puntas de los dedos de Charlie lo decía todo.

Charlie se había enamorado una vez, o eso creía. La linda enfermerita del Ejército a la que había cortejado y con la que se había comprometido en un romance breve y apasionado, había regresado a casa y se había casado finalmente con su novio del instituto. Charlie apenas recordaba su nombre, y mucho menos su cara.

Sus dedos se crisparon sobre la carne suave de Diana. ¡Deseaba tanto besarla! Le costó un gran esfuerzo apartar la mano y alejarse de ella.

Se sentía como si estuviera soltando su salvavidas y lanzándose de un nuevo a un mar oscuro y helado. Sólo podía rezar por que ella estuviera otra vez allí, sonriéndole, si volvía a despertar.

—Hagamos una cosa —dijo, intentando dominar la sensación de pérdida que experimentaba—. Si, como dices, no hay peligro inminente de que te contagie, volveremos a la base... pero de camino haremos una breve parada.

—¿Dónde?

—En la planta de Lockheed en Burbank. Sólo tenemos que desviarnos unos kilómetros.

—Pero...

—Sólo una parada corta.

—Charlie...

—Lockheed desarrolló y fabricó los U-2, Diana. Seguramente subcontrataron la fabricación del equipo de supervivencia, pero Kelly Johnson habrá guardado todos los archivos de producción de sus Skunk Works. Johnson nunca desvelaba todas sus cartas. Si el programa fue desclasificado, puede que todavía pueda mover algunas cuerdas y conseguir acceso a...

—La planta de Burbank cerró hace años, Charlie.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

—¡No puede ser! La división aeroespacial de Lockheed fabricaba algunos de los mejores aviones del mundo.

—Que yo sepa, todavía sigue haciéndolo —le aseguró Diana—. Pero los costes inmobiliarios se dispararon en Los Ángeles en los años sesenta y setenta, y la Lockheed trasladó su fábrica a Marietta, Georgia. Las Skunk Works se trasladaron a la Planta 42 de la Fuerza Aérea en Palmdale. Recuerdo que lo leí en el *dossier* que me dieron sobre el programa U-2.

Charlie sintió una oleada de alivio casi palpable. No le gustaba imaginarse un mundo sin el genio creativo de las famosas Skunk Works de Clarence Kelly Johnson.

Tanto Johnson como las Skunk Works eran iconos de su época. Con un armazón endeble hecho con cajas de embalaje a modo de paredes y una carpa de circo como techo, aquella instalación había sido montada originalmente durante la Segunda Guerra Mundial para diseñar y construir un nuevo caza para el Cuerpo Aéreo de la Armada. Las medidas de seguridad que rodeaban el nuevo proyecto eran tales que los demás empleados de la Lockheed no podían evitar preguntarse qué estaba tramando Johnson. La inevitable comparación con el jugo Kickapoo de la felicidad fabricado por los personajes de cómic de las Skunk Works de Andy Capp hizo fortuna, y el nombre prosperó.

Charlie entró en contacto con Johnson por primera vez a mediados de los cincuenta, cuando el dinámico ingeniero diseñó y construyó el primer U-2 en sólo ocho meses. En opinión del mayor Stone, el *Dragon Lady* era el mayor logro de Johnson. Y, conociendo a Kelly Johnson, sus archivos serían mucho más completos y detallados que los de la CIA.

—¿Dónde está Palmdale? —preguntó Diana.

—Si tomamos una ruta diferente para volver a Edwards, nos pilla de camino.

—¿Qué te decía yo? —por primera vez ese día, Charlie se sentía como si por fin todo fuera por el buen camino—. Recojamos las cosas y pongámonos en marcha.

Una rápida llamada a OMEGA notificó a la sede central la razón de su traslado. Mackenzie, que acababa de regresar a Washington, prometió alegremente mandar a alguien para recuperar los sensores y las cámaras. También se comprometió a avisar a Rayo del cambio de planes.

Hecho esto, Diana se reunió con Charlie en el dormitorio. Recogieron la ropa que habían comprado y usado durante los días anteriores y llenaron a rebosar las bolsas de papel. Las asas de una se rompieron y el fondo de otra cedió cuando Diana metió sus pantalones y su camiseta todavía mojados.

—Espera —le dijo a Charlie mientras él recogía sus cosas de aseo y se disponía a guardarlas en su bolsa de lona—. He visto algunas bolsas de basura debajo del fregadero de la cocina —regresó con una caja de bolsas de plástico y le lanzó un par—. No son muy elegantes, pero servirán.

Divertido, Charlie frotó el plástico, fino como una membrana, entre sus dedos.

—¿Cuándo inventaron esto?

Diana hizo una pausa, sorprendida. Charlie se había acostumbrado tan suavemente al mundo tal y como ella lo conocía, que Diana tendía a olvidar que se había perdido casi medio siglo.

—No lo sé. A principios de los ochenta, creo.

—Asombroso.

—No te lo parecería si trabajaras en una planta de tratamiento de residuos sólidos. Esa cosa no es biodegradable. No se descompone —explicó—. Como resultado de nuestra dependencia de los productos de plástico, esta generación está a punto de quedar sepultada en su propia basura. Pero eso ya te lo explicaré otro día —metiendo la ropa mojada en una de las bolsas, Diana embutió el resto de sus cosas en

otra—. ¿Listo?

Charlie le echó un rápido vistazo a la habitación. Su mirada se posó un momento en la cama. Cuando los ojos de ambos volvieron a encontrarse, Diana percibió anhelo y aflicción en los de Charlie.

—Superaremos esto —prometió—. Juntos. Y, cuando acabe, volveremos a este pequeño escondite a acabar lo que empezamos.

Una sonrisa cruzó la cara de Charlie.

—Sin cámaras.

—Exacto.

Estaban en mitad del sendero de veneras aplastadas, de camino al coche aparcado a la luz de la luna, cuando las alarmas internas de Charlie se dispararon. Ignoraba qué las había hecho saltar. Tal vez fuera la extraña quietud de la noche por debajo del incesante murmullo del mar. O sencillamente la percepción afilada de un hombre que siente el peligro que amenaza a su compañera.

Su mandíbula se tensó. Sus músculos se envararon. Achicando los ojos, aminoró el paso y escudriñó las rocas a ambos lados del camino.

—Vuelve a la casa —dijo suavemente.

—¿Qué...?

—Ahora, Diana.

De pronto, ella también se quedó rígida. Se giró y lanzó una dura mirada que barrió la arena aplastada al tiempo que una figura encorvada y oscura salía de detrás de una de las afloraciones de roca, a unos metros de distancia.

Charlie lo reconoció al instante. Los hombros caídos y el festón de pelo blanco del científico lo hacían inconfundible. Y la mano que llevaba metida en el bolsillo de la americana lo hacía infinitamente peligroso.

Capítulo 13

—¡Doctor Goode! ¿Qué está haciendo aquí?

Diana se hizo la tonta mientras escrutaba a la figura que permanecía de pie entre las sombras, a unos metros de distancia. No veía ningún arma, pero la mano metida en el bolsillo de la chaqueta la convenció de que no debía hacer ningún movimiento precipitado.

—Parece sorprendida de verme —contestó el científico—. No entiendo por qué. Ha estado haciendo preguntas sobre mi trabajo en el programa inicial de los U-2. Sin duda habrá adivinado usted que querría contestar a sus preguntas en persona.

—No sé de qué está hablando.

—Vamos, vamos, Diana. No se consigue el estatus que yo he alcanzado en mi profesión sin adquirir al mismo tiempo buen número de acólitos. Un joven que se formó conmigo trabaja ahora en la CIA. No podía decirme, naturalmente, quién había pedido copias de mis primeros estudios, pero pensó que me gustaría saber que mi obra seguía suscitando interés. Me ha costado algún tiempo averiguar que esas preguntas procedían de usted.

—¿Cómo nos ha encontrado? —preguntó ella, abandonando todo fingimiento.

Notó que Charlie se apartaba de ella y adivinó al instante que intentaba distraer la atención de Goode... o atraer hacia sí el peligro.

—Fue bastante difícil —admitió el anciano científico—, pero finalmente conseguí localizar el punto de origen de un correo electrónico que le mandó usted a un colega del Instituto Harrell.

Otro movimiento casi imperceptible hizo temer a Diana que Charlie hiciera algo noble o estúpido, como ponerse a tiro para

salvarla a ella.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó, intentando atraer la atención de Goode.

—Sin duda es obvio. Quiero... Por favor, mayor Stone, le ruego que se esté quieto.

—¿Y si no lo hago?

—Entonces, me temo que me veré obligado a tomar una medida drástica que preferiría evitar.

El premio Nobel sacó la mano del bolsillo con evidente repugnancia. Diana esperaba ver una pistola. En realidad, habría preferido ver un arma antes que el fino tubo de cristal que Goode sostenía en la mano manchada por la edad.

El aliento de Diana escapó en un siseo.

—¿Eso es lo que creo?

—Dudo que esté familiarizada con este derivado en particular, doctora Remington. El Ejército controla estrictamente toda la información concerniente a la micotoxina T-4.

—¿Qué demonios es eso? —gruñó Charlie.

—Un agente bacteriológico que se transmite por el aire —explicó Goode con suave paciencia—. Un derivado considerablemente más poderoso de la micotoxina T-2, conocida en los años setenta como «lluvia amarilla».

— La T-2 fue prohibida por el Tratado de Armas Biológicas de 1975 —masculló Diana—. En su forma más benigna, inhibe la síntesis de ADN, ARN y proteínas. Su forma más virulenta causa vómitos y diarreas casi instantáneos, seguidos rápidamente por hemorragias y asfixia. Yo... —tomó aire, intentando calmarse—. Ni siquiera sabía que existiera un derivado T-4.

—Fue desarrollado hace unos años —dijo Goode—. Únicamente con propósitos científicos, por supuesto.

—Por supuesto.

—Odiaría tener que romper el tubo de ensayo aquí. Esta brisa

podría arrastrar la bacteria hasta alguna de las casas cercanas del hotel. ¿Qué les parece si entramos?

Diana le lanzó una rápida mirada a Charlie. La luz de la luna esculpía su cara en planos y ángulos toscos, pero Diana advirtió en sus ojos ensombrecidos los mismos pensamientos que cruzaban a toda velocidad su cabeza.

Tiempo. Necesitaban tiempo. Convencer a Goode de que abandonara sus descabellados propósitos, fueran cuales fuesen. Colocarse en posición de contraataque sin darle tiempo a romper el tubo de cristal que sujetaba.

—Caminen hacia atrás, se lo ruego, manteniendo las manos donde pueda verlas.

Retrocedieron torpemente, pisoteando las veneras machacadas, golpeándose las rodillas con las bolsas de basura. El bramido del océano ensordecía cualquier otro sonido. Los acantilados rocosos cubiertos de líquenes les impedían ver la playa que se extendía más abajo. Era como si el mundo se hubiera encogido hasta quedar reducido a aquel sendero estrecho y bañado por la luna y a las tres personas que caminaban por él.

Cuando llegaron al pequeño pórtico que precedía al bungalow, los nudillos de la mano con que Charlie sujetaba las bolsas se pusieron blancos. Diana adivinó que estaba midiendo la distancia, preparándose para tirar una de las bolsas.

—Nada de heroidicidades, mayor. La doctora Remington y usted deben morir, me temo, pero ¿de veras quiere que esta bacteria se difunda en el aire y de ese modo arrastrar con usted a la muerte a un número indeterminado de civiles inocentes? —dijo Goode con tal calma, con tal ausencia de inflexión en la voz que a Diana se le heló la sangre en las venas. Entonces comprendió que no habría negociación. Tan sólo una muerte dolorosa, aunque piadosamente rápida.

—Usted es diestra, ¿verdad, Diana? Por favor, saque la llave de su

bolso o de su bolsillo con la mano izquierda y abra la puerta.

Cambiándose las bolsas a la mano derecha, Diana metió la izquierda en el bolso. El gesto le permitió angular unos cuantos grados el hombro, apartándose de Goode. No lo suficiente para bloquearle la vista y ponerlo nervioso hasta el punto de cometer una acción precipitada, pero sí lo justo para rozar con los dedos el reloj sujeto a su muñeca derecha al sacar la llave. Un rápido apretón activó el transmisor del cronómetro.

—No se saldrá con la suya —dijo, alzando la voz lo suficiente como para que se oyera sobre el oleaje y alertara a quien estuviera en el control central. Esperaba que fuera Mackenzie. ¡Por favor, que fuera Mackenzie! Metiendo con nerviosismo la llave en la ranura, dijo mirando hacia atrás—: Si el mayor Stone y yo morimos por envenenamiento de micotoxina T-4, todas las sospechas recaerán sobre usted, doctor Goode.

Él aguardó a que Diana abriera la puerta y volviera a entrar en la casa para contestar. La gruesa moqueta gris, la cálida madera y el quimón verde y rosado no parecían tan acogedores cuando Diana y Charlie se movieron hacia el centro del cuarto de estar. Goode permaneció, sombrío, junto a la puerta abierta.

—No veo por qué razón iban a sospechar de mí —contestó con calma—. Aunque colaboré con el Ejército en el desarrollo de la T-2, no tomé parte activa en el diseño de los derivados siguientes. Si me consultan sobre sus muertes, diré que, en mi opinión, sufrieron ambos los espantosos efectos de la bacteria mutante que contiene la sangre del mayor Stone.

La ira fluía, caliente y fiera, a través de Diana, fundiendo el hielo que se había formado en sus venas.

—¿Sabía lo de la mutación?

—Localicé la irregularidad dos días después de llegar a la estación oceanográfica. Fue un gran desafío para mi ingenio ocultársela a usted y a los demás miembros del equipo de reanimación.

—¡Maldito bastardo! —escupió ella.

La mirada de Goode se posó en Charlie. Su rostro avejentado mostraba una aflicción sincera.

—Por más que me duela destruir un espécimen al que la naturaleza ha preservado milagrosamente, no puedo permitirle vivir. Sabía que estaba usted al corriente de las pruebas que dirigí sobre los efectos de la superoxigenación. Pero ignoraba si sabía que había continuado los análisis después de que la CIA los diera oficialmente por terminados.

—Harry Simmons sabía que algo estaba pasando —dijo Charlie con los dientes apretados.

—¿Harry Simmons? Ah, sí, su amigo, el ingeniero de la Lockheed que trabajó con nosotros en el programa inicial. Qué lástima que un hombre de su talento padezca Alzheimer, ¿verdad?

—Harry me escribió a Turquía. Como el programa era altamente secreto, no podía decir claramente lo que pensaba. Sólo me insinuó que revisara el sistema de filtración del oxígeno en cuanto tuviera ocasión —su mandíbula se tensó. La fuerza de su ira sacudió las bolsas de plástico que todavía sujetaba en las manos—. Recibí la carta antes de despegar en mi último vuelo.

—Luego desapareció usted y yo interrumpí mis experimentos de inmediato —dijo Goode con tristeza—. Debe comprender que no era mi intención perjudicar a ninguno de nuestros pilotos. Tan sólo quería ampliar nuestros conocimientos sobre cómo interactúan el oxígeno y el nitrógeno en altitudes elevadas con respecto a la síntesis de las proteínas en el cuerpo humano —se volvió hacia Diana, suplicándole comprensión—. Sin esos experimentos, tal vez nunca hubiéramos desvelado los secretos del ADN y de la secuencia genética.

Diana temblaba de indignación.

—No se atreva a disfrazar de investigación lo que hizo.

Un leve toque de hastío se filtró la voz del anciano.

—Por favor, nada de histrionismos, querida. En la ciencia no hay sitio para ellos.

La mirada horrorizada de Diana se clavó en el brazo que alzó Goode.

—¡Espere!

—Me temo que no puedo permitir que desacrediten el trabajo de toda una vida —dijo con sincera aflicción—. Y, aunque me repugne comparar mi contribución a la ciencia con la suya, debe usted comprender que el ganador de un premio Nobel, y particularmente uno al que le queda tan poco tiempo como a mí, no puede pasarse sus últimos y preciosos años de vida respondiendo a preguntas sobre sus primeros experimentos.

—Va usted a pasar sus últimos y preciosos años de vida entre rejas —siseó Diana, pensando en decirle que cada una de sus palabras había sido transmitida al cuartel general de OMEGA. Pero, antes de que pudiera proferir otra sílaba, Goode giró el brazo.

Las bolsas de basura cayeron al suelo. Por el rabillo del ojo, Diana vio un borrón de movimiento mientras Charlie hurgaba en su bolsa de lona y sacaba el Colt.

El disparo sonó en el mismo instante en que el frágil científico lanzaba el tubo de ensayo, que describió un amplio arco. Goode se tambaleó hacia atrás. Se agarró al pomo de la puerta. Salió a trompicones y tiró de la puerta, cerrándola tras él. El portazo casi sofocó el tintineo del cristal rompiéndose.

Paralizada, Diana vio que el tubo de ensayo se estrellaba contra la pared que separaba la cocina del cuarto de estar. Antes de que pudiera respirar o pensar, Charlie la agarró por la cintura, la levantó en volandas y la lanzó literalmente hacia el dormitorio. Luego saltó en pos de ella y cerró la puerta de una patada a su espalda.

Diana se levantó pataleando. No tenía que mirar por las ventanas para saber que por allí no podían escapar. La playa rocosa se extendía cuarenta y cinco metros más abajo. La terraza, por cuyos soportes

podrían haberse descolgado, daba al cuarto de estar. Jadeando, Diana se volvió hacia Charlie.

—La puerta no impedirá que entre la bacteria.

—No, pero tal vez lo retrase el tiempo suficiente para que te protejas.

Agachándose junto a su bolsa de lona, Charlie abrió frenéticamente la cremallera. Diana comprendió con un destello cegador que Charlie pretendía salvarla si podía, sin pensar en sí mismo. En el mismo destello cegador, reconoció dos verdades inmutables: que amaba a Charlie con cada átomo de su ser y que no tenía intención de meterse en el traje presurizado de Charlie y verlo morir.

—Los precintos de goma se han desintegrado —masculló él—, pero puede que pueda meter tu ropa mojada alrededor de la juntura del casco y...

—¡No!

Diana lo agarró frenéticamente de las manos. Desasiéndose, Charlie sacó el traje.

—¡Póntelo!

—¡No, Charlie! Tengo una idea mejor. Las bolsas de basura pueden protegernos a los dos. Ven conmigo.

Agachándose, agarró la caja de bolsas de basura y corrió al cuarto de baño.

—¡Diana...!

—¡Agarra dos toallas!

Durante los segundos que siguieron, Diana vivió una vida entera. Dos vidas enteras. La suya y la de Charlie. Si aquello no funcionaba... Si su cálculo sobre la densidad de los polímeros del plástico era erróneo... Si no cabían los dos dentro...

Sacando dos bolsas, metió una dentro de la otra.

—¡Necesitamos dos más! ¡Deprisa!

Él apretó la mandíbula y sacó dos bolsas. Cuando se dio la vuelta,

Diana estaba ya de pie en el plato de la ducha, con un pie dentro de las dos bolsas. Saltando, introdujo el otro pie y mantuvo abiertas las bolsas para que Charlie se metiera con ella.

—Métete dentro.

—No hay sitio. Quédate tú y yo...

—Métete dentro, maldita sea.

El pie de Charlie aterrizó sobre el de Diana, pero ella no tenía tiempo para quejarse. Alzando la otra pierna, dejó sitio para el pie de Charlie y luego apoyó los suyos sobre las pesadas botas de él.

—Mete las rodillas entre las mías —ordenó él—, y agáchate. Yo pondré las otras bolsas encima de nuestras cabezas. Si tiramos fuerte de las cuerdas, tal vez tengamos una oportunidad.

—¡Espera!

Diana extendió el brazo hacia abajo y agarró las toallas mojadas.

—Podemos ponernos esto en la cara. Por si acaso. Ahora, abre la ducha y tápanos con las otras bolsas.

Sin decir palabra, Charlie abrió del todo el grifo del agua fría. Perdigones helados comenzaron a agujonear la cara y el cuello de Diana y luego rompieron en un fuerte chorro mientras ella ayudaba a Charlie a colocar las otras dos bolsas. Ella flexionó las rodillas y Charlie se encogió cuanto permitía el reducido espacio. Charlie se aseguró de que los bordes de las bolsas de arriba se superpusieran sobre los de las de abajo antes de tirar de los cordones de plástico. Sus bruscos movimientos estuvieron a punto de hacerlos caer al suelo. Al final, acabaron pegados el uno al otro en extrañas escorzos. El trasero de Diana quedó sobre el muslo de Charlie. El hombro de éste aplastaba la oreja de aquella. Gruñendo, Charlie intentó dejarle más sitio.

A pesar del agua fría que golpeaba el plástico, la oscura vaina que formaban las bolsas se calentó casi al instante. El pánico, descubrió Diana, descontrolaba la temperatura del cuerpo. Luchando frenéticamente, ella metió un brazo entre los pechos pegados de

ambos y se subió la blusa empapada.

—Cúbrete la cara.

Él agarró un extremo de la tela. Antes de apretárselo contra la boca y la nariz, logró depositar un beso rápido y fuerte junto a la boca de Diana.

—Si esto funciona —gruñó por encima del tamborileo del agua—, recuérdame que te pida que te cases conmigo.

—Si esto funciona —dijo ella, jadeando de miedo—, te lo recordaré.

Diana no supo cuántos segundos, minutos o años pasaron antes de que se acordara del cronómetro que llevaba en la muñeca derecha. El cachivache de alta tecnología fabricado por Mackenzie había soportado el frío del Ártico. Seguramente también soportaría una ducha fría.

—¡Control! —gritó a través de la tela mojada—. Soy Artemisa. ¿Me recibís?

Con la mano izquierda ocupada agarrando la máscara sobre la cara y el brazo derecho atrapado tras ella en un ángulo extraño, Diana no podía alcanzar el transmisor para apretar el botón de recepción. Charlie, sin embargo, logró deslizar una mano sobre su brazo y alcanzar el reloj. Sus dedos toquetearon los pequeños botones durante unos instantes.

—¿Cómo funciona este chisme? —preguntó.

—Aprieta dos veces el botón.

Charlie apretó con demasiada fuerza y el cronómetro se clavó en la muñeca de Diana. Pero, dadas las circunstancias, ella no se quejó. Esperó, con el corazón en la garganta, hasta que la voz de Mackenzie saltó a través de la oscuridad.

—¡Te recibo! Te he estado escuchando todo el tiempo. ¿Estáis bien?

—De momento, sí. Manda un equipo de limpieza bacteriológica al hotel. Diles que se preparen para eliminar...

—Micotoxina T-4. Ya van de camino, Artemisa. Aguantad, ¿de acuerdo? ¡Aguantad!

Capítulo 14

El equipo de limpieza bacteriológica irrumpió en el cuarto de baño cuando a Diana estaban a punto de fallarle las rodillas. El jefe del equipo realizó el primer contacto con un grito que amplificó el altavoz insertado en su casco.

—¡Doctora Remington! ¿Está ahí?

—¡Sí! —gritó Diana por encima del estruendo del agua.

—¿Dónde está el mayor Stone?

—Está aquí, conmigo.

—Ya vamos.

El agua se cortó un momento después. Desenredando brazos y piernas, Charlie y Diana se irguieron y se quitaron las bolsas de basura. Una figura enfundada de pies a cabeza en un traje hermético de color plateado permanecía de pie al otro lado de la mampara de la ducha.

—Las lecturas de este cuarto sólo muestran niveles tóxicos mínimos —dijo con urgencia—, pero vamos a tener que meterlos en trajes especiales y sacarlos de aquí antes de rociar la casa con paraformaldeína. ¿Entendido?

—Entendido.

—Salgan de la ducha uno a uno.

Sintiéndose como una polilla que saliera de su crisálida, Diana sacó las piernas de las bolsas de basura y las metió en un traje de una pieza que sujetaban otros dos miembros del equipo de descontaminación. Los visores de plástico sólo dejaban ver unos centímetros de sus caras, pero Diana creyó reconocer a uno de los miembros del equipo.

—¿Jack?

El antiguo marine le lanzó una sonrisa a través del grueso plástico del visor.

—En carne y hueso, muñeca.

—¿Qué demonios haces tú...?

El peso de una capucha que caía sobre su cabeza cortó la pregunta sorprendida de Diana. Un segundo después, el oxígeno empezó a filtrarse siseando en la capucha y Jack Carstairs, apodado Renegado, la condujo apresuradamente hacia la puerta del baño. Diana se tropezó, entorpecida por el traje protector, y se dio la vuelta.

—¡Charlie!

—Lo están vistiendo —le aseguró su compañero—. Vamos, salgamos de aquí.

La escena que Diana contempló al salir de la casa parecía salida de una película de catástrofes hecha en Hollywood. Varios helicópteros, cuyos potentes focos iluminaban la noche, sobrevolaban sus cabezas. Patrullas de policía y camiones de bomberos rodeaban el Hawk en el pequeño aparcamiento. Los faros blancos y azules brillaban. Agentes uniformados bramaban por altavoces, advirtiendo a los curiosos que se retiraran.

Jack condujo a Diana directamente hacia un helicóptero que aguardaba listo para despegar.

—Hay un equipo médico a bordo —gritó Jack, quitándose la capucha—. Os acompañarán a ti y a Stone hasta que lleguéis a Edwards. Luego tendréis que permanecer en estado de aislamiento.

Diana sabía que no debía quitarse la capucha. Hasta que los análisis confirmaran o desmintieran la presencia de micotoxina T-4 en su cuerpo, el traje impediría la salida de cualquier patógeno que pudiera haber inhalado.

—¿Cómo es que has llegado tan pronto? —preguntó.

Los dientes blancos de Jack relucieron.

—Estaba en Los Ángeles cuando Mac pidió un equipo de

descontaminación. Pasé unas cuantas horas en traje antibacteriológico en el Ejército, así que me vine con el equipo. Tengo órdenes de relevarte en la misión a partir de este momento, Artemisa. Mientras estés en desintoxicación, yo le ajustaré las cuentas a tu amigo el doctor Goode.

—Y un cuerno.

Aquella enojada respuesta hizo que Jack y Diana se dieran media vuelta.

Charlie lo estaba mirando a través del visor de su capucha.

—A Goode pienso ajustarle las cuentas yo mismo.

—Lo siento, mayor, pero va a estar usted inmovilizado unos cuantos días. Puede que semanas.

—¿Eso es cierto?

—Sí, señor. Tendrá que acompañar a la doctora Remington a Edwards y permanecer en cuarentena, y después...

—¿Sí? —insistió Charlie sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su enojo.

—Después, puede que lo entretengan otros asuntos —Jack le lanzó a Diana una mirada de soslayo. Una expresión maliciosa danzaba en sus ojos—. Mac me dio un mensaje para ti, Remington. Dijo que, si los sacábamos de ésta, tenía que recordarle al mayor Stone que te pidiera que te casaras con él.

—Conque oyó esa pequeña charla, ¿eh?

—Sí, y por lo visto Rayo también —añadió Jack con una sonrisa traviesa—. Tengo entendido que Mac lo tuvo conectado durante toda la transmisión.

¡Oh, genial! Nada como esquivar bacterias letales y aceptar una casi proposición de matrimonio delante del director de OMEGA.

—Será mejor que subáis a bordo —sugirió Jack—. Cuanto antes paséis el período de cuarentena, antes podréis, eh... dedicaros a otras cosas —por la expresión tensa que se adivinaba tras el visor de plástico de su capucha, Charlie parecía dispuesto a protestar. Jack se

acercó a él con una expresión de comprensión masculina en su guapo y rudo rostro—. Mac hace una copia de seguridad de todas las transmisiones, mayor. La grabación no deja lugar a dudas de que su disparo hirió al doctor Goode. Si ese bastardo todavía está vivo, no podrá esconderse mucho tiempo. Lo encontraré.

—Si no lo hace usted —prometió Charlie—, lo haré yo.

La unidad de aislamiento de la segunda planta del hospital de la base de la Fuerza Aérea de Edwards carecía de toda pretensión de encanto. Una pintura institucional, color crema, cubría las paredes, desprovistas de cualquier adorno que pudiera acumular gérmenes. El mobiliario era metálico, gris y funcional. El suelo de linóleo relucía como cristal, debido a los frecuentes fregados con antisépticos de potencia industrial.

Una doble puerta con una cámara de aire intermedia separaba las habitaciones de aislamiento del resto de la planta. Un intercomunicador, que constituía el único contacto directo con el mundo exterior, graznaba de vez en cuando las instrucciones del personal sanitario para informar a los puestos de control o a los pacientes.

Las ventanas, al menos, permitían vislumbrar algo que no fueran paredes blancas y vacías. Daban a la base y le proporcionaban a Charlie una vista de pájaro de la concurrida pista de despegue, dominada por dos enormes hangares. Charlie había memorizado cada rasgo arquitectónico de las dos estructuras durante las treinta y seis horas transcurridas desde que el equipo de limpieza bacteriológica irrumpiera en la casita junto al océano.

Con las manos metidas en los bolsillos del pijama azul del hospital, permanecía de pie con las piernas abiertas y la mirada fija en los hangares.

Su crispación se hacía más intensa con cada hora que pasaba asomado a la ventana. Y no por culpa de las muestras que extraía de su cuerpo cada cierto tiempo el personal médico cubierto de pies a

cabeza con trajes protectores. Ni tampoco por culpa de la condenada bacteria mutante, que, según indicaban los informes preliminares, había desaparecido por completo de su sangre.

Su malestar se debía a que Diana estaba en la habitación de al lado, igualmente aislada.

Doce horas más. Tenían que pasar aislados doce horas más. El resto de ese día y parte de la noche. Si para entonces ni Diana ni él mostraban síntomas de contagio patógeno, los médicos les darían el alta. Entretanto, la preocupación por Diana reconcomía a Charlie.

Debía haber confiado en ella antes, se decía, furioso. Debía haberle hablado de la desintegración de su sistema de supervivencia cuando todavía estaban en la estación oceanográfica. Al guardar silencio, le había dado a Goode una falsa sensación de seguridad, una seguridad que se había hecho añicos cuando Diana había empezado a indagar sobre los trabajos de juventud del científico. Con perfecta lucidez, Charlie se maldecía a sí mismo por haberse guardado sus sospechas y haber intentado seguir adelante solo.

No era de extrañar que, en sus escasas comunicaciones durante aquellas treinta y seis horas, ella se hubiera limitado a preguntarle lacónicamente por su estado de salud. A pesar de su aislamiento, Diana había tomado el mando de toda la operación, dirigiendo las pruebas, debatiendo los resultados con los médicos y asumiendo con decisión su papel profesional. La mujer cálida y deseosa que se había precipitado a sus brazos durante aquellas horas furtivas pasadas en la casa había desaparecido, dejando en su lugar a la doctora Diana Remington.

Sintiéndose como un león enjaulado, Charlie le dio la espalda a la ventana y miró con desagrado la bandeja colocada sobre la mesita de noche. La comida de hospital no había mejorado mucho en los últimos cuarenta y cinco años, pero...

El siseo de la cámara de aire que se abría le hizo alzar bruscamente la cabeza. Aguardó con creciente impaciencia mientras

una racha de aire a presión descontaminaba a quienquiera que hubiera entrado en la cámara. Cuando la puerta interior se abrió, Charlie le lanzó de inmediato una pregunta a la figura enmascarada que entró.

—¿Cómo está la doctora Remington?

—Estoy bien.

Con un rápido tirón, Diana se quitó la máscara de tela y el gorro de la cabeza. Su pelo se desparramó, lustroso y brillante al sol que se colaba por la ventana. Charlie le echó una ojeada al reloj.

—¿Qué haces aquí? Pensaba que todavía nos quedaban doce horas de aislamiento.

—Y así es. Pero acabo de tener noticias de Jack Carstairs. Pensé que querías conocer su informe de primera mano —su bata de manga larga esterilizada crujió cuando ella cruzó la habitación y alzó la muñeca—. Estoy con el mayor Stone, Renegado. Por favor, repite tu última transmisión.

Un zumbido eléctrico cruzó el aire. Un momento después, el ex marine que había sacado a Diana del hotel hizo un informe sucinto.

—Goode ha muerto.

—¿Cuándo y cómo? —preguntó Charlie.

—Lo encontramos en su laboratorio. Al parecer estaba intentando curarse la herida del costado cuando sufrió un infarto. Ésa es la causa oficial de la muerte, en cualquier caso.

—Recibido, Renegado —dijo Diana—. Gracias —cortó la comunicación un instante después, sacudiendo la cabeza—. Qué triste fin para un científico de su talla.

Charlie no podía sentir la menor compasión por aquel hombre.

—Ha tenido suerte de palmarla antes de que nos dejaran salir de aquí —y ahora que Goode ya no formaba parte de la ecuación, él tenía cosas más importantes en qué pensar. Metiendo los dedos entre el pelo de Diana, le alzó la cara—. ¿De veras estás bien?

—Sí, estoy bien, de veras —una sonrisa iluminó sus ojos—. Y tú

también. Tus últimas tres muestras de sangre no muestran rastro alguno de la toxina, ni de la bacteria. Estás limpio, Charlie.

El alivio que embargó a Charlie al saber que estaba bien no podía compararse con la profunda alegría que le producía saber que Diana estaba a salvo. Había conocido algunos momentos de puro terror a lo largo de su carrera, pero nada que pudiera compararse a la angustia que había sentido agazapado en aquellas malditas bolsas de plástico junto a Diana.

—Sólo hemos decidido esperar a que se cumplan las doce horas como medida preventiva —le explicó ella alegremente.

Charlie deslizó el pulgar sobre su labio.

—Van a ser doce horas muy largas, rubia.

La mirada de soslayo que le lanzó Diana era puro sexo.

—Había pensado en hacerte compañía un rato, hombre de los hielos.

—Un rato, y un cuerno.

Charlie la tomó en brazos y cruzó el cuarto en dos zancadas.

—¡La cámara de aire tiene ventanas! —le recordó Diana, medio riendo, medio jadeando al ver el ansia que sobrevolaba su rostro.

—Será por eso por lo que la habitación viene equipada con esta cortina.

Depositándola en el colchón, Charlie extendió el brazo hacia la tela plegada en forma de acordeón y corrió la cortina por el raíl adherido al techo. Segundos después se encontraron de nuevo encerrados en una funda.

—Bien pensado —dijo ella, extendiendo los brazos para recibir a Charlie.

Charlie se reunió con ella en la cama sintiendo que había sido liberado del hielo por segunda vez. Se tumbaron juntos con las bocas unidas.

Pasaron minutos, tal vez horas, antes de que Charlie comenzara a desabrochar los corchetes y nudos de la bata de hospital de Diana.

Ella hizo cuanto pudo por ayudarlo, inclinándose hacia un lado y luego hacia el otro para librarse del material áspero y del pijama hospitalario que llevaba debajo. Al descubrir que no llevaba ropa interior, la cara de Charlie reflejó un deleite cuyo recuerdo Diana llevaría en su corazón el resto de su vida.

—¿Te he dicho alguna vez lo preciosa que eres? —dijo él con voz ronca, deslizando las manos entre sus pechos y sus caderas.

—No, que yo recuerde.

—Eres —dijo él entre lametón y lametón— la criatura más hermosa que ha puesto Dios sobre la Tierra —comenzó a besarle el cuello mientras Diana se retorció de placer.

—Tú... tampoco... estás mal —jadeó ella, pasando las manos por los hombros musculosos de Charlie—. Pero ¿no se te olvida algo?

—Sí —él alzó la cabeza y, apoyándose en los codos, le sonrió—. Te quiero, Diana. No sabía cuánto te quería hasta que nos metimos en esas bolsas de basura. Lo único que sabía era que no quería salir de allí y enfrentarme al mundo sin ti.

—Oh, Charlie, yo también te quiero. Creo que me enamoré de ti en el momento en que abriste los ojos y me agarraste de la camisa. Después de reponerme del susto, claro.

—Claro.

Ella aguardó con los ojos inundados de amor mientras la sonrisa de Charlie se difuminaba.

—¿Necesitas que te recuerde otra cosa?

—He tenido mucho tiempo para pensar estas últimas treinta y seis horas, Diana.

—Oh, oh. No me gusta cómo suena eso.

—Creo que los dos tenemos que afrontar que puede que no vuelva a pilotar un avión.

—Puede que no vuelvas a pilotar un avión militar —lo corrigió ella suavemente.

—Eso es lo único que sé hacer. Lo único que he hecho en mi vida.

—Entonces tendrás que aprender a pilotar otro tipo de aviones. O a hacer otra cosa. Ahí fuera hay todo un mundo, Charlie, y tú apenas has empezado a explorarlo. Lo descubriremos juntos.

—¿Estás segura?

—Nunca en mi vida he estado tan segura de algo.

Charlie se echó sobre ella, apretándola contra el colchón, pero Diana estaba empezando a descubrir que era tan tradicional como cualquier mujer de los cincuenta. Quería oír las palabras. Tras un largo y embriagador beso, logró abrirse paso a través de un torbellino de placer y se aclaró la garganta.

—Ejem, ¿no ibas a preguntarme algo?

Sonriendo, él le apartó el pelo de la cara.

—¿Te casarás conmigo, doctora Remington?

—Sí, mayor, lo haré.

Capítulo 15

Un paño de calima de julio colgaba sobre Washington D.C., enturbiando el aire y empañando los vehículos que circulaban lentamente por la avenida Massachusetts entre la neblina de la tarde temprana. Al conductor del descapotable rojo tomate no parecía importarle el calor. Tras años en el hielo, Charlie nunca se cansaba del sol.

Durante algún tiempo, había parecido que los medios de comunicación tampoco se cansaban del mayor Charles Stone. Una vez aireada la noticia de su asombroso calvario en el hielo, Charlie había sufrido el asedio de los reporteros y los presentadores de programas de televisión. En cuestión de días, su cara y su nombre se habían convertido en iconos nacionales. Lo mismo que *Dolly*, la primera oveja clónica, Charlie formaba ya parte de la historia de la ciencia.

Y, al igual que *Dolly*, su fama había durado solamente hasta la aparición del siguiente prodigio científico. Apenas dos semanas después de que el Hombre de los Hielos copara los titulares de todo el mundo, el doctor Greg Wozniak había anunciado que había logrado clonar a otro ratón de la Era Glacial. Para inmenso alivio de Charlie, un roedor de cincuenta mil años de antigüedad llamaba mucho más la atención que un piloto derribado.

Con los medios distraídos con su nueva presa, Diana y él habían podido hacer lo que querían. Tras una rápida ceremonia ante un juez de paz, habían emprendido un largo y sinuoso viaje de descubrimiento por Estados Unidos. Con la capota del Hawk bajada y el viento en el pelo, utilizaron el muelle de Santa Mónica como

plataforma de salida para recorrer la vieja Ruta 66 y explorar un mundo que los cautivaba a la vuelta de cada esquina.

Ahora, un viaje estaba a punto de acabar y otro a punto de empezar. Charlie no sabía qué le inquietaba más: aprender a pilotar una mesa de despacho en el Museo Smithsonian Nacional del Aire y el Espacio como nuevo asesor técnico sobre vehículos aeronáuticos de mediados del siglo XX, o conocer a la madre y las hermanas de Diana. Tenía la impresión de que aquella mujer que había sido de las primeras en quemar el sujetador en la escalinata del Capitolio era capaz de dejarlo fuera de combate con la misma facilidad que su hija.

Comparada con aquel encuentro largamente esperado, la parada en los cuarteles de OMEGA para una reunión con Nick Jensen, su director, parecía pan comido.

—Tuerce aquí —le indicó Diana.

Siguiendo sus indicaciones, Charlie metió el Hawk por una calle tranquila flanqueada de castaños y grandes y antiguas casas de estilo federal. Un momento después, se detuvo delante de un edificio de tres plantas con una discreta placa de bronce colocada junto a la puerta.

—¿Quién es el enviado especial? —le preguntó Charlie a Diana mientras cruzaban el portal.

—Es el personaje público que Rayo escenifica de cara a la galería. Es una especie de embajador de buena voluntad del presidente entre los ricos y famosos —explicó ella con una sonrisa—. Como si esa gente necesitara buena voluntad.

Tras subir un corto tramo de escaleras y atravesar un vestíbulo de alto techo coronado por una araña de cristal, fueron recibidos por una estirada matrona de pelo gris.

—¡Bienvenida a casa, Artemisa! —sonriendo, la señora salió apresuradamente de detrás de su escritorio estilo Reina Ana e incluyó a Charlie en su calurosa bienvenida—. Soy Elizabeth Wells, la ayudante del enviado especial. Acompañenme, por favor. Los está

esperando.

—Qué señora tan amable —murmuró Charlie mientras la seguían por una serie de antesalas amuebladas con las más exquisitas antigüedades.

—Siempre y cuando no la hagas enfadar —le advirtió Diana—. Puede acertar en el centro de una diana nueve veces seguidas en menos de diez segundos.

Charlie alzó las cejas, pero apenas había tenido tiempo de revisar sus impresiones sobre aquella mujer con aspecto de abuela cuando ésta abrió de par en par una puerta doble. Charlie vislumbró un enorme pastel de boda de cinco pisos sobre una mesa de reuniones de caoba. Luego, la multitud rompió a aplaudir.

—¡Felicidades!

—¡Así se hace, Artemisa!

Riendo, Diana introdujo a Charlie entre la gente, mencionando nombres a medida que pasaban. A Charlie le presentaron a un Cowboy, a un Excavador y a una pelirroja delicada y asombrosamente bonita que llevaba el incongruente mote de Sable. A Renegado ya lo conocía.

—Artemisa es un tesoro, Stone —lo avisó el ex marine de mandíbula cuadrada—. Procura conservarla.

—Eso pienso hacer.

Rayo no se parecía en nada a la idea que Charlie se había hecho de él. Por los comentarios que había dejado caer Diana, esperaba encontrar a un agente tenso y reconcentrado, con los ojos de un cazador. Tal vez en lo de los ojos no se había equivocado, pero sí en la desenvoltura de aquel hombre.

—El presidente os envía su felicitación —les dijo Nick Jensen a los recién casados con una sonrisa—. Tendrá más cosas que decir en la cena en la Casa Blanca que la primera dama y él dan mañana por la noche en honor del mayor Stone, pero por ahora, por favor, aceptad sus felicitaciones, junto con las mías.

Charlie estrechó la mano que Rayo le ofrecía, preguntándose a qué demonios se referían las veladas referencias de Diana a su brusquedad. Lo averiguó menos de diez minutos después.

Diana y él acababan de empezar a cortar la tarta de cinco pisos cuando Mackenzie Blair cruzó las puertas dobles como una exhalación.

—Hola, Artemisa, mayor Stone. Me alegro de veros sin las bolsas de basura —dijo la jefa de Comunicaciones con una sonrisa.

—Yo también me alegro de verte otra vez —contestó Charlie, sonriendo—. Te estamos muy agradecidos por haber enviado tan rápido a ese equipo de limpieza bacteriológica.

—Y todo en un sólo día de trabajo —respondió, tirándole un beso mientras cruzaba entre la gente—. Jefe, acabamos de recibir un comunicado secreto.

Rayo leyó la hoja que le tendía y frunció el ceño. De pronto, sin abandonar su sofisticación, se transformó en un hombre con un sólo propósito. Frío. Preciso. Dominante. Un hombre con el que Charlie se identificó de inmediato.

—Éste es para ti, Renegado.

—¿De qué se trata?

—El Departamento de Estado acaba de descubrir pruebas concluyentes de la existencia de una conspiración para asesinar a Elena María Alazar. Voy a designarte para que actúes como su guardaespaldas. Saldrás para San Antonio esta misma noche.

—Maldita sea.

—Mac te pondrá al corriente de todos los detalles.

Renegado masculló una maldición mucho más sonora, le lanzó al director de OMEGA una mirada dura y salió precipitadamente.

Mackenzie agarró un pedazo de tarta y salió tras él.

—¿Quién es Elena María Alazar? —preguntó Charlie cuando el polvo se aquietó.

—La sobrina del presidente de México —contestó Diana,

sirviéndose un buen pedazo de pastel—. Y, a menos que me equivoque, la misma mujer que hizo que echaran a Renegado de los marines hace unos años.

—Oh, oh.

—Yo que tú no me preocuparía por Renegado en este momento —le advirtió ella.

—¿No? —preguntó Charlie, mirándola.

—No —contestó Diana, y riéndose de él con la alegría de una mujer totalmente segura del amor de su hombre, alzó el trozo de pastel en una mano—. Ahora mismo, lo que debería preocuparte es que vas a volver otra vez al hielo. O a la nieve, más bien.

Y, entre los vítores de los agentes secretos allí reunidos, Diana introdujo a Charlie en la moderna costumbre de darle de comer al novio un trozo del pastel de bodas de la manera más aparatosa posible.

Fin